

Selecta

Maya Moon

¿Quién
necesita
un ángel?

¿Quién necesita un ángel?

Maya Moon

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Ángel

«Un hombre joven, de menos de cuarenta, alto, muy atractivo, moreno y de ojos azules. ¡Hay que joderse, ni que fuera a tirármelo!», se dijo el hombre a sí mismo observando atentamente a su alrededor. Su compañero, que estaba sentado en el asiento del copiloto, lanzó una sonrisa irónica antes de decir:

—Tengo la foto. Tú aparca. Encontrarlo es cosa mía.

El que conducía detuvo el Audi negro junto a la acera en cuanto tuvo oportunidad.

—Aquí no, canta demasiado. Gira a la derecha y para allí —dijo señalando una zona detrás de una pequeña plaza llena de árboles y arbustos.

El otro volvió a arrancar el motor y obedeció.

—¿Para qué crees que querrá el jefe a este tipo?

—Ni lo sé ni mi importa. ¡Joder! ¡Para de una vez que tenemos que recoger a alguien vivo y no un cadáver!

Los dos se echaron a reír a carcajadas. El que conducía, de repente, cambió el gesto por completo y empezó a señalar con el dedo:

—¡Es ese, es ese, mira la foto! ¿Es ese, verdad?

Su compañero se cercioró de que el otro tenía razón a través de la foto que le habían proporcionado. La comparó con el tipo que salía en ese mismo momento de la cafetería de enfrente. Simplemente se bajó del coche a toda prisa y se colocó a una distancia prudente del joven a quien había identificado como su objetivo.

El joven caminaba tranquilamente por la acera. Vestía un pantalón vaquero negro y una camisa granate. Llevaba puestas sus inseparables gafas de sol, pero su aspecto era inconfundible. Parecía sacado de un catálogo de moda.

—¡Hijo de puta! —pensó el hombre que lo estaba siguiendo—. Se ha puesto hasta gafas de sol.

La única información que tenía aparte de la foto era que saldría de aquella cafetería sobre las once de la mañana y caminaría exactamente en la dirección que en ese mismo momento estaba recorriendo. Nada más. Y una orden: no asustarlo, o de lo contrario no volverían a verlo. Su tarea era simplemente «convencerlo» por las buenas de que los acompañara a ver a su jefe.

El joven seguía caminando con paso firme, con las manos en los bolsillos, hasta que se detuvo en el semáforo junto otro montón de gente, esperando a que cambiase a verde. El que lo estaba siguiendo se detuvo a su lado y emitió un profundo suspiro:

—No es una mañana muy buena para pasear, ¿no cree?

Él lo miró un instante levantando la ceja izquierda por encima de las gafas de sol y no contestó. El semáforo seguía rojo.

—El señor Salgado quiere hablar con usted. Me ha pedido que lo acompañe hasta su casa.

Mencionar al señor Salgado en esta ciudad es solamente comparable con la época en que el señor del castillo era dueño de todo lo que lo rodeaba, tierras, animales y personas. Solo había una cosa que podía hacer, y era seguirle la corriente.

—¿Y qué puede querer el señor Salgado de mí? —preguntó empezando a ponerse nervioso hasta el punto de que le era casi imposible disimularlo.

—Solo hay una forma de saberlo, ¿no le parece?

El semáforo cambió a verde justo cuando el hombre le indicó al joven que lo siguiera en dirección contraria y él obedeció. Caminaron uno junto al otro tranquilamente sin dirigirse la palabra hasta que llegaron donde estaba el coche negro, y el hombre le abrió la puerta de atrás para que subiera. El joven miró a su alrededor antes de subir y finalmente se sentó detrás y se dispuso a ponerse el cinturón. Sabía que estaba en franca desventaja: eran dos contra uno. Sabía también que si no hubiera subido por su cuenta al coche, ellos habrían encontrado la forma de subirlo a la fuerza. Se quedó junto a la ventanilla derecha y por un instante se le ocurrió que, en ese mismo momento, absolutamente nadie sabía dónde se encontraba, lo cual aumentó su ansiedad. Si quería que todo fuese bien, lo mejor que podía hacer era acudir a hablar con el señor Salgado y averiguar qué quería de él. Negarse no era una opción compatible con seguir con vida, de eso sí que estaba seguro.

El coche abandonó el centro de la ciudad primero y luego fue dejando atrás los suburbios hasta que se adentró en una pequeña carretera rodeada de árboles. A estas alturas él ya sabía perfectamente a dónde se dirigían, a la mansión de Salvador Salgado, en la parte alta de aquella carretera que estaban subiendo: una gigantesca propiedad aislada del exterior y custodiada por decenas de hombre armados. En cuanto divisó el pinar que rodeaba la construcción, supo que por fin estaba llegando a su destino, lo cual no logró tranquilizarlo.

La enorme verja de la entrada se abrió permitiéndoles acceder a la hacienda y cerrándose lentamente tras ellos. Dos hombres armados y uniformados permanecían uno a cada lado de la verja, totalmente inmóviles. El conductor detuvo el vehículo finalmente en un pequeño parking habilitado para los empleados y abrió la puerta para dejar salir a su pasajero. El otro se apoyó en la puerta del conductor y encendió un cigarro a sabiendas de que su trabajo no se reanudaría hasta que tuviera que llevar a su invitado de vuelta a casa, vivo o muerto, eso aún estaba por ver y tampoco era asunto suyo.

Por su parte, el joven se dejaba guiar hasta la entrada de la enorme mansión del hombre que requería su presencia. Abrió la puerta principal una mujer de aspecto asiático y los condujo hasta un despacho, muy cerca de la entrada donde en un sillón detrás de una enorme mesa de roble, un hombre de algo más de sesenta años según sus cálculos, todavía con buen aspecto, sonreía mientras daba un sorbo a su taza de café.

—¡Ooooh, qué agradable sorpresa! Celebro que haya decidido reunirse conmigo —dijo el hombre en tono cortés pero informal al mismo tiempo, tratando de ser amable.

El joven, con aspecto desconfiado, lo miraba entre dudoso y asombrado y se le pasó por la cabeza que este hombre era un farsante estupendo. ¿Decidir? Él no había decidido nada. Nadie se niega a reunirse con el jefe de casi todas las mafias de la ciudad; eso lo sabía cualquiera. En cuanto escuchó quién reclamaba su presencia, supo a ciencia cierta que negarse no era una opción.

—¡Pero qué maleducado soy! Tome asiento, por favor —invitó—. ¿Le apetece tomar algo, un whisky, un café?

El joven, sentándose justo donde su interlocutor le había señalado, negó con la cabeza.

Carraspeó un instante para aclararse la garganta antes de preguntar:

—Me gustaría saber qué quiere de mí, ya que aún estoy vivo para preguntarlo.

Salvador Salgado soltó una carcajada antes de contestar. Le gustaba este hombre. No es que dudara de su amiga Marga, que se lo había recomendado encarecidamente, pero ahí, teniéndolo delante, se daba cuenta de que destilaba algo especial. Era más joven de lo que esperaba y no daba el perfil de matón.

—Por supuesto —dijo mirando al hombre que lo había traído haciéndole un leve gesto con la barbilla que lo invitaba a abandonar el despacho—. Estimado señor González, ¿o prefiere que lo llame por su nombre, Ángel?

El joven se encogió de hombros. Su menor problema en ese momento era cómo quería que lo llamaran; de eso estaba seguro.

—Bueno, yo prefiero Ángel; es un nombre precioso, si me permite decírselo. Usted y yo tenemos una amiga común: Marga Acosta. Supongo que la recuerda.

La imagen del rostro estirado de la mujer de unos sesenta años apareció en la mente de Ángel. ¿Cómo no iba a recordarla? Jugadora empedernida, adicta a la coca y caprichosa como ninguna otra mujer que él hubiera conocido, acostumbrada a tenerlo todo, pues su dinero le daba esta posibilidad. Todo, incluso a él. Al menos eso pensaba.

—Bien, amigo Ángel. Marga me dijo que, si alguna vez necesitaba un servicio especial de guardaespaldas, no dudara en acudir a usted.

—No trabajo como guardaespaldas desde hace tiempo. ¿Y por qué querría usted contratar a otro guardaespaldas? He visto a los hombres que trabajan para usted y de aquí a la verja debe haber al menos seis.

—Muy observador, punto para usted. Lo cierto es que a ellos los conoce toda la ciudad. Necesito una nueva cara.

El hombre dejó la taza sobre la mesa y se acomodó en su mullido sillón. Se lo veía algo cansado, y eso que lucía un moreno envidiable para esta época del año, acentuado por el blanco perfecto de sus canas.

—Verá, amigo Ángel —continuó—, como supongo que ya sabrá, el nuevo jefe de la mafia china se ha instalado en la ciudad, más concretamente en el ático del Hilton.

Ángel trató de aparentar que sabía perfectamente de lo que le estaba hablando cuando en realidad no tenía ni idea.

—Uno de sus hermanos, que en paz descansa —dijo mientras se santiguaba—, perdió la vida en un tiroteo con una de mis bandas, en el puerto, mientras intentaban robarnos uno de nuestros contenedores.

—¿Y usted quiere que yo lo proteja de él ante una posible venganza?

—Más que posible, amigo, más que posible. Usted sabe cómo funciona esto: ojo por ojo, diente por diente. Y no es por mí por quien temo, sino por mi hija.

Justo en aquel momento una voz femenina gritó algo en la parte de fuera de la puerta del despacho y acto seguido la abrió de par en par.

—¡No me lo puedo creer, papá!

Él se levantó de su confortable sillón y se dirigió a ella con los brazos abiertos.

—Vamos, vamos, Susana, no seas exagerada. ¿Qué va a pensar nuestro invitado? —le decía mientras le daba un beso en cada una de sus mejillas.

Ella dirigió su mirada un instante al joven que estaba sentado junto a la mesa y lo primero que le vino a la mente fue de dónde habría salido aquel espécimen perfecto de hombre. Pero no había lugar para distracciones. Tenía que decir lo que había venido a decir.

—¡No me importa lo que piense! Dos de tus gorilas me han sacado de mi despacho y me han traído hasta aquí a la fuerza.

—Cariño... cariño —dijo alargando las palabras todo lo posible hasta hacerlas sonar como el estribillo de alguna canción—. Si te lo hubiera pedido por las buenas no hubieras venido. Siéntate con nosotros un momento y charlemos; hazle ese favor a tu padre.

La joven miró primero a su padre con gesto airado y desafiante, y luego paseó sus pupilas por el rostro del joven dejando claro con su mirada que no se fiaba de él lo más mínimo antes de sentarse frente a su progenitor.

—Este es mi amigo Ángel. Lo he llamado para pedirle que trabaje para mí.

—Genial, papá. Y yo qué soy ¿de recursos humanos del hampa?

—No. Perdona, pero me he expresado mal, cariño. En realidad, va a trabajar para ti.

—¿Para mí? —dijo ella sorprendida levantándose de la silla.

Ángel abrió los ojos como platos. Dos inmensos ojos azules enmarcados por dos cejas oscuras perfectamente dibujadas y con unas largas pestañas que a ella, aunque aquel no era el momento de reconocerlo, no la dejaron indiferente. Ambos parecían igual de sorprendidos.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —volvió a levantar la voz.

—¿Quieres seguir viviendo en tu piso, verdad? Está bien, no me opongo, pero él lo vigilará y a ti también.

—Papá, tengo treinta y tres años, no necesito una niñera.

Ángel la miró arqueando una ceja sin poder evitar sentirse un poco ofendido. ¡Niñera! ¡Acababa de llamarlo «niñera»!

—Te aseguro que no te molestará, ¿no es así, amigo Ángel? Ni siquiera sabrás que lo tienes cerca. Así es como trabajan los buenos.

—¡No quiero un guardaespaldas!

—Susana, eres abogada y mi hija, y en este momento ninguna de esas dos cosas juega a tu favor. Tienes dos opciones, seguir viviendo en la ciudad, donde tanto te gusta, cerca de tus amigos y de tu trabajo, con Ángel cuidando de ti, o mudarte aquí, donde estarás protegida por mis hombres. Elige.

La furia que sentía en aquel momento traspasaba la mirada de Susana. Sabía que su padre estaba hablando en serio y que si quería volver a su vida tendría que aceptar una de las dos.

Ángel, por su parte, había estado observando en silencio la conversación a medio camino entre ofendido porque aquella mujer hablaba de él como si no lo tuviera delante y feliz ante lo que vislumbraba como una buena y divertida oferta de trabajo. La ciudad entera pertenecía a Salvador Salgado, y eso no excluía a nadie —menos a su propia hija, que seguramente estaba más que acostumbrada a no recibir nunca un «No» por respuesta—. Lo siguiente que escuchó de labios de Salgado fue que el puesto era suyo. Susana, como arrastrada por una invisible corriente de aire, se levantó y salió del despacho dando un estruendoso portazo.

—Eso es que acepta que usted la acompañe —dijo mirando a Ángel—. Discúlpela, es como su madre, independiente, altiva y cabezota, pero no la voy a perder a ella también. No le gusta que la relacionen conmigo. —El hombre suspiró profundamente y continuó—: pero ella es todo lo que tengo. ¿Tenemos un trato, verdad?

Ángel trató de esconder detrás de su preciosa sonrisa que estaba valorando todas sus opciones. En realidad, necesitaba el trabajo, y eso era una razón más que aceptable para decir que sí. Por otra parte, no estaba muy seguro de que alguien que hubiera rechazado una oferta de aquel hombre hubiera vivido para contarlo.

—¿Es eso todo lo que voy a tener que hacer? —preguntó con total seriedad.

Salvador se echó a reír:

—¿Le parece poco? ¡Cómo se nota que no conoce a mi hija! Sí, en resumen, ese será su trabajo —concluyó ofreciéndole la mano para cerrar el trato.

Ángel, dudando unos segundos, finalmente, la apretó. Sus tripas, desde muy dentro de su cuerpo, le gritaban que debería haberlo pensado mejor, pero ya era tarde.

Daniel

Ángel bajó del Audi negro que lo había traído de vuelta a su piso y abrió la puerta del portal con su llave. Se quedó unos segundos de espaldas a ella una vez dentro hasta que un enorme portazo le confirmó que se había cerrado. Entonces subió en el ascensor hasta la sexta planta y abrió la puerta de su piso. En el salón, que era lo primero que se veía al entrar, su amigo y compañero de piso daba cuenta de un enorme trozo de pizza delante de la televisión.

—Hola —logró pronunciar con la boca llena al verlo aparecer.

—Hola —contestó él soltando una enorme bocanada de aire sintiéndose a salvo en su piso por fin. Se acercó hasta sentarse junto a él en el sofá y soltó en tono misterioso:

—Si te digo de dónde vengo en este momento mismo, no te lo vas a creer.

—¿Del ascensor? —dijo el otro con voz burlona.

—¡Ja! Me parto y me mondo. De la mansión de Salvador Salgado.

El trozo de pizza que su amigo tenía en la mano aterrizó en la mesa antes de que él pudiera decir:

—¿«Ese» Salvador Salgado?

—El mismo, sí, señor.

—¿Y se puede saber cómo y para qué has acabado tú allí? —dijo mientras volvía a coger el trozo de pizza.

—Quiere que trabaje para él.

Esta vez la pizza fue a parar directamente al suelo.

—¡Ángel! ¿Qué puede querer de ti ese tío? Media ciudad ya trabaja para él. Creo que hasta mi empresa es suya.

—Quiere que trabaje protegiendo a su hija de unos mafiosos chinos.

Su amigo abrió los ojos en señal de absoluta perplejidad antes de advertir:

—No te metas en ese berenjenal...

—Demasiado tarde.

—¡Joder, Ángel! —exclamó soltando la pizza y dándole un trago largo a su cerveza, mientras Ángel venía con una para él de la cocina.

—Por lo menos te ará bien, ¿no?

—Muy pero que muy bien.

—Y la hija estará buena... —soltó su amigo riendo entre dientes.

—Muy buena. Pero es una borde, lo cual es mucho mejor para trabajar.

Santi y Ángel se conocían desde siempre. Se habían criado en el mismo barrio, habían ido juntos a la misma escuela y luego al mismo instituto. Sus caminos se habían separado cuando Ángel decidió prepararse para entrar en la Policía Nacional y Santi se decantó por la informática.

El tiempo los volvió a reunir cuando la novia de Ángel lo dejó hacía poco más de un año y así fue como acabaron compartiendo piso, concretamente el de Ángel, a quien, por aquel entonces, su piso se le antojaba enorme, solitario y frío. Lo había comprado con su novia para casarse, pero cuando rompieron, había decidido que tenía que vivir en algún lugar. Santi había trabajado durante unos meses en Inglaterra, en una multinacional, pero el clima británico acabó por poder con su paciencia y volvió a vivir a casa de sus padres hasta que encontrara piso propio, así que cuando su amigo le había pedido que fuera a vivir con él, le pareció la mejor idea que había oído en mucho tiempo. Alto, delgado, castaño y con muchas ganas de juega a todas horas. Así era Santi, el contrapunto perfecto para Ángel en la época por la que había pasado. Siempre se habían divertido mucho: chicas, conciertos, festivales de música, vacaciones en pandilla. Ángel era muy divertido, hasta que empezaron a pasarle demasiadas cosas malas en muy poco tiempo y no había podido encajarlas demasiado bien. Si algo tenía que agradecerle a Santi, era que jamás lo había dejado de lado, ni si quiera cuando estaba con alguna chica, cosa que sucedía más veces de lo que él hubiera deseado. Le gustaban mucho las mujeres y salir. Ángel nunca había entendido muy bien cómo un tipo que vuelve de fiesta borracho a las tres de la madrugada está preparado para ir al trabajo unas horas más tarde sonriendo y silbando como si hubiera dormido diez horas seguidas.

—Cuenta. ¿Qué tal es?

—Estatura media, tez blanca, ojos verdes y pelo rubio y largo.

—¡Guau! ¡Suena bien! ¡Pero que muy bien! —dijo mirando fijamente algún punto en el espacio.

—Para. Deja de imaginártela desnuda. Eso no va a pasar. Es mi trabajo.

En realidad no pensaba reconocer ante su amigo que la chica era una belleza vikinga, que tenía un cuerpo de infarto, unos ojos enormes, unas pestañas largas y frondosas, una piel fina y blanca como la porcelana y unos labios carnosos que invitaban al pecado. Si lo hacía no podría quitárselo de encima hasta que se la presentara.

Cuando acabaron de cenar y ver la tele, cada uno se dirigió a su cuarto a prepararse para sus respectivos trabajos. Ángel echó un vistazo a su cajón y sacó un arma que revisó durante unos minutos. Estaba perfecta, como siempre. El señor Salgado le había dado un móvil y la dirección del piso de Susana donde tendría que presentarse al día siguiente antes de que ella saliera para trabajar. Él sería responsable del turno de día mientras que otro miembro del equipo de Salgado se haría cargo del turno de noche, que era mucho más tranquilo. Su día libre sería el domingo. Había hecho de guardaespaldas en varias ocasiones, antes incluso de conocer a Marga Acosta. No había encontrado mejor manera de ganarse la vida después de dejar el cuerpo de policía. Era eso o matón de discoteca, y eso no tenía nada que ver con su forma de ser. Lo que jamás se le ocurrió fue que alguien como Salgado le ofrecería trabajo alguna vez, y, menos aún, que él aceptaría.

A la mañana siguiente, a eso de las 7.30, llegó al portal donde vivía Susana y se cruzó con el que había hecho el turno de noche. Tomó el ascensor hasta el ático y llamó al timbre para avisar de que estaba allí, tal y como su nuevo jefe le había ordenado el día anterior. Media hora más

tarde, Susana Salgado abrió la puerta pronunciando un apenas audible: «Buenos días», al que él contestó educadamente con un: «Buenos días, señorita Salgado» y una leve inclinación de cabeza. Iba vestido de forma informal, en vaqueros y camisa. Con Marga había aprendido que era la mejor forma de pasar desapercibido.

La oficina a la que la joven acudía cada día a trabajar estaba cerca de donde vivía, así que ella iba caminando cada mañana maletín en mano, vestida con una elegancia que solo alguien que tuviera la fortuna que ella tenía se podía permitir. A una distancia prudente, Ángel caminaba tras ella evitando que se percataran de su presencia. Cuando ella por fin se metió en su despacho, él simplemente se quedó en la zona, controlando en todo momento el edificio y fijándose en cualquiera que entraba o salía de este. A la hora del almuerzo, cuando Susana salía a comer, Ángel se situó en el mejor lugar desde donde pudiera controlar todos los ángulos desde los cuales alguien pudiera acercarse. En la calle era muy difícil protegerla; si alguien quisiera matarla, podría hacerlo desde cualquier edificio cercano, sin que él pudiera percatarse de su presencia. Salgado le había dicho que los chinos no se conformarían con una bala. La afrenta había sido demasiado grande.

Sobre las siete de la tarde, cuando Susana Salgado terminó su jornada laboral y salió del bloque de oficinas, él volvió a caminar discretamente detrás de ella. Cuando llegaron a la entrada de su bloque de pisos, otro hombre la esperaba ya para llevarla hasta su apartamento. Era el fin de la jornada de Ángel y educadamente se despidió:

—Buenas noches, señorita Salgado. —Pero ella no le contestó, entrando altivamente en el portal.

Una vez en casa y algo más relajada por haberse librado de su «niñera», Susana llamó a su mejor amigo, Nando, para contarle cómo le había ido el primer día con él. De entre todos los gays de la ciudad, había ido a escoger al que llevaba esa denominación a otro nivel.

—¿Síiiiií? —contestó arrastrando socarronamente la vocal al ver que era su amiga quien lo llamaba.

—¡Nando, no seas gilipollas! Es una emergencia. —Susana no podía contener los nervios.

—¡Uy, perdón! ¿Qué le pasa hoy a su alteza? —seguía bromeando él.

—O cortas el rollo o cuelgo y no te cuento nada de mi nuevo guardaespaldas.

Ella sabía que mencionar un guardaespaldas despertaría todas las alarmas que su amigo pudiera tener en la cabeza respecto a ellos y que tendría toda su atención.

—¡Haber empezado por ahí, perversa! Querías tirártelo tú solita, ¿no?

Susana le contó lo sucedido, y Nando fue retransmitiendo la conversación al resto de la pandilla.

—En fin, nena —le decía su amigo al otro lado del teléfono—. Que tu padre podía haberme ado a mí para vigilarte, o a Dani, ¿verdad, Dani? —dijo dirigiéndose a su amigo.

—¿Está Daniel contigo? —preguntó ella.

—Tranquila, está Daniel, pero también están Lía y Claudia. No me lo voy a comer. Estamos de

maratón de series, ¿te apuntas? Tenemos palomitas y cerveza.

—No, hoy no estoy de buen humor. Tal vez otro día. Y puedes hacer con Daniel lo que quieras, zorra, no es nada mío, lo sabes.

—No, reina. Ahora mismo estaba pensando más bien en tu nuevo juguete. ¿Estará bueno, verdad? Casi puedo imaginármelo: rubio, ojos verdes, pelazo...

Susana le colgó directamente sin prestar más atención a lo que Nando tuviera que decir. Lo conocía demasiado como para saber que le daría la brasa una buena temporada.

Al otro lado del teléfono, Nando se metía un buen puñado de palomitas en la boca después de hacerle burla al móvil.

Susana decidió que se daría una ducha y así se le quitaría un poco la mala leche que había tenido todo el día al saberse vigilada constantemente. No era solo la idea del guardaespaldas lo que le molestaba, y menos el que su padre le había impuesto, era guapísimo y destilaba masculinidad y seguridad por cada poro de su piel. Tampoco le gustaba que la recomendación viniera de labios de Marga Acosta. Era de sobra conocida la afición de esta mujer por hombres jóvenes y guapos, y se sabía que, si había trabajado para ella, habría pasado también por su cama. «Tiene buen gusto la muy zorra», se dijo al pensar de nuevo en él y en su cuerpo fornido. No iba a negar que físicamente era perfecto, pero por eso mismo estaba convencida de que debía estar acostumbrado a meterse en la cama con quien le diera la gana, puede que incluso ganarse así algún extra.

En su piso, Ángel no se sentía muy cómodo hablando de su primer día de trabajo. En realidad no tenía mucho que contar, a diferencia de cuando estuvo trabajando con Marga Acosta. Por entonces sí que era el ídolo de Santi, todo el día llevando y trayendo *escorts* de un sitio a otro. Solo le contó a Santi que había hecho lo que tenía que hacer y el cliente estaba en casa sano y salvo, que era por lo que le aban. Se guardó para sus adentros lo mucho que lo fastidiaba el desdén con el que la señorita Salgado lo miraba cuando se dignaba a hacerlo. Los aires de grandeza que desprendía con cada uno de sus gestos y el vaivén orgulloso de sus caderas a cada paso que daba, convencida de que el resto del mundo debía rendirle pleitesía. «No es más que una niña de papá caprichosa que tiene una rabieta».

Fue uno de aquellos días cuando tuvieron un enfrentamiento más serio de lo habitual. Hasta ese momento, Susana se había limitado a ponerle mala cara o a contestarle soezmente, pero aquel día, después de haber discutido con su padre por teléfono, en cuanto sonó el timbre de la puerta anunciando el cambio de turno, abrió y lo cogió del brazo, para meterlo en el piso de un tirón. El joven se quedó mirándola sin saber qué decir, pero tampoco tuvo mucho tiempo de hablar porque fue ella quien empezó: —Escúchame bien. No me gustas. No te quiero en mi puerta. No te quiero en mi vida. ¿Me has entendido?

«Así que de esto se trata... la niña sigue enfadada», pensó él sin decir una palabra.

—Quiero que te marches. ¿Está claro?

—Señorita Salgado —contestó él en tono conciliador—. Sé perfectamente que no me soporta,

pero no es cosa mía que yo esté aquí. Es mi trabajo. Y no puedo marcharme si no es mi jefe quien me lo pide.

—Yo soy tu jefa —soltó ella sin intentar siquiera disimular lo muy superior que se sentía.

—No. Mi jefe es su padre —dijo retándola con su mirada y con una media sonrisa de superioridad que heló en su garganta lo que pensaba decir—. Y mientras él me ue, no me marcharé de aquí. Hágase a la idea y los dos viviremos mucho mejor —su tono indicaba que estaba un poco cansando de esta situación.

—¿Esas tenemos? ¿Y Marga Acosta? ¿Cuánto le ó?

—¿Qué? —contestó él frunciendo el ceño algo molesto.

—A mí no tienes que engañarme. Sé lo que hacías para ella. Además de ser su guardaespaldas, claro.

Entonces Ángel se colocó frente a ella y se fue acercando amenazante poco a poco mientras ella caminaba hacia atrás hasta que topó con el mueble de la entrada tirando al suelo uno de los portafotos que había encima. Por unos instantes llegó a tener miedo, pero entonces, sin decir nada, salió del piso cerrando la puerta tras de sí y dejándola totalmente confundida. No supo lo que fue aquel sonido sordo que escuchó después hasta el lunes siguiente, cuando Ángel apareció con la mano izquierda totalmente vendada. Supuso que lo que oyó había sido el sonido de su puño aterrizando contra la puerta del ascensor. Lo cierto es que el domingo había tenido tiempo para reflexionar sobre lo que le había dicho y también sabía que él tenía razón, por poco que le gustara la idea de tenerlo pululando a su alrededor todo el día, si no era él, sería otro. Su padre se lo había dicho, y si no, tendría que volver con él a la hacienda, y eso le gustaba aún menos. Así que cuando el lunes abrió la puerta de su casa, en el fondo se alegró de verlo allí, y fue entonces cuando se percató de su mano vendada y protegida por una especie de muñequera negra, y le vino a la mente el terrible golpe que había oído cuando lo había afrontado el sábado en su casa. Se sintió profundamente culpable. Tenía carácter, mucho, pero sabía controlarlo, y eso decía mucho a su favor. Decidió que no volvería a molestarlo más.

¿Y si aamos la luz?

Un mes más tarde y a pesar de Susana, la relación laboral entre ella y su guardaespaldas se había convertido en pura rutina. Se saludaban al verse por la mañana y se despedían cortésmente cuando él se marchaba por la noche. Ella se había acostumbrado a su presencia con mucha más rapidez de lo que hubiera querido y se sentía muy segura teniéndolo cerca. Al final su padre había logrado asustarla con lo de los chinos, contándole con detalle todo tipo de torturas en las que eran maestros. Aunque Ángel le parecía un poco exagerado con lo de la protección. Una tarde de sábado, para que sus amigos pudieran entrar a su casa, tuvo que presentárselos uno a uno. Lía aún no había podido cerrar la boca después de aquello y no hacía más que repetir lo buenísimo que estaba y preguntarse por qué se dedicaba a esto cuando en realidad podría ganarse la vida perfectamente como actor o modelo.

—¡Venga ya! —le decía Susana a su amiga, muerta de risa—. ¿Actor, «don tengo un palo metido por el culo»?

—¡Ooooh, por Dios! No pongas esa imagen en mi mente —suplicó Nando—. Con ese culito prieto... Nena, tienes que ponerle uniforme.

Susana lo miró con resignación. Después de todo, su vida sería mucho más aburrida sin su Nando en ella.

—No pienso ponerle uniforme, además, a ti te da igual, seguro que te lo estás imaginando en pelotas desde que lo has visto.

Cuando volvió a mirar a Nando, este sonreía con la vista perdida.

—¡Nando!

—¡Joder! ¿Qué?

—Deja ya de imaginártelo. Y ve a la cocina a por el folleto de las pizzas.

Todos reían ante sus ocurrencias, incluso Daniel, que se alegraba de que el interés de Susana por su guardaespaldas fuera estrictamente profesional, o al menos eso intentaba aparentar. Le gustaba desde hacía mucho, casi desde que se conocieron hacía ya más de un año, incluso se habían besado en una ocasión. Bueno, en realidad había sido él quien la había besado, pero ella no lo había rechazado, así que algo debía de sentir por él.

Mientras preparaban algo para picar y entraban y salían de la cocina, Lía le preguntó a Susana:

—¿Y cómo va lo tuyo con Daniel?

—¿Lo mío con Daniel? No hay nada entre Daniel y yo.

—Está colado por ti, lo sabes. Y bueno... después de aquel beso...

—Solo fue un beso, Lía. No quiero empezar nada con alguien porque sí, ¿sabes? No siento esas cosquillas en el estómago cuando lo veo... No sé cómo explicártelo.

—¿Cosquillas en el estómago? —soltó Nando perplejo—. ¡Oh! Si llegas a decir «mariposas», te meto una hostia, hijo. Ese macizo guardaespaldas tuyo no tendrá nada que ver en tu reciente falta de interés por Daniel, ¿no?

—¡No me jodas, Nando! Ese no sabría qué hacer conmigo, soy joven para él, por decirlo de alguna manera.

—¡Tú sabes algo que no nos has dicho! Cuenta, cuenta... —dijo Nando, entrando en la cocina.

Entonces les habló de lo que su padre le había contado acerca de Marga Acosta, y los tres acordaron que esa mujer estaba fantástica a su edad y que su cirujano hacía milagros, lo cual añadía puntos a sus posibilidades de haberse llevado a la cama al guardaespaldas.

Cuando Daniel entró en la cocina dispuesto a llevarse las cervezas y el picoteo que habían preparado a la mesa, no preguntó de qué se reían. Pensó que serían cosas de chicas. Fue cuando salió, cuando Nando volvió al ataque susurrándole a Susana al oído:

—Daniel está que cruje. Y, chica, es médico; gana una pasta.

Susana lo reconoció, pero no era el tipo de hombre que a ella le gustaba y, en cuanto a lo del dinero, eso era algo que ella jamás iba a necesitar ni a aceptar de un hombre. Tal vez para un rato, para perder el tiempo, pero no como algo serio. Conocía su reputación de mujeriego. No quería ser una muesca más en su cinturón.

Tuvo tiempo de reflexionar largo y tendido sobre lo que había hablado con sus amigos aquella tarde pues tardó en dormirse más de lo que le hubiera gustado.

A la mañana siguiente, cuando sonó el timbre de la puerta, Susana supo que había llegado el momento del cambio de turno y salió a despedir a su guardaespaldas de noche sin dirigirle si quiera una mirada a Ángel, que ya se había posicionado en el rellano.

—Buenos días para usted también, señorita Salgado —dijo en tono burlón.

Susana simplemente dio un portazo al volver adentro.

—Tiene que dejar de hacer eso, su padre no va a tener suficiente dinero para arreglar todas esas puertas —susurró sorprendiéndose a sí mismo de estar hablando solo.

Los días que empezaban así anunciaban una interminable jornada de miradas por el rabillo del ojo y gestos de desdén.

Cuando Ángel llegó a casa aquella noche se sentó en su sofá a tomar una cerveza mientras cambiaba compulsivamente de canal. Estaba algo nervioso y hojeaba unos libros que había dejado sobre la mesa intentando decidir cuál empezar a leer.

Santi, que acababa de salir de la ducha con la toalla envuelta en la cintura, empezó a aplaudir lentamente a su amigo con toda la ironía de que fue capaz:

—¿Se puede saber qué te pasa? —dijo él poniendo los ojos en blanco en señal de aburrimiento.

—No vas a sacar a una chica de ahí —dijo señalando los libros con la barbilla.

—Tranquilo, es lo último que pretendo.

—Allá tú, pero yo voy a salir a tomar unas copas con unos compañeros del curro. Aún estás a

tiempo de acompañarme.

—¿Qué soy ahora, tu pareja de hecho? —rio Ángel.

Santi se perdió en su cuarto negando con la cabeza. No tenía remedio. Desde que lo había dejado su ex no había querido tener nada que ver con ninguna otra mujer, ni siquiera para tomar unas copas. Era como si tuviera miedo de enamorarse y volver a pasar por aquello. Tampoco quería hablar de ello, así que no había nada que hacer. Era un caso perdido y no pensaba perder más tiempo intentando convencerlo. Se vistió, se perfumó, y salió de su habitación abrochándose el reloj cuando, para su sorpresa, Ángel estaba en el salón totalmente listo para salir, chaqueta, móvil y llaves del coche incluidas.

—Vaya... Mi pareja de hecho se viene por fin. Estás guapísimo.

—¿Quieres ver lo que tardo en volver a ponerme el pijama? —amenazó con gesto serio.

Los compañeros de Santi resultaron un grupo bastante agradable y enseguida se encontraron bebiendo unas copas de vino y disfrutando de una succulenta cena en uno de los restaurantes de moda de la ciudad. Entre ellos había dos que eran una pareja, y luego dos chicas y un chico que eran simplemente amigos y compañeros de trabajo. Charlaron y rieron a medida que la noche avanzaba y decidieron ir a tomar unas copas a una sala de fiestas que no quedaba lejos de allí. Todos sabían a dónde iban menos Ángel, que llevaba sin salir de fiesta bastante tiempo y no conocía ninguno de los lugares por donde la gente se movía en esa época cuando salía. Si hubiera sabido que lo llevaban a un karaoke, se habría negado en redondo, pero cuando entró y cayó en la cuenta de donde estaba ya era demasiado tarde. Mientras sus acompañantes elegían la canción que iban a interpretar, él se quedó en la barra tomando un whisky y negando con la cabeza. Tomaría su copa y se marcharía a casa. Los demás podían cantar hasta desgañitarse mientras él se revolvía en sus sábanas de franela. En el escenario, dos chicas y un chico cantaban una canción de Rafaella Carrá. Las pocas ganas que tenía de estar allí se esfumaron cuando se fijó en los que cantaban y se dio cuenta de que una de ellos era la hija de su jefe, la mujer a quien le habían encargado proteger. En un acto instintivo miró a su alrededor buscando al encargado de vigilancia del turno de noche y no lo encontró por ninguna parte. La cosa empezó a no gustarle demasiado. Se quedó allí protegido por la multitud, la semioscuridad y por el rincón que tenía detrás de la espalda sin lograr encontrarlo y viendo cómo el trío bajaba del escenario riendo totalmente ebrio.

«Genial —se dijo a sí mismo—, jornada doble». No le apetecía lo más mínimo que lo vieran fuera de servicio, pero supo que si no aparecía su compañero antes de que Susana y sus amigos salieran del local, tendría que acompañarlos. No pensaba dejarlos solos en ese estado.

Al cabo de un par de horas, el grupo a duras penas se tenía en pie a base de chupitos, y Ángel supo que había llegado el momento de actuar. Se acercó a ellos y fue Lía la primera que se lanzó a sus brazos:

—Amigo mío... —intentaba hablar mientras las letras rodaban por su lengua la mayoría sin ningún sentido—. ¡Mira, Susana, es tu Ángel!

Susana se dio la vuelta y se encontró de repente a su amiga enganchada al cuello de su

guardaespaldas.

—¿Pero qué...? —intentó decir algo hasta que rompió a reír a carcajadas—. ¿Qué haces aquí, amigo Ángel? —pudo articular imitando a su padre antes de soltar una carcajada.

Él torció un poco el gesto antes de decir que pensaba llevarlos a todos a casa.

—¡Ah, sí! —dijo Nando—. ¿Y nos vas a dar unos azotes por haber sido malos?

Todos volvieron a reír, incluso Daniel, que también había bebido lo suyo.

—Vamos a ir desfilando hacia la calle tranquilitos. Se acabó la fiesta. ¿Me habéis oído?

Al decir esto empezó a empujarlos hacia la puerta mientras los otros reían y se resistían. Rezumaban alcohol por cada poro de la piel y estaba seguro de que no tardarían en empezar a marearse, probablemente en cuanto salieran de allí y recibieran la primera bocanada de aire.

Una vez en la calle los metió uno a uno en el coche, reservando el asiento junto al conductor para Susana. Lo mismo hizo cuando fue dejando a cada uno en la puerta de su casa. Tuvo la suerte de que ninguno vomitara en el coche, cosa que le preocupaba porque el olor sería casi imposible de eliminar. Por fin se dirigió al piso de Susana y la sacó del vehículo como pudo, rodeándose el cuello con el brazo de ella y sujetándola por la cintura. Afortunadamente no pesaba mucho y no le fue difícil meterse con ella en el ascensor. Ella iba mascullando cosas apenas inteligibles y riéndose de vez en cuando ante sus propias ocurrencias, colocando «amigo Ángel» delante de todo lo que decía. Finalmente, entraron al piso y fue a dejarla en su dormitorio. La tumbó en la cama y se metió en el cuarto de baño a prepararle una ducha fría. Cuando salió del baño, Susana estaba bocabajo sobre la cama, con la cabeza colgándole hacia el suelo y el pelo rozando el charco de vómito que había soltado sobre una alfombra que seguramente valdría más de lo que él había ganado durante todo el año anterior.

—¡Oh, no! —dijo lanzándose hacia ella, que empezaba a escurrirse de sus sábanas de satén y amenazaba con aterrizar de cabeza en el charco. La alcanzó de puro milagro y la puso en pie como pudo para meterla en la ducha. Para entonces ella ya estaba llorando y haciendo pucheros como una niña pequeña.

—Y nadie me quiere, amigo Ángel... —gemía sorbiendo la nariz camino del cuarto de baño agarrada a él antes de lanzarle una bocanada de vómito y empaparle la camisa.

—¡Venga ya! —se dijo a sí mismo—. Hay que llegar a la ducha como sea, señorita Salgado.

Ella levantó la mirada con los ojos entornados rodeados de dos enormes manchas negras que el rímel había formado alrededor de ellos y luciendo una de las tiras de pestañas postizas en la mejilla derecha.

—¿A dónde vamos, amigo Ángel?

—A dar un paseo —soltó él cuando por fin la sentó debajo del chorro de agua fría.

Ella empezó a llorar desconsoladamente protestando entre sollozos.

—¡Y encima está lloviendo!

Ángel no tuvo más remedio que echarse a reír. «¡Menudo pedo!», pensó mientras se quitaba la camisa negra y la dejaba hecha un lío en el suelo para poder lavarse y quitarse el olor a vómito.

Afortunadamente dejó de protestar enseguida y se revolvió en el suelo de la ducha intentando encontrar una postura cómoda para echarse a dormir.

—¡No, no, no! —dijo él lanzándose a sacarla de allí e intentar ponerla de pie, lo que en un principio parecía imposible—. A ver... tenemos que deshacernos de esa ropa mojada, ¿de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza deslizándose hacia el suelo de nuevo en cuanto él la soltó para que se quitara la ropa.

—¡Vale, vale! —dijo ya de vuelta en el dormitorio—. Hagamos otra cosa, aaremos la luz e intentaremos quitar todo eso como podamos. ¿De acuerdo?

A estas alturas y totalmente a oscuras, excepto por la luz de una farola anaranjada que entraba por la ventana del dormitorio, Ángel creyó que Susana estaría dormida o inconsciente. La tumbó en la cama y poco a poco fue deshaciéndose de toda la ropa que chorreaba y apestaba a vómito, dejándola caer sobre la alfombra. «En realidad no hubiera estado mal un poco de luz», pensó intentando distraer su mente de aquella silueta desnuda mientras le quitaba la ropa interior. Luego la cubrió con una sábana y pasó la siguiente media hora sacando la alfombra y la ropa a la terraza. Las hubiera tirado a la basura directamente si hubiera podido y no estaba seguro de que finalmente no fuera a ser ese su destino. Cuando volvió a la habitación a cerciorarse de que todo iba bien, la encontró en el suelo, dormida en posición fetal y volvió a colocarla sobre la cama. Estaba destrozado y no pensaba pasarse la noche recogiendo del suelo, así que se tumbó a su lado y la rodeó con su brazo. «Me despertaré antes que ella, de eso no hay duda. Y más despejado», pensó mientras se le cerraban los ojos sin poder evitarlo.

A la mañana siguiente, al contrario de lo que él había vaticinado, fue Susana la primera en abrir los ojos. Sentía la boca como si fuera de corcho y hubiera jurado que el aire que emanaba de su nariz al respirar olía a ron. Miró hacia un lado de la habitación, bostezó y se estiró para, acto seguido, darse la vuelta y encontrarse con el rostro de Ángel profundamente dormido a su lado.

—¡Oh, Dios-mí-o! —pensó levantando la sábana para comprobar si llevaba algo de ropa puesta. Nada. Ni siquiera la parte sur estaba cubierta por su preciosa tanga de encaje.

Volvió a cubrirse avergonzada como una colegiala. Ante sus movimientos, Ángel se revolvió en la cama con los ojos aún cerrados. Ella se envolvió por completo en la sábana para intentar levantarse mientras contemplaba anonadada el torso desnudo de su guardaespaldas. El joven se puso un brazo sobre los ojos para tapar la luz del sol que en ese mismo momento empezaba a invadir la estancia, y su inocente gesto sacó a la luz unos músculos perfectos y bien definidos. Los ojos de Susana viajaron por su pecho y sus hombros, alcanzando la cintura envuelta por la sábana. Cuando reunió el valor suficiente para tirar de ella, descubrió que llevaba los pantalones y los zapatos puestos y suspiró aliviada. Entonces Ángel abrió los ojos aún adormilado sin saber muy bien dónde estaba. Susana pensó que estaba guapísimo incluso con ese aspecto de recién levantado, cada uno de los mechones de su pelo apuntando hacia un lado, y su mirada algo perdida. Cuando él se percató de la situación, se sentó en la cama de un salto.

—¡No es lo que parece! —fue lo único que acertó a decir.

—¡Ah, no! ¿Y qué es? —preguntó ella también de pie y envuelta en la sábana—. ¿Y dónde está mi ropa?

—En la terraza, junto con la alfombra. Estaba perdida de vómito.

—Dime que me la quité yo, por favor —suplicó ella con voz casi infantil.

—Lo siento. Se la quité yo. Pero aué la luz —se apresuró a decir—. Por si eso sirve de consuelo.

—¡Madre mía!

Ángel fue al cuarto de baño dejándola ver su espalda fornida y su cintura perfectamente dibujada por el pantalón vaquero.

—Solo voy a coger mi camisa y me marcharé —dijo mientras intentaba aparentar tranquilidad—. Y, por cierto, me metí en la cama solo para sujetarla y que usted no pasara la noche en el suelo, por si le queda alguna duda.

Toda la gama de colores del arcoíris desfiló por el rostro de Susana al escuchar aquello. Se sentía terriblemente avergonzada ante lo que parecía ser un espectáculo lamentable el que había montado la noche anterior. Mientras salía de la habitación, Ángel le dijo:

—La traje anoche a casa. Estaba... algo ebria —carraspeó un instante al decir aquello— y no había nadie para protegerla.

—No necesito niñera en ese local. Es de mi padre —soltó ella con la poca dignidad que le permitía su cuerpo desnudo envuelto en la sábana mientras él le devolvía una mirada satisfecha antes de decir:

—Vaya. Es bueno saberlo.

Y antes de cerrar la puerta tras de sí, añadió, guiñándole un ojo:

—Puede que anoche no aara la luz.

Jamás volveré a beber

Aquella mañana Susana Salgado durmió de a ratos, despertándose de vez en cuando para sentirse cada vez más avergonzada que la anterior. Después de dar mil vueltas en la cama, y creyendo que no había dormido nada, cuando por fin se decidió a levantarse eran ya las doce de medio día. Se metió en la ducha sin poder quitarse de la cabeza la imagen de la media sonrisa de Ángel ante lo sucedido, y volvió a ver mil veces su cuerpo semidesnudo y su rostro adormilado, recordando a cámara lenta cómo abría los ojos. «No volveré a beber en mi vida», se repitió por enésima vez. Mientras se ponía la crema hidratante se le ocurrió que al día siguiente tendría que volver a verlo y no tenía ni idea de cómo aparentar que nada de aquello había sucedido.

Quedó a comer con Nando y con Lía en un hindú que no quedaba lejos de su casa y cuando brindaron con sus cervezas, soltó como quien no quiere la cosa:

—Anoche Ángel me vio desnuda.

Nando la miró incrédulo mientras dejaba la cerveza en la mesa, arqueando la ceja izquierda como solía hacer cada vez que algo no lo convencía demasiado.

—No me levantes la ceja. No estoy mintiendo. Me llevó a casa, igual que a los demás, y me metió en la ducha... ¡Sin ropa!

La carcajada de Nando retumbó por todo el local hasta el punto de que los clientes del resto de las mesas se volvieron a mirarlo. Susana le dio una patada en la espinilla por debajo de la mesa.

—¡Deja de reírte! Fue... fue lo más humillante que me ha pasado en mi vida.

Nando iba a hacer un recuento de las experiencias sexuales humillantes por las que había pasado, pero pensó que necesitaría todo el día, así que mejor no. Guardó silencio y dejó que Susana les contara lo sucedido la noche anterior y lo preocupada que estaba por tener que volver a verlo al día siguiente.

—¡Qué palo! —dijo Lía mientras masticaba su samosa—. ¿Y qué vas a hacer?

—Nada. Apechugar. No voy a librarme de un guardaespaldas, y prefiero que sea él a que sea otro. Así que pondré cara de póker y ya está.

—Es lo mejor —dijo en tono más serio Nando—. ¿Sabes algo de él, de su vida...?

Susana no lo dejó acabar.

—No, la verdad es que no. No hemos hablado demasiado y yo he intentado que la relación se limitara a lo profesional... Debí haber seguido así... ¡Joder!

—Madre mía... —dejó caer Nando mientras volvía a dar un trago largo a su cerveza—. ¡Te gusta! ¡Tu guardaespaldas te gusta!

—¡Oh, cállate! ¡Por supuesto que no me gusta!

Lía y él se lanzaron una mirada de complicidad y no dijeron nada más, pero el hecho de que

Susana no dejara de hablar de él durante toda la comida confirmó lo que ambos pensaban.

En el sofá de su apartamento, Ángel volvía a colocar el cojín que se ponía debajo de la cabeza por enésima vez. No podía negar que lo de la otra noche había sido divertido. Hacía años que no se reía tanto. El problema lo tendría al día siguiente, lunes, cuando tuviera que volver a enfrentarse al rostro inexpresivo de la Susana que no estaba borracha.

Viendo que sería imposible dejar de pensar en ello, se cambió y salió a correr al parque con sus auriculares puestos a todo volumen intentando no pensar. Ni siquiera le había dicho a Santi a dónde iba. De hecho, no le había contado aún nada de lo que había pasado la noche anterior. Su amigo estaba durmiendo cuando él llegó al piso y no lo había visto por allí por la mañana. Supuso que habría salido a tomar su café y leer el periódico a alguna de las cafeterías del barrio, como hacía en más de una ocasión. Él mismo lo había acompañado a veces.

Cuando Santi volvió a casa serían las seis. En la calle hacía un frío que helaba el aliento y, en ese momento que estaba oscureciendo, parecía que incluso iba a empezar a nevar. Estaba abriendo el portal cuando una mujer preciosa se colocó a su lado. Abrió y subió al ascensor a la par que ella. Se preguntaba quién sería esta chica a la que no había visto nunca, y en cuál de aquellos pisos viviría. Pero llegaron juntos a la sexta planta y ambos salieron del ascensor y se dirigieron a la misma puerta. Entonces Santi tosió: —Vaya... esto es un poco raro... —se atrevió a decir.

—¿Vive usted aquí? Entonces debo de tener mal la dirección.

—Bueno, vivo yo y vive mi compañero de piso, Ángel —dijo imaginando de quién se trataba—. Quizás quería verlo a él.

—Sí, exacto.

Santi, sintiéndose todavía más incómodo, abrió la puerta del piso y la invitó a entrar mientras decía:

—¡Ángel, tienes visita!

Sin embargo, nadie contestó.

—Parece que no hay nadie.

Susana se dio la vuelta para dirigirse a la puerta, pero Santi, creyendo que podría distraerla hasta que volviera Ángel, le ofreció un café.

—No, gracias... —contestó—. Ni siquiera sé por qué he venido.

—Yo no sé por qué hago la mayoría de las cosas que hago, tranquila.

Ella se echó a reír. Tenía un aspecto entrañable.

—Disculpa, no me he presentado. Soy Santi, el compañero de piso de Ángel.

Susana le tendió la mano y se presentó simplemente con su nombre. No dijo qué quería, pero ahora que le había puesto el café se encontraron los dos sentados uno frente al otro moviendo la cucharilla en círculos sin saber qué decir.

—¿Y hace mucho que conoces a Ángel? —preguntó Santi intentando aparentar que no tenía ni idea de quién era ella.

—No. No mucho. ¿Y tú?

—¡Oh, sí! Yo lo conozco desde siempre.

Ese «desde siempre» le inyectó un poco de melancolía a la memoria de Susana, que no recordaba conocer a nadie durante tanto tiempo, bueno, a nadie que no fuera su padre. Santi empezó a contarle cosas de cuando eran críos, y Susana sonrió al pensar en un Ángel pequeño haciendo travesuras. Lo imaginaba un niño tranquilo, retraído, muy distinto al que le estaba describiendo su amigo en ese momento.

—Ese crío tenía hormigas en los pantalones —concluyó Santi—. No podía estarse quieto.

—Vaya, ¿quién lo hubiera dicho? Me parece estar oyendo hablar de otra persona.

—Bueno, ya sabes... la vida... La vida a veces cambia a la gente.

Susana quería seguir escuchando lo que este hombre quisiera contarle sobre Ángel, pero él se había percatado de que no era cosa suya hablar del pasado de su amigo, y mucho menos con ella. Si de algo se había jactado Santi siempre había sido de su discreción, y pensaba seguir haciéndolo.

—Parece que tarda un poco —dijo por fin.

—Sí... eso parece —dijo ella levantándose del sofá—. Mejor me voy. Ya lo veré mañana.

—Por mí puedes quedarte a esperarlo, en serio.

—No. Creo que será mejor que me vaya. Muchas gracias por el café.

Santi la acompañó a la puerta y la cerró en cuanto ella salió. No había pasado más de media hora cuando escuchó el sonido de una llave en la cerradura y supo que Ángel había vuelto a casa. Estaba sentado en el salón, hojeando una revista de divulgación cuando su amigo entró.

—¡Hombre, veo que te has decidido a volver!

—¿Quién fue a hablar? —dijo Ángel—. No te he visto en más de veinticuatro horas.

—¿Cuánto me das por la información que tengo en mi poder?

Su amigo lo miró extrañado mientras se acomodaba en el sofá y se quitaba las zapatillas de deporte.

—¿Cuánto vale?

—¡Bah! Te la doy gratis, no puedo esperar. Tu «jefa» —dijo haciendo el gesto de las comillas con sus dedos— ha venido a visitarte esta tarde.

La expresión de Ángel iba mucho más allá del asombro.

—¿Susana? ¿Aquí?

—Sí, señor. Ahora veo por qué no me has contado nada de ella, cabrón.

—¿Te ha dicho qué quería? —preguntó intrigado.

—Pues no, pero intuyo que tú sabes algo del tema a juzgar por ese careto que se te ha puesto.

Ángel lanzó un suspiro dejando escapar con él toda posibilidad de guardar en secreto los últimos acontecimientos. Le contó lo que había sucedido la noche anterior, y Santi no paraba de reír.

—¿Y temes que suceda lo mismo que con Marga?

—No. Tranquilo. Ella tiene muy claro cuál es su sitio, te lo aseguro.

—No voy a comentar al respecto.

Él ni siquiera se molestó en contestar. Nunca quiso que Marga se hiciera ilusiones con él. Su novia acababa de dejarlo, después de que tuviera que abandonar el cuerpo de policía por meter las narices donde nadie lo llamaba, y Marga fue quizás la responsable de que no hiciera ninguna tontería. Pero se enamoró de él, de su mala suerte, de su pasado triste y de esos ojos melancólicos que hablaban por sí solos. Él, por su parte, no estaba enamorado de ella, no porque fuera mayor, eso no le hubiera importado si hubiera sentido algo por ella. Simplemente no sentía más que un enorme agradecimiento por haberse preocupado por él durante aquel tiempo y haber sido para él más que una amiga y una confidente, casi familia. Le gustaba decir que lo había despedido. Era mucho más fácil de explicar, pero esa no era toda la verdad. Una vez que reconoció que se había enamorado de él como una colegiala y que quizás era su última oportunidad de ser feliz junto a un hombre, fue él mismo quien creyó que ya no podía seguir torturándola con su presencia. Hablaron durante toda una noche y, después de aquello, no volvieron a verse jamás.

Una vez en su cama, con el edredón cubriéndolo hasta la nariz, trató de imaginarse qué sucedería al día siguiente cuando llegara a casa de Susana. ¿Se sentiría tan humillada como para hacer que su padre lo despidiera? ¿Le pediría algún tipo de explicación? ¿Sería él capaz de seguir trabajando para ella como si nada hubiera pasado, cuando no podía quitarse la imagen de su silueta desnuda de la cabeza?

A la mañana siguiente, una vez hubo llamado al timbre para avisarle que había llegado, sucedió exactamente lo mismo que el resto de los días: ella salió al cabo de un rato, y él la acompañó al trabajo siguiéndola a cierta distancia. Un saludo educado por parte de ella y su respuesta habitual, inclinando un poco la cabeza. Nada más.

Así transcurrió la semana, del trabajo a casa y viceversa, para ambos, sin que ninguno dejara entrever que se encontraba afectado por lo sucedido el fin de semana anterior.

Susana intentó seguir con su vida, pero quería más, necesitaba saber más de él. Lo poco que había oído de labios de Santi había despertado en ella una inmensa curiosidad. Nando le había avisado: se estaba enamorando de Ángel; incluso Daniel, que la había estado observando, le había preguntado si sentía algo por él, cosa que ella por supuesto había negado a toda prisa. Pero no era verdad, aunque no fuera capaz de reconocerlo.

Un hombre como los demás

Noviembre estaba tocando su fin y cada día amanecía más frío que el anterior. Mientras se duchaba, Ángel pensaba que quedaba poco para Navidad, una época que no le gustaba demasiado. Mucho ruido, mucha gente, muchas luces y, para su trabajo, demasiado peligro. Es difícil proteger a alguien en medio de la multitud, los árboles de Navidad, los disfraces de Papá Noel, la música y los coros de villancicos pidiendo aguinaldo por las calles. Por lo demás, al menos no tenía que soportar fiestas infumables con compañeros de trabajo insoportables. Cuando salió del baño se fue directo a su habitación a vestirse y luego fue a por el primer café de la mañana, el que tomaba a diario antes de salir a trabajar donde quiera que estuviera trabajando. Santi seguramente seguiría aún dormido, pues la puerta del dormitorio estaba cerrada a cal y canto. Echó un vistazo al móvil y luego al del trabajo, y no vio ninguna novedad. Cogió el chaquetón negro y la bufanda y se dirigió al piso de Susana, donde hizo lo que hacía cada día desde hacía casi dos meses. Sin embargo, a la hora de salir a la calle aquel día, Susana no iba arreglada como cuando lo hacía para ir a trabajar. Llevaba un pantalón vaquero y un jersey rosa, un chaquetón de piel marrón y unas botas negras con menos tacón de lo habitual. Además, no llevaba nada de maquillaje, aunque normalmente no llevaba mucho, pero hoy Ángel la vio como era en realidad, sin trampa ni cartón. Tampoco parecía de muy buen humor, aunque después de lo de aquella noche, nunca sabía si es que se sentía tan avergonzada como él y por eso parecía estar tan incómoda. El saludo ya fue toda una señal de alarma para él: —Buenos días, Ángel. ¿Qué tal hoy? Parece que hace mucho más frío —le dijo sonriendo.

Sus preciosos ojos verdes y su sonrisa eran suficientes como para iluminar aquel descansillo. Estaba más hermosa de lo que jamás la había visto y no sabría decir exactamente por qué. Le sonrió dulcemente y la saludó también.

—Hoy no voy a trabajar. Voy a recoger unas flores y luego al cementerio.

Él inmediatamente pensó dónde había aparcado su coche y mientras lo hacía ella lo interrumpió como si leyera sus pensamientos.

—No tienes que llevarme, tranquilo. El chófer de mi padre vendrá en unos minutos.

Él le cedió el paso y la siguió hasta el ascensor.

Esperaron el coche en el portal sin decir nada. Ángel estaba un poco nervioso; no le gustaban los cambios bruscos de rutina aunque había que reconocer que para quien tuviera intención de atacar a Susana sí que sería una contrariedad. Subieron los dos al coche y pararon primero en la floristería para finalmente dirigirse a su destino. El chófer se quedó en la puerta esperándolos mientras ellos se adentraban más allá de los cipreses, donde todo era frío y silencio. No había nadie más salvo ellos y las personas que vigilaran el lugar. Caminaron por los callejones de nichos más modernos hasta llegar a la parte antigua donde aún había hermosas tumbas de mármol,

y se detuvieron en una preciosa custodiada por un ángel que alzaba sus manos al cielo.

—Es la tumba de mi madre. Hoy es su cumpleaños.

—Vaya, lo siento. Te dejo a solas con ella. Estaré en aquel banco.

Se alejó despacio y se sentó en el banco que quedaba justo al otro lado del camino, sin apartar la vista de ella ni un instante. Hoy era un día triste, muy triste; él lo sabía bien. La observó dejar las flores, hablar susurrando mientras miraba la tumba y apartaba unas cuantas hojas secas que el árbol que había justo detrás del ángel había dejado caer. Finalmente, vio cómo las lágrimas inundaban sus mejillas y sintió una profunda pena por ella. Era la primera vez que la veía así, vulnerable, insegura, y sobre todo triste. Unos minutos después ella se acercaba secándose las lágrimas con el dorso de la mano y él le dio un pañuelo de papel.

—Gracias. No sé cuándo voy a acostumbrarme.

—Nunca.

Ella lo miró, los ojos aún enrojecidos por el llanto y los labios algo hinchados. Las mejillas y la nariz estaban más rosa de lo habitual debido al frío.

—¿También perdiste a tu madre?

—Cuando era aún un niño. Y le prometo que ni un solo día he dejado de pensar en ella, en cómo habría sido mi vida de haber tenido la oportunidad de ir a verla de vez en cuando, contarle mis cosas... no sé... Nunca es el momento de perder a una madre.

—Es cierto. Mi madre murió hace tres años. Cáncer, como casi todo el mundo —dijo ella suspirando entre nudos y dejando caer otro par de lágrimas.

—La mía en un accidente de tráfico. Era maestra y salió como cada día a trabajar con la mala suerte de cruzarse con unos chicos que volvían de fiesta hasta arriba de todo. Se saltaron un stop y... bueno, ya te puedes imaginar el resto.

—Lo siento mucho, de verdad. ¿Tienes hermanos?

—No. Soy hijo único. Me crié con mi padre, un hombre estupendo que después de aquello no logró rehacer su vida. La quería demasiado, supongo.

Sin haberse dado cuenta habían empezado a caminar mientras charlaban en dirección a la calle y subieron al coche para volver a la ciudad.

—¿Sabes, Ángel? Me encantaría tomar un café en algún sitio diferente. ¿No conocerías alguno?

—Bueno, yo no suelo ir por el centro, pero si no le importa que vayamos a la zona por donde vivo, allí hay una cafetería muy acogedora. El dueño es amigo mío; nos tratarán bien.

Ella le dio indicaciones al chófer de hacia dónde tenía que dirigirse y finalmente llegaron a una preciosa cafetería de estilo irlandés, que de noche se convertía en bar de copas.

—No me gustan las grandes multinacionales. Hacen un café horroroso y carísimo —dijo Ángel sonriendo mientras le abría la puerta del coche.

Entraron y se colocaron en la barra. Él tenía la sensación de que ese día estaba con otra persona, de que ni siquiera estaba trabajando, sino charlando con una amiga. Un hombre joven,

aunque algo mayor que Ángel, o eso parecía, saludó al guardaespaldas como si tuvieran cierto grado de confianza y complicidad. Él le correspondió. Pidieron dos cafés y ella continuó:

—Me gusta esta zona. Es tranquila, pero tiene mucha vida. Fíjate cómo está la calle de gente, y de tiendas —dijo señalando el cristal.

—Deberíamos sentarnos más adentro, aquí está demasiado expuesta.

Ella se bajó del taburete y él la siguió hasta la zona de mesas donde no le sería difícil ver quién entraba y salía del local.

—A mí también me gusta vivir aquí —dijo al fin.

—Ángel... yo... quería pedirte disculpas por...

Él no la dejó continuar:

—No es necesario.

—Sí lo es. No suelo comportarme así. Había bebido, y... no sé qué me pasó.

—¿Por eso viniste a mi casa, para pedirme disculpas?

—Sí. Me sentía fatal. De hecho, me siento fatal. Debes tener una imagen horrible de mí. Sé que no he sido muy agradable contigo, pero en serio, no soy así. Creo que estoy cansada de ser la hija de Salvador Salgado, de tener que ir por ahí padeciendo las consecuencias de sus líos. Lo último que quería era un guardaespaldas.

—Tranquila. Todos metemos la pata alguna vez.

—Me has tuteado.

—¿Qué? —dijo él en tono apurado—. Lo siento.

—No, no te disculpes, en serio. Me siento un poco mal con este rollo jefa-guardaespaldas.

—Las formas son necesarias, sobre todo en este tipo de trabajo, para mantener los pies en la tierra.

—¿Siempre eres así? —preguntó ella arrugando la nariz al sonreír.

—¿Cómo soy?

—Tan... perfecto, tan educado, tan puntual, tan correcto.

—Gracias. Nadie me había dicho nunca algo así. Solo intento hacer bien mi trabajo, como todo el mundo, supongo.

—Tengo una gran curiosidad, pero no tienes que contestarme si no quieres, ¿de acuerdo? Y si te molesta, olvida que te lo he preguntado.

Ángel la miraba expectante.

—¿Hubo algo entre tú y Marga?

Él sonrió y acarició el filo de la taza con el pulgar mientras pensaba qué contestar.

—No tengo ningún tipo de contacto con ella, si eso es lo que te preocupa. No le voy a decir nada de lo que me cuentes.

—No hay nada que contar, en serio. Yo estaba sin trabajo y ella me ofreció ser su guardaespaldas. Y no pasó nada más.

—Bueno, todo el mundo conoce a Marga...

—Sí. Pero yo no estaba en mi mejor momento. Un día dejé de trabajar para ella. ¿Quieres saber si intentó algo? Sí, muchas veces, pero puedo decirte que no fue por vicio ni por ningún tipo de perversión o capricho. Se había enamorado de mí. Supongo que se dejó llevar por esa visión romántica de este trabajo.

Susana no contestó. Dio un sorbo a su café y se sintió muy bien, como si realmente su mañana hubiera empezado en ese momento que se encontraba relajada y calentita, lejos del ruido de la calle y el frío.

—¿Ves? No hay ningún misterio... solo soy un hombre, como todos los demás.

Ella lo miró fijamente. Iba a decirle que a ella no le parecía como todos los demás, no como los que ella conocía, y no es que todos hubieran sido malos, pero pensó que no quería sentirse incómoda ni hacerlo sentir incómodo a él y prefirió no decir nada.

Al salir de la cafetería y volver al coche, había salido por fin el sol prometiendo al menos no dejar que la ciudad se congelara hasta que llegara la noche de nuevo. Susana volvió a su piso en lugar de pasar por la oficina y, por mucho que le costó, consiguió no invitar a Ángel a entrar. Seguramente él no habría accedido estando de servicio, y con una vez que la hubiera rechazado ya habría tenido suficiente. Se puso algo cómodo y se sentó en el sofá del salón a leer un rato. Eso siempre hacía que su mente dejara de vagar por lugares tristes y conocidos, y la trasladaba a otro mundo donde todo era posible. El timbre del portal de abajo sonó y se levantó a contestar para escuchar la voz de Lía: —Venimos a verte. Sabemos que hoy no tienes un buen día.

Lo sabía. Sabía que este año no la dejarían sola. Ya lo habían intentado el año anterior, pero aún era demasiado duro para ella. Abrió la puerta y salió al rellano a avisar a Ángel.

—Son Lía y Nando.

—Muy bien.

Esperó un momento y enseguida se escuchó a Nando y los vio rodear la esquina hacia su piso. Lía la abrazó enseguida y la apretó muy fuerte dándole un par de besos en la mejilla.

—¿Qué tal estás, corazón?

—Bueno, mejor que el año pasado, supongo.

—Al menos esta vez nos has abierto la puerta —le reprochó Nando empujando a Lía para sustituirla en el abrazo—. Te quiero. Ojalá pudiera decir algo más.

Miró de reojo a Ángel, que los observaba desde el centro del rellano y puso los ojos en blanco antes de seguir a Susana hacia el interior de su apartamento.

—¡Está cada día más bueno, coño! —dijo una vez dentro.

—Te va a oír, no es sordo —le riñó Lía.

—¡Que me oiga! ¡Que venga a detenerme!

Susana rompió a reír y le dio un beso a Nando.

—Te quiero, no sé por qué pero te quiero.

—Pues me alegro porque vas a tener que soportarme todo el día.

—Todo el día no, cariño. Esta tarde tengo que ir a ver a mi padre. Para él no será un buen día

tampoco.

—Bueno, pues tendrás que soportarme hasta esa hora. Hazme sitio, hoy cocino yo.

Lía y Susana se sentaron en el salón para dejar a Nando cocinar. Si algo sabía su amigo era como sacar partido de una nevera medio vacía, y la suya aún no había llegado a esos extremos así que seguro que preparaba algo decente.

—¡Nena, esto parece un sótano abandonado! —gritó desde la cocina al abrir el frigorífico.

—Apáñatelas. Y ve sirviéndonos un par de copas de vino, ya son casi las doce. Declaro hoy el día oficial de tomarse el aperitivo antes de la una.

—¡Joder, qué antigua! —exclamó Nando—. Yo a veces lo tomo a las diez de la mañana. No tengo manías. Después de todo es comida, ¿no?

Las dos amigas se echaron a reír. Lía sugirió que podían invitar a Ángel, pero Susana prefirió no hacerlo. Les contó que habían estado juntos en el cementerio y que por ese día ya había atravesado suficiente la fina línea que separaba en su caso lo personal de lo profesional. Su amiga escuchó atentamente el relato del rato que habían pasado juntos. No tuvo más remedio que decirle que lo intentara de nuevo, a lo que Nando, desde la cocina, añadió: —Esta vez con algo más de ropa, querida.

Los tres rieron de nuevo.

—No sabéis lo que os agradezco que hayáis venido, de verdad.

El chico salió de la cocina con tres copas de vino y algo para picar y se unió a la conversación.

—Ahora en serio —dijo Lía—. Si de verdad te gusta, puedes intentar quedar con él para una cena, o para un pícnic...

—¿Un pícnic? ¿En qué siglo estamos, en el XIX? —soltó Nando espurreando el vino en una carcajada.

Todos volvieron a reír. Así, entre risas, vinos y un quiche que el joven había preparado revolviendo entre lo que quedaba en el frigorífico, pasaron la tarde charlando animadamente y viendo una película. Sobre las ocho, Susana se disculpó diciendo que tenía que salir para ir a ver a su padre, y Lía y Nando quedaron en pasar por el hospital para saludar a Daniel, que hoy tenía guardia. En la puerta ya no estaba Ángel. A las siete terminaba su turno y ya se había marchado a casa. Sin embargo, Susana no reconoció a su sustituto. No era uno de los hombres de su padre, no de los que ella conocía y eso la hizo sospechar. Tratando de aparentar la misma calma que si no se hubiera percatado de aquello, lo saludó y luego volvió dentro y cogió su móvil.

Al otro lado del teléfono, en su casa, soltando las bolsas del supermercado, Ángel contestó.

—¿Susana? —preguntó sorprendido. Nunca antes lo había llamado.

—Ángel. —Ella casi susurraba—. ¿Tú has visto a tu cambio de guardia?

—Sí, claro. Como siempre.

—¿Quién era?

—George. Los jueves siempre los hace George. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—No sé quién está ahora mismo en el rellano, pero te aseguro que no es George.

El gesto del joven pasó de la despreocupación más absoluta a tener las mandíbulas apretadas en décimas de segundo. Cogió de nuevo sus llaves y echó a correr hacia la puerta mientras decía:

—No te muevas de ahí. ¡Y no abras la puerta bajo ningún concepto! Voy para allá.

Susana colgó el móvil aterrorizada. Todas estas semanas le había parecido que su padre exageraba y que no necesitaba un guardaespaldas, que sabía cuidarse sola, pero en ese mismo momento su corazón le daba saltos en el pecho como si quisiera abandonarlo. ¿Qué esperaba quien estuviera fuera para actuar? Si estaba esperando a que estuviese sola, ese era el momento. Sin embargo, en el silencio absoluto que reinaba en ese mismo momento a su alrededor nada parecía fuera de lugar. Quizás estuviera esperando una orden que aún no había recibido. De repente, el sonido de una llave en la cerradura le puso la carne de gallina. Estaba abriendo la puerta. No había escapatoria. Vivía en un ático y la única salida que había era la de la puerta principal. No tenía donde esconderse y lo único que se le ocurrió fue meterse en la terraza, justo al lado de la puerta que daba acceso a esta, para intentar ganar tiempo mientras llegaba Ángel. Escuchó unos pasos que se acercaban sigilosamente y reconoció cuando entraba al salón, a la cocina, al baño del pasillo... Entonces supo que era el momento de intentar escapar. Era en ese momento o nunca. Lo próximo que inspeccionaría sería su dormitorio, así que le daba tiempo de sobra a recorrer los pocos metros que había hasta la puerta de entrada. Así lo hizo y cuando agarró el pomo con la mano derecha, una voz a su espalda le dijo firmemente: —Si abre esa puerta, disparo.

Apartó lentamente la mano del pomo y se giró despacio. Era el mismo hombre que había visto al despedirse de sus amigos: un hombre al que jamás había visto antes. Mientras la apuntaba con el arma, le indicó que se acercara a él y la cogió del brazo mientras le clavaba el cañón en el riñón izquierdo.

—Ahora usted y yo vamos a salir tranquilamente, vamos a tomar el ascensor y vamos a subirnos en el coche que nos está esperando justo enfrente. Si intenta algo, ya sabe.

—¿Quién es usted? —preguntó intentando que hablara con ella.

—¡Andando! —la empujó—. No tenemos tiempo para charlas.

Los dos salieron y se dirigieron al ascensor, lo tomaron y bajaron hasta la entrada. Justo antes de salir a la calle, el hombre sonrió y dijo:

—Vaya, parece que tu guardaespaldas tiene ganas de fiesta.

Y acto seguido, sin soltarla del brazo, apuntó a la puerta. Alguien le había avisado de que Ángel estaba a punto de entrar. Nadie quería un escándalo, así que sabía que permitirían que entrara al portal para que él se encargara de liquidarlo. El hombre empujó a Susana sin soltarla hasta que quedaron los dos escondidos en el rincón justo al lado del ascensor. Ángel tendría que recorrer un par de metros, subir tres escalones y girar a la derecha antes de verlos, y allí lo estaría esperando un disparo a bocajarro. Era la única manera de llevar a cabo su misión. El joven entró sin encender la luz, a sabiendas de que había un extraño en el edificio y no tenía ni idea de dónde

estaba o de si estaba aún allí. Caminó lentamente unos pasos y esperó un poco. El hombre tapaba la boca a Susana hasta el punto de que casi no podía respirar. Ángel caminó unos pasos más sigilosamente y giró la esquina hacia el ascensor pistola en mano. Se escucharon varios disparos y, la mano que segundos atrás le aprisionaba la boca a Susana, la soltó. Ella reaccionó inhalando una bocanada de aire y gritando histérica. Empezó a recorrer la pared con su mano temblorosa intentando encontrar el interruptor de la luz, sin saber muy bien qué ocurría. Escuchó ruido de pasos y el golpe de la puerta al cerrarse y por fin pulsó el interruptor y la luz del portal se encendió al tiempo que se abrían puertas y se oían voces preguntando qué sucedía. Ante ella, el cuerpo de Ángel yacía en el suelo rodeado por un enorme charco de sangre. Se lanzó hacia él gritando su nombre y quitándole las manos del vientre, donde intentaba taponar su propia herida, para sustituirlas por las suyas. Había tanta sangre...

—¡Que alguien llame a una ambulancia! ¡Por Dios, que alguien llame a una ambulancia!

—Tranquila —su voz sonaba débil, casi un suspiro—. Estoy bien... —logró decir antes de desmayarse mientras ella apretaba el orificio por donde había entrado la bala. Había demasiada sangre a su alrededor. Eso no podía ser bueno.

La ambulancia tardó lo que a ella le pareció un siglo en llegar, y Ángel seguía inconsciente. Una vez dentro, los sanitarios lo intubaron y lo cubrieron de electrodos, abriéndole vías para sueros y medicación delante de los ojos aterrados de Susana que iba con ellos al hospital para descartar algún daño no visible. Hubiera querido quedarse con él, pero le pidieron que se colocara junto al conductor para que los médicos pudieran seguir intentando recuperar al joven. Una vez en el hospital se lo llevaron a toda prisa y la dejaron con la terrible incertidumbre de si podrían salvarle la vida o no. Ella pidió llamar por teléfono a casa. No sabía qué había pasado con su móvil, seguramente lo había dejado en el apartamento. A su padre, al contrario de lo que esperaba, no le sorprendió la noticia e iba de camino al hospital.

—Tardaré unos diez minutos en llegar. No te muevas de donde puedan verte, ¿me has entendido?

Susana asintió con la cabeza.

—Papá... es Ángel... se muere... —sollozó en un mar de lágrimas.

—Tranquila, enseguida estoy ahí.

Entretanto, los médicos certificaron que se encontraba bien y avisaron a la policía que era el protocolo habitual para estos casos. Cuando Salvador Salgado entró por la puerta de urgencias, aparentemente nadie lo reconoció ni se percató de la presencia de dos hombres que se habían apostado uno a cada lado de la puerta corredera de cristal

—Vengo por mi hija. Acaba de entrar. Ha habido un tiroteo en su apartamento.

Daniel estaba dejando unos informes sobre el mostrador de recepción cuando miró hacia la dirección de dónde venía el hombre y lo reconoció.

—¡Señor Salgado! ¿Qué hace usted aquí?

—Ha habido un tiroteo en el piso de Susana.

—¡Susana! ¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien? —preguntó alarmado.

—Creo que sí...

—Disculpe —dijo mientras cogía unos papeles de encima del mostrador para mirar dónde se encontraba la joven—. Vamos, está en el box 4.

Cuando abrieron la cortina del box vieron a una Susana sentada en la cama envuelta en lágrimas. En cuanto vio a su padre se lanzó a sus brazos como lo hacía cuando era una niña y algo le salía mal. El hombre le acarició el pelo y trató de calmarla. Se retiró de ella solamente para observar que efectivamente no tenía ninguna herida y luego cayó en la cuenta de que era Daniel quien lo acompañaba.

—¡Daniel! —el joven la abrazó dulcemente—. ¿Tú puedes decirme algo de Ángel? Se lo llevaron y ya nadie sabe nada más.

La mirada del médico se vio empañada por el oscuro velo de los celos. Aun así le contestó:

—Estará en el quirófano. Voy a preguntar —dijo, y salió dejándolos solos.

—¿Qué ha pasado?

—Era el hombre que cambió el turno con Ángel, no era George... —intentaba hablar Susana entre sollozos—. Llamé a Ángel para preguntarle si había habido algún cambio y...

La joven se derrumbó por completo llorando desconsoladamente sobre el pecho de su padre.

—Tranquila. Cálmate. Todo saldrá bien, ya verás.

Cuando la policía llegó para tomarle declaración, Susana aún no sabía si Ángel había logrado sobrevivir. Recordó que su padre le decía que, si no había noticias, eso eran buenas noticias. Estaría luchando contra la muerte. Al comprobar que se encontraba bien, Susana y su padre pudieron abandonar el box de observación y se sentaron en el pasillo de urgencias, que estaba lleno de gente.

—¿Por qué tarda tanto Daniel?

—Hay que esperar, cariño.

Unos minutos después, el joven médico apareció y se dirigió hacia ellos.

—Está aún en el quirófano... Ha recibido dos impactos y las balas no han salido. No sé qué decirte... parece grave —le dijo a Susana tomándola de la mano.

—Ha sido por mi culpa —se lamentó ella—. No debí haberlo llamado. Debí haberte llamado a ti y me hubieras enviado a otro de tus hombres. —Miró a su padre con los ojos llenos de lágrimas.

—Es tu guardaespaldas, Susana. Forma parte de su trabajo. Él sabía que tarde o temprano podía suceder.

—Pero... no era su turno... y no llevaba ningún tipo de protección. Lo vi mientras le taponaba las heridas.

—Ten fe, Susana —dijo su padre mientras le acariciaba el pelo—. Ten fe. Tienes que venir a casa conmigo.

—¡No! ¡No pienso moverme de aquí hasta que sepa cómo está Ángel!

Daniel miró a Salvador y le hizo un gesto para que lo dejara hablar.

—Yo me quedo con ella. No me moveré de su lado.

—Lo sé. Pero no puedo marcharme sin ella. Seguramente aquí esté más segura que en ningún sitio, pero no pienso irme hasta que me acompañe.

—Daniel —pidió Susana—. ¿Podrías avisar a Nando, por favor? Y quizás deberíamos avisar al compañero de Ángel, Santi... pero yo no tengo su teléfono.

—Tranquila, veré qué puedo hacer. Traeré unos cafés.

A petición de Susana, su padre envió a uno de sus hombres a casa de Ángel para avisar a Santi de lo sucedido y, cuando volvió, el muchacho venía con él. Susana le contó lo sucedido y le habló de la gravedad de sus heridas y de la posibilidad de que no sobreviviera. Para entonces Nando y Lía también habían llegado y estaban sentados junto a ella en la sala de espera, que poco a poco se había ido despejando y donde en ese momento no habría más de tres o cuatro personas esperando ser atendidas.

«Al parecer no soy suficiente», pensaba Daniel mientras iba en dirección al quirófano de nuevo a averiguar cómo iba todo. No podía soportar la sensación que le corroía las entrañas. Desde que había conocido a Susana, había ido poco a poco, al ritmo que ella le había ido marcando, y todo parecía ir bien hasta que apareció el maldito guardaespaldas. ¿Y qué había visto en él? Seguramente su físico, porque no recordaba ni haberlo oído hablar más allá de un saludo. Aunque, claro, con ella habría tenido más oportunidades... puede que incluso... El vacío de su estómago se tornó insoportable al pensar que se hubieran acostado. Le pareció un consuelo pensar que quizás no superaría la operación, y se recriminó a sí mismo por ser capaz de tanta crueldad. Nunca se había sentido así, pero deseaba con todas sus fuerzas que Ángel no despertara.

Al cabo de unas horas, avisaron a Daniel de que la operación había terminado, pero «el guardaespaldas», como ya le llamaban los que lo atendían, se encontraba muy grave y había que esperar unas horas para saber si sobreviviría. Daniel fue a avisar a Susana, que se había quedado dormida apoyada en el hombro de su padre. Eran las dos de la madrugada y estaba exhausta.

—Susana —le dijo tocándole suavemente el brazo—. Susana. Tu guardaespaldas ha salido de quirófano.

La joven se puso en pie como si un resorte invisible la hubiera empujado y echó a correr detrás de Daniel, seguida por su padre. El médico y ella entraron al área de recuperación donde Ángel debería pasar el resto de la noche bajo vigilancia médica. Ella jamás había estado en un lugar así, tan aséptico, tan frío, como si la muerte estuviera paseándose por la sala esperando para llevarse a alguien consigo. En ese momento solo estaba él, sedado, intubado y totalmente inmóvil. Susana se acercó a la cama y le tomó una mano. Daniel, que no podía soportar sentirse así, se dio la vuelta para hablar con la doctora que estaba sentada frente al ordenador en una mesa en una de las esquinas.

Susana le pasó la mano por el rostro a Ángel y le apartó el pelo, como lo hubiera hecho una madre. Recordó la conversación del cementerio y mentalmente rezó suplicando a la madre del

joven y a la suya propia que lo ayudaran en su lucha contra la muerte.

Daniel le dijo que tenían que salir y ella obedeció. Antes de irse, besó a Ángel en la mejilla, lo que para el médico delataba por completo los sentimientos de Susana por su guardaespaldas. No importaba si se habían acostado o no, eso era irrelevante ante el cariño y el dolor del que sus ojos acababan de ser testigos. No había duda: estaba enamorada de él.

Su padre no logró convencerla de que se marchara con él y, con la tranquilidad de dejarla rodeada de sus amigos y custodiada por sus hombres, finalmente, se marchó a casa con la promesa de que en cuanto el joven despertara ella iría allí también. Santi había llamado por teléfono al padre de Ángel, que no vivía en la ciudad y aún tardaría unas horas en llegar.

Los minutos se negaban a avanzar y amaneció sin ningún cambio en el estado del joven. Susana había salido a respirar un poco de aire y agradeció enormemente el frío casi helado que reinaba en el ambiente. Era todo lo que necesitaba para volver a la realidad. El sol empezaba a despuntar y en sus tenues rayos ella creyó ver un atisbo de esperanza. Nando salió a acompañarla y ella se sobresaltó:

—Tranquila. No hay ninguna novedad. Solo quería saber que estabas bien.

—Me siento terriblemente culpable, Nando —dijo firmemente, las lágrimas agotadas después de tantas horas de llanto—. No debí haberlo llamado.

—Es su trabajo, Susana. Él sabe a lo que se expone. No te tortures más.

Volvieron dentro a esperar novedades y lo único que supieron a lo largo de la mañana era que lo habían trasladado a Cuidados Intensivos. Sobre las doce, Santi recibió un mensaje en el móvil. Era el padre de Ángel, que se encontraba ya en la puerta del hospital y le pedía que fuera a buscarlo. Santi se dirigió a la puerta principal, justo al extremo opuesto de donde se encontraban y reconoció al padre de Ángel inmediatamente.

—¡Hola! —saludó el hombre—. ¿Cómo está?

Santi le dio un fuerte abrazo y le informó de la situación mientras se dirigían al mostrador de recepción a averiguar si su padre podía pasar a verlo. Era un hombre de unos sesenta y cinco años, alto y elegante, para quien la edad estaba siendo bastante benévola. Sus ojos estaban cansados, seguramente por haber estado llorando, pero por lo demás, parecía encontrarse bastante bien.

Finalmente, consiguieron que el hombre pudiera entrar a ver a su hijo, eso sí, él solo y unos cinco o diez minutos. Cuidados Intensivos no era lugar para visitas.

Cuando se enfrentó a la habitación terriblemente blanca y fría y se acercó a la cama, apenas reconoció a su hijo cubierto por cables y tubos, y las lágrimas volvieron a sus ojos. No quiso abrazarlo por temor a hacerle daño y se limitó a pasarle la mano por la mejilla y por el hombro mientras le susurraba:

—Ángel... lucha, por favor... No tengo a nadie más en el mundo. Si tú te vas, yo no quiero seguir viviendo.

No observó ninguna reacción, tal y como le habían informado, pero el zigzag incesante de la

máquina responsable de medir los latidos de su corazón le devolvió un poco de esperanza. Ojalá pudiera hacer algo. Ojalá su hijo nunca hubiera decidido dedicarse a esto. Ya era tarde. ¿Quién sabe si podría volver a hablar con él, a caminar juntos por el bosque, a ver alguna película en el cine...? Siempre supo que valía demasiado y temió que la vida decidiera quitárselo.

La enfermera se asomó para pedirle que saliera y el hombre obedeció lánguidamente. A la salida del ascensor lo esperaba Santi con los demás y se los presentó. Susana sintió una pena infinita por este hombre, cuyo rostro reflejaba que estaba al borde de un terrible abismo. Santi y ella lo llevaron a la cafetería y le contaron todo lo que había sucedido. Ella le pidió disculpas, y le dijo que si hubiera sabido lo que iba a suceder, jamás lo hubiera llamado, aunque eso hubiera supuesto que hubiera sido ella la que se encontrara en esta situación.

—Yo nunca quise que su madre le pusiera Ángel, siempre me pareció una especie de profecía, pero era un bebé tan hermoso... Ella decía que no había ningún otro nombre que lo describiera mejor —dijo el hombre de repente mientras daba un sorbo a su taza.

—Lo siento mucho. Quisiera poder hacer algo... —dijo Susana. Él la tranquilizó.

—Si no hubiera sido ahora, habría sido más adelante. Lo supe desde que empezó a prepararse para entrar en la Policía Nacional. Siempre soñaba con los destinos más peligrosos. Cuando aprobó, una parte de mí se hizo a la idea de que podía perderlo en cualquier momento. Y, cuando dejó el cuerpo, llegué a alegrarme. A pesar de que cogió una depresión, a mí no me importaba. Estaba seguro de que habría por ahí un trabajo para él, algo que no fuera tan peligroso. Santi le ofreció trabajar en su empresa incluso, ¿te acuerdas, Santi?

El joven sonrió asintiendo. Claro que se acordaba. Y también se acordaba de que le había contestado que él no había nacido para estar encerrado en un despacho.

—Pero no. Él tenía que ser un héroe, tenía que proteger a quien lo necesitara. Y ahora... ahora... —El hombre rompió a llorar de nuevo.

Allí permanecieron en silencio unos minutos más y, finalmente, volvieron al banco del pasillo donde se encontraban Lía y Nando, ella durmiendo sobre su hombro y él sobre la cabeza de ella. El reloj parecía haberse detenido.

Un par de horas más tarde, Susana vio la figura de Daniel caminando hacia ellos con una carpeta en la mano y el rostro inexpresivo que tienen los médicos cuando van a dar una mala noticia y se temió lo peor. Sin embargo, cuando llegó hasta ellos dijo:

—Está reaccionando.

Y todos se levantaron al mismo tiempo del banco.

—No ha despertado aún, pero las constantes son estables. Si sigue así, esta noche lo subirán a planta.

Susana le presentó a Daniel al padre de Ángel, y este le dijo que se consideraba afortunado de poder darle tan buenas noticias. Habían temido lo peor y por fin parecía que iba a superarlo.

—¿Puedo verlo? —dijo el hombre secándose los ojos con el dorso de la mano.

—Aún no. No se preocupe. Lo avisaremos en cuanto despierte.

Daniel se llevó a Susana unos pasos más allá del grupo y le dijo que le avisaría en cuanto despertara para que fuera la primera en verlo. Ella se lo agradeció enormemente y le dio un beso en la mejilla. Un beso que a Daniel le supo a traición.

Finalmente, sobre las cinco de la tarde, Nando recibió un mensaje en su móvil. Era Daniel pidiéndole que llevara a Susana a la tercera planta, a la habitación donde había trasladado a su guardaespaldas. Al parecer ya había abierto los ojos.

La joven intentó disimular todo lo que pudo su nerviosismo y su alegría sintiéndose un poco egoísta por aprovecharse de las circunstancias para ser ella la primera en entrar a verlo, pero necesitaba pedirle disculpas y no sabía si tendría otra oportunidad. Daniel entró con ella a la habitación y la vio acercarse tímidamente a la cama. Pensaba que estaría despierto, pero no era así. Daniel, como si supiera lo que estaba pensando, le dijo:

—Son los sedantes. No te preocupes.

Tenía los puños apretados en los bolsillos.

Ella se colocó a un lado de la cama y lo observó detenidamente. No tenía el respirador, lo cual era muy buena señal, a pesar de que aún conservaba unos cables y el suero. Mientras lo miraba, le pareció que pestañeaba y sonrió.

—Creo que quiere abrir los ojos, Daniel.

Entonces lo llamó por su nombre:

—Ángel. Ángel —repitió—. Mírame. Estoy aquí.

El joven movía los párpados que le pesaban como si llevara un saco de arena sobre cada uno de ellos hasta que finalmente pudo entreabrir los ojos, bizqueando, intentando fijar la vista.

—¡Hola! —Sonrió ella.

Él intentó esbozar una sonrisa, pero le fue totalmente imposible. Apenas podía respirar. Volvió a abrir los ojos.

—¿Recuerdas lo que te ha pasado? —le preguntó Daniel acercándose a la cama.

Segundos después Ángel asintió.

—Creo que es suficiente por ahora, Susana. Debemos dejarlo descansar.

Ella besó dulcemente la mejilla de Ángel y acompañó a su amigo fuera de la habitación.

Tal y como le había prometido a su padre, fue a casa acompañada por dos de sus hombres y se dirigió al cuarto que solía usar cuando vivía con él. No había cambiado mucho. El cabecero de la cama conservaba aún enrolladas las guirnaldas que tanto le gustaban, y el espejo de forja de la pared mantenía intactas sus mariposas de colores. Se acercó a la ventana un instante y abrió un poco el visillo con los dedos. Estaba a punto de nevar a juzgar por el tono blanquecino del cielo. Un baño era lo que más le apetecía. En su piso no tenía bañera. Se había empeñado en mantenerse a sí misma y conseguir exclusivamente lo que ganara con su trabajo y eso no incluía demasiados lujos. Mientras echaba el gel a borbotones en la bañera y encendía unas velas recordó a Ángel. Se sintió tan bien al pensar que el peligro había pasado que casi se olvidó de que, cuando se recuperase, volvería a trabajar para ella. Entonces recordó a Marga. Él le había dicho que se

había ido de su casa para evitar que sufriera sabiendo que nunca podría tenerlo y le vino a la mente que quizás lo mejor que ella podía hacer era despedirlo para evitar que estuviera en peligro. Solo tenía que pedírselo a su padre, lo sabía. ¿Pero entonces, qué? Dejarían de verse y eso era algo que no podía asumir en ese momento, y él trabajaría para cualquier otra persona en lo que mejor se le daba: cuidar de los demás de la única manera que sabía, con su propia vida. El agua la reconfortó de tal manera que casi se quedó dormida en la bañera bajo la tenue luz de las velas, el cuarto inundado del aroma de mandarinas y canela. En cuanto descansara un poco volvería al hospital. Santi se había quedado con Ángel y con su padre. El pobre hombre había pasado seguramente el segundo peor momento de su vida, después de perder a su esposa y había envejecido en las escasas horas que habían pasado desde su llegada al hospital. En ese momento entendía todo lo que su padre siempre le decía. Debe ser peor que la muerte perder un hijo.

Bienvenido de nuevo

Al abrir la puerta de la habitación, lo primero que se encontró fue con su mirada. Ángel estaba despierto, aunque sus ojos estaban algo aados debido a la medicación. Hizo ademán de incorporarse, pero lo dejó por imposible cuando sintió el dolor que le provocaban las heridas.

—No, no, no —le riñó ella—. No te levantes.

Se acercó a la cama. Su padre se levantó del sillón en ese momento para saludarla y se excusó diciendo que iba a comer algo. Susana se quedó junto a la cama y sonrió mostrando su perfecta dentadura blanca que sonreía a la par que sus ojos.

—Vaya, alguien se alegra de verme —dijo él con menos energía de lo que quisiera.

—Me has dado el peor susto de mi vida, Ángel. —Las lágrimas asomaron a sus ojos y no pudo evitar que resbalaran por sus mejillas. El joven frunció el ceño, no esperaba verla así.

—Eh —le dijo tomándola de la mano—. Ya pasó. Estoy bien.

—Lo sé. Disculpa. Ha sido una pesadilla. Siento haberte llamado, jamás me perdonaré por ello.

—Susana, es mi trabajo. Si no me hubieras llamado, ¿quién sabe dónde estarías ahora? —tosió un poco y volvió a intentar incorporarse.

—No. Si no te estás quieto me marchó —amenazó ella limpiándose las mejillas.

Él volvió a dejarse caer en la almohada.

—¿No has pensado en dedicarte a algo menos peligroso? —preguntó Susana.

—No creo que sepa hacer otra cosa. Y no creo que pueda, la verdad. —Sin darse cuenta Ángel estaba acariciando suavemente con el pulgar los dedos de Susana. Ella lo miró con toda la ternura del mundo y no dijo nada más en unos minutos. Fue él quien rompió el silencio.

—Daniel, tu amigo, me dijo que tú estabas bien, que no tenías ni un rasguño.

—Gracias a ti...

En aquel momento la puerta volvió a abrirse y en un acto reflejo Susana se llevó las manos a los bolsillos de su rebeca. Eran Nando y Lía, en pack, como siempre.

—¡Me cago en la mar! —protestaba Nando—. Esas enfermeras necesitan un buen polvo ya. ¡Por favor!

—¡Nando! —le riñó Lía señalando a Ángel y a Susana que los miraban fijamente.

—Lo siento, querida —le dijo mientras le daba un beso y la estrechaba con fuerza—. Ahí andan echando a suertes quién será la próxima en asear aquí al «guardaespaldas».

Ángel soltó una pequeña carcajada que de nuevo lo obligó a toser. Susana le acercó el vaso de agua con la pajita y le incorporó un poco la cabeza para que pudiera beber.

—¿Qué quieres, ahogarlo? —le regañó Susana—. O te comportas o te marchas.

Nando la soltó y la miró con los ojos entreabiertos.

—En fin, muchacha... ¿Cómo está nuestro ángel particular? —dijo mirando al guardaespaldas que había vuelto a reclinarsse sobre la almohada.

—Bien, bien... me siento mucho mejor —contestó él con gesto dolorido.

—Ya puedes. ¡Menudo susto nos has dado! En serio —dijo acercándose a la cama y poniéndole una mano en el hombro—. Me alegro mucho de que estés mejor.

Lía fue la única que se atrevió a darle un beso en la mejilla bajo la sorprendida mirada de Nando que, esta vez, no habló para evitar que lo echaran de allí.

Hablaron unos instantes y fueron interrumpidos por Daniel, que esta vez venía sin la bata habitual. Entró y lo primero que hizo fue echar un vistazo a los informes que había en la mesilla, luego miró el suero.

—Creo que vamos a hacer una prueba de tolerancia —le informó en tono casi académico—. Si todo va bien, te quitaremos el suero y podrás comer.

—No tengo demasiada hambre, la verdad.

—¿Qué tal te sientes? ¿Ha bajado la fiebre?

—Mejor. Creo que sí.

Entonces se dirigió ya con un tono mucho menos profesional a Susana y le pidió que lo acompañara un momento al pasillo. La joven lo siguió algo preocupada, pensando que quizás quería informarla de algo relacionado con el estado de Ángel. Una vez fuera, se retiraron hacia el fondo del pasillo y se colocaron justo delante de la ventana que daba luz a toda la zona.

—Quiero comentarte algo, si no te importa.

—¿Ángel está bien? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar.

Daniel resopló antes de continuar. Su paciencia se estaba agotando.

—Sí, está mejor que bien para haber estado a punto de morir.

Susana se sorprendió ante el tono que su amigo había empleado para contestar a su pregunta, pero prefirió pasarlo por alto.

—¿Sabes que era policía nacional? —preguntó de nuevo en tono más agradable.

—Sí, lo sé. Su padre me lo dijo.

—¿Y sabes por qué lo dejó?

—No. No se me ha ocurrido preguntarle.

—He estado indagando, hablando con el forense, que tiene más relación con la policía, y me ha dicho que lo expulsaron del cuerpo por aceptar sobornos.

Susana abrió los ojos de par en par y se quedó boquiabierta un segundo.

—Daniel... yo... Yo no creo que esté bien husmear en la vida de la gente.

—¿Husmear? No. Se trata de informarse. Quizás un expolicía corrupto no sea el más recomendable para velar por ti.

—¿Cómo puedes decir eso? —lanzó ella enfadada—. ¿Precisamente aquí y ahora? Casi ha muerto para protegerme a mí.

—Fue una casualidad. Tu secuestrador lo sorprendió.

—¿Qué? No puedo crearme lo que estoy oyendo. Lo llamé y apareció en mi casa sin ningún tipo de protección solamente para salvarme la vida.

—Es su trabajo —dijo rotundamente.

—Y el tuyo es cuidar de tus pacientes; no meterte donde no te llaman.

Acto seguido se dio la vuelta y volvió a entrar en la habitación donde Nando se encontraba sentado en el sillón jugueteando con su móvil y Lía miraba por la ventana.

—Se ha vuelto a dormir —dijo la chica señalando a Ángel.

—Mejor. Tiene que descansar —dijo Susana sin poder ocultar del todo su malestar.

En cuanto el padre del joven volvió a la habitación, los tres amigos salieron y se dirigieron a un restaurante cercano a comer algo. Susana estaba más silenciosa de lo habitual, pero ellos concluyeron que sería por la preocupación por Ángel y por tener que llevar todo el día detrás a los dos guardaespaldas que su padre le había asignado. De pronto, Susana empezó a contarles su conversación con Daniel. Ambos se quedaron boquiabiertos.

—Te diré una cosa —dijo Nando—. Esa es una puerta que tienes que cerrar ya. O sea, Daniel se está pasando mucho. Está celoso, eso está claro, pero eso no le da derecho a meterse en tu vida.

—¿Creéis que podría ser cierto? Me refiero a lo que me ha contado.

Esta vez fue Lía quien habló:

—¿Don Perfecto aceptando sobornos? Lo siento, no lo veo. Pero, claro, habría que preguntarle a él.

—Si quieres, yo le interrogo. No sabes las ganas que le tengo —soltó Nando mientras volvía a coger su cerveza.

Susana no se rio, no esa vez. Le daba un poco de miedo en lo que se había convertido su vida en un par de meses, pero lo que más miedo le daba era enamorarse del hombre equivocado. No es que su vida hubiera sido un éxito en el tema del amor. A la vista estaba que a sus treinta y tres años seguía soltera, pero nunca se había sentido tan atraída por nadie como por Ángel, quizás porque nunca había conocido al hombre más opuesto a su padre del mundo. Ella adoraba a su padre, pero odiaba su modo de vida y no quería repetir los mismos errores. Se las había ingeniado muy bien para sobrevivir sin su dinero y había logrado separar la imagen que el resto del mundo tenía de él de la que ella, como hija, tenía en su mente y en su corazón. No. No iba a cometer tamaño error.

Aquel día estuvo nerviosa y por la noche apenas pudo dormir, no solamente por lo que Daniel le había contado sino porque jamás pensó que podría ser tan celoso. No eran nada el uno del otro, no lo habían sido nunca y, sin embargo, en cuanto había visto la posibilidad de perder su atención, se había lanzado al vacío a buscar información contra Ángel. En cierto modo lo entendía: ella le gustaba, pero uno debe saber cuándo abandonar una partida que no se va a ganar.

A la mañana siguiente, cuando fue al hospital a visitar a Ángel, se repitió mil veces durante el trayecto en el coche de su padre que no le iba a preguntar, no en ese momento. Esperaría al menos a que se recuperase, pero tenía que escucharlo de él. Entonces sabría si Daniel le había dicho la

verdad o no.

Se alegró enormemente de verlo incorporado cuando entró en la habitación. Tenía incluso una camiseta negra puesta y estaba tomando un café.

—¡Buenos días! —dijo sonriendo en cuanto la vio aparecer.

—¡Vaya! Veo que la recuperación va viento en popa —exclamó ella—. ¿Dónde están los cables y el suero?

—Me los quitaron anoche. Toleré bien la comida. No parece que hayan pasado solo un par de días. Es increíble de lo que es capaz el cuerpo humano. ¿Qué tal estás tú?

—Bien, bien. Estoy en casa de mi padre, ya te puedes imaginar. No puedo hacer nada sola, ni salir, ni ir al trabajo, ni volver a mi casa... una pesadilla. Necesito que te recuperes y vuelvas conmigo.

Al decir esto se detuvo en seco.

—Bueno... suponiendo que quieras volver —se atrevió a decir.

Él no lo dudó un instante:

—Volveré, claro que volveré —le contestó mirándola fijamente a los ojos.

—Me quedaré solo unos minutos. Por fin he convencido a mi padre de que me deje ir al despacho. Tendré que soportar a dos de sus hombres todo el día a mi alrededor, pero creo que merece la pena. Necesito un poco de normalidad.

—Eso es estupendo.

—La parte buena es que me he dado cuenta de que prefiero que me cuides tú.

—Bueno, eso también está bien —dijo él sonrojándose un poco—. ¿Sigue sin saberse nada de George? —preguntó intentando cambiar de tema.

Ella negó con la cabeza.

—Nada. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Debes tener mucho cuidado. Lo volverán a intentar. Y créeme, no es difícil hacer desaparecer a una persona.

La auxiliar entró a recoger la bandeja del desayuno, y Susana aprovechó para despedirse prometiendo pasarse de nuevo en cuanto pudiera.

El trabajo consiguió el milagro de hacerla olvidar durante unas horas todo lo que le había sucedido. Casi llegó a olvidarse de los dos hombres que se habían apostado uno en la calle y otro dentro del edificio para controlar a todo el que entraba y salía. Su padre ya había mandado recoger todos sus efectos personales de su piso. Volver a vivir allí suponía todo un riesgo. Ella sabía que intentaría engatusarla para que se quedara a vivir con él hasta que el peligro hubiera pasado, si es que eso llegaba a suceder, y estaba más que preparada para la contienda. Su independencia, aunque relativa, le había costado demasiado y no pensaba perderla ni por un instante.

Una semana después, Ángel recibió el alta del hospital y por fin pudo marcharse a su casa. Su padre estuvo con él hasta que salió y después se marchó de nuevo al pueblo, donde, según él, la

vida era mucho más sencilla. Intentó convencer a su hijo de que se fuera con él un tiempo, al menos hasta que se recuperase del todo, pero él declinó la invitación. Quería volver a trabajar tan pronto como fuera posible; tenía que demostrarse a sí mismo que podía seguir adelante como si nada hubiera pasado. De sus heridas quedaban solamente dos cicatrices y un dolor seco y profundo que de vez en cuando amenazaba con cortarle la respiración, pero que no duraba lo suficiente.

No lo dejes pensar

El sol débil, que durante toda la mañana había estado amenazando con esconderse, finalmente, desapareció bajo unos espesos nubarrones negros. Empezaron a caer enormes gotas de lluvia anunciando la tormenta, después llovió y finalmente estaba diluviando como si fuera el fin de los tiempos. Ángel estaba recogiendo un poco la casa cuando creyó oír el timbre de la puerta. Eran las once de la mañana, una hora nada habitual para recibir una visita. Santi estaba trabajando, y no había nadie más en la ciudad que tuviera ningún interés especial en visitarlo. Contestó al telefonillo demasiado tarde. Quien quiera que hubiera sido la persona que había pulsado el timbre, ya no estaba allí. Volvió a la cocina a seguir llenando de ropa la lavadora y, a los pocos segundos, sonó de nuevo el timbre, esta vez el de arriba. Cuando abrió la puerta y se encontró frente a frente con Susana, su respiración se detuvo unos instantes.

—¡Hola! —acertó a decir abriendo la puerta e invitándola a entrar—. ¿Qué... qué sucede? ¿Va todo bien?

Ella cerró la puerta tras de sí sin saber muy bien qué decir o qué hacía allí. Hasta el mismo momento en que tocó el timbre del portal le parecía que la idea había sido brillante, pero en ese momento ya no estaba tan segura.

—Yo... yo... —Quería dejar de tartamudear antes de que Ángel pensara que estaba hablando con una retrasada, pero las palabras, las mismas que hacía un momento había ensayado, se negaban a salir.

—¿Estás bien? —dijo el joven quitándose el trapo de la cocina del hombro y mostrándose francamente preocupado.

Ella lo miró un momento fijamente, como si quisiera decirle algo más y no fuera capaz.

—Me estás asustando, Susana. ¿Qué ocurre?

Entonces ella decidió hacer caso a los consejos de Nando. Había tenido la feliz idea de confesarle que le gustaba Ángel, y que le gustaría intentar tener algo con él, aunque no supiera cómo iba a terminar, sobre todo tenía miedo a que él la rechazara. Era demasiado estricto en su trabajo, y acostarse con la hija del jefe seguro que no era una opción. Su amigo le había dicho que el truco para que nadie pudiera negarse es apretar el interruptor de la mente que corresponde al pensamiento lógico. «No lo dejes pensar. Lánzate. Bésalo. Agárralo como si alguien quisiera quitártelo y no permitas que pueda defenderse. De lo contrario, esa mente suya tan lógica jamás le permitirá estar contigo». Y eso mismo hizo, lo acorraló contra la pared y lo besó apasionadamente, como si se le fuera la vida en ello, porque probablemente si ese beso no funcionaba, no tendría otra ocasión de hacer lo que había venido a hacer hasta quién sabe cuándo. Lo había cogido totalmente desprevenido, en casa, de baja, sin ninguna posibilidad de que esperase su visita, pero al contrario de lo que hubiera querido, no se resistió. Se entregó al beso

como quien lo ha estado esperando durante lunas, y colocó sus manos en su cintura para acercarla aún más y que pudiera notar cómo lo estaba haciendo sentir. Sus enormes ojos azules se abrieron un instante para mirarla y ella no quiso dejar de besarle para que no tuviera tiempo de arrepentirse.

—Esto... esto... —jadeaba Ángel—. Esto no puede ser. Susana...

Pero ella no pensaba darle la oportunidad de retirarse, así que siguió besándolo y paseando sus manos por su espalda y finalmente empezó a levantarle la sudadera para librarse de ella, algo que él acabó de hacer antes de apretarse aún más contra ella y tomarla en sus brazos mientras ella le anudaba la cintura con sus piernas sin dejar de besarlo. La llevó hasta su habitación y cerró la puerta de una patada mientras la dejaba suavemente sobre la cama. Su mirada dulce había dado paso a una más lujuriosa, hambrienta, dispuesta a darlo todo sin importar las consecuencias. Le desabrochó cada botón de la camisa hasta que se la quitó y luego hizo lo mismo con el sujetador, sin dejar de besarla, acariciándole el cuerpo desde sus caderas hasta el cuello y besando cada rincón por el que sus dedos habían pasado. Recorrió la parte de atrás de sus orejas con la lengua y le mordisqueó el lóbulo, y ella pudo notar sus jadeos provocados por la excitación. Susana gemía bajo sus manos y se afanaba en desabrocharle el pantalón. Cuando por fin consiguió deshacerse de la prenda y él se colocó sobre ella, pudo notar el efecto que sus caricias estaban teniendo en él y volvió a apretarlo contra su cuerpo. Él se arrodilló a los pies de la cama, besando y paseando su lengua húmeda y cálida por cada palmo de su cuerpo desde los pechos hasta el ombligo, mientras se libraba de su pantalón y empezaba a pasear sus dedos por debajo de la única ropa interior que le quedaba, primero apenas rozando, luego con un movimiento más rítmico. Ella gimió esta vez con más fuerza ante su tacto, moviendo las caderas al ritmo que sus dedos marcaban, y él aprovechó para inundar con sus labios y con su lengua su boca abierta y ansiosa de él. Lo había conseguido. No podía pensar. Lo único que quería era perderse en ella, aunque fuera lo último que hiciera, absorber cada soplo de su aliento, oler toda su esencia, como si fuera un animal. Su respiración acelerada la excitó aún más, saber cuánto la deseaba y el poder que acababa de ejercer sobre él fueron afrodisíacos. Le quitó el tanga sin dejar de pasear sus manos y su mirada por todo su cuerpo, y sin dejar de besarla ni un instante, casi sin poder respirar por culpa de la excitación. Ella le agarró las nalgas con sus manos y se libró de sus slips. Todo él era fuerza, furia, como la de alguien que ha estado preso durante siglos y recupera por fin la libertad. Prometeo desatado. Lo empujó dentro de ella y ya ninguno de los dos dejó de mecerse siguiendo el movimiento del otro, gimiendo, sintiendo cada gota de sudor que resbalaba por sus cuerpos, saciando sus labios en un vaivén salvaje que los hizo estallar en gritos de placer que aaron en la boca del otro. Ángel se desplomó sobre ella un instante para recuperar el aliento. No estaba preparado para aquello, ni siquiera estaba totalmente recuperado y podía haber sido un milagro que no se hubiera desmayado en el intento. Ella le preguntó enseguida: —¿Estás bien?

—Sí —soltó con voz aterciopelada, apenas audible, mientras la liberaba de su peso.

Se tumbó junto a ella bocarriba con la respiración acelerada sin saber qué decir. Si alguien le

hubiera dicho cuando se despertó aquella mañana que en apenas un par de horas iba a estar en la cama con la mujer a la que tenía que proteger, se hubiera echado a reír. Susana colocó su cabeza sobre su pecho y desde allí pudo apreciar las dos cicatrices de los disparos. Aquella noche volvió a su mente un instante y apretó los ojos para espantar la imagen de Ángel en el suelo sobre un charco de su propia sangre. Se encogió sin darse cuenta.

—¿Qué sucede? —preguntó él—. ¿Te he hecho daño?

—No... no. Es solo que... nada.

No quiso mencionar lo que había pasado por su mente. Ángel acariciaba su pelo mientras respiraban ambos al unísono, relajados. Se miraron un instante.

—Cuando he venido aquí hoy, sabía perfectamente lo que quería —confesó ella.

—No lo dudo. —Sonrió él.

—Pero ahora ya no estoy tan segura de que haya sido buena idea.

—¿No te parece que es un poco tarde? —Volvió a sonreír Ángel, y esta vez le dio un beso en la mejilla antes de rodearla con su brazo y besarle la sien.

Nunca nadie la había hecho sentirse así: deseada, respetada, segura. No. Esto no había sido buena idea porque en su cabeza, antes de llegar a casa de Ángel, él la rechazaba, o tal vez no estaba en casa, o no escuchaba el timbre, o peor, el polvo era un absoluto desastre. Pero nada de eso había sucedido. Todo lo contrario. Él se dejó llevar porque la deseaba desde hacía tiempo y todo él, cuerpo y mente, se habían entregado a la tarea de demostrárselo, sin trampa ni cartón. Como nunca antes había hecho ningún otro hombre.

Fuera la tormenta seguía rugiendo y la lluvia golpeaba con fuerza los cristales, lo que creaba una melodía junto con sus respiraciones acompasadas que los relajó hasta que ambos se quedaron dormidos, uno en brazos del otro, a pesar de los truenos y los relámos. Fuera, el mundo podía estar tocando su fin, pero en aquella habitación habían experimentado una de las más hermosas muestras de puro deseo.

El sonido de alguien en casa hizo que Ángel abriera los ojos alarmado hasta que cayó en la cuenta de dónde estaba, qué había pasado y que sería su amigo Santi el que andaba enredando en la cocina preparando algo para comer. Su reloj de muñeca marcaba las tres y media, la hora a la que Santi solía volver de trabajar. A su lado, profundamente dormida, se encontraba Susana. Cerró los ojos un instante para recuperar lo que había vivido con ella unas horas antes. Escuchó cómo aún llovía, aunque con menos fuerza, y se dio la vuelta para acunarla con su cuerpo intentando despertarla. En un par de minutos ella abrió los ojos y lo miró entre avergonzada y feliz, casi la misma mirada que él tenía en sus preciosos ojos verdes.

—Buenas tardes, bella durmiente —le dijo rozando la nariz de ella con la suya en cuanto se dio la vuelta.

Ella se desperezó un poco y se abrazó a él.

—Tengo hambre. ¿Qué hora es?

—Las tres y media, más o menos. Tengo que avisarte de que Santi ha vuelto, así que si no

quieres que te vea...

Ella le dio un beso en la mejilla.

—¿Cuántos años crees que tengo, quince?

—¡Por Dios, espero que no, podría ir a la cárcel por lo que acabamos de hacer!

Susana se sentó en la cama mientras Ángel no podía dejar de admirar su belleza. En ese mismo momento, desnuda, sin maquillaje y con el pelo revuelto, lo único que sentía eran ganas de repetir lo que habían hecho un rato antes.

—¡No me mires así!

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como si no fuera real.

—Para mí no lo eres, Susana. Yo... No creas que yo no me he imaginado en más de una ocasión que me hubiera encantado que sucediera algo como lo que ha pasado hoy. De hecho, lo he imaginado unas cuantas veces. Pero, bueno, no empezamos con muy bien pie, y luego con lo de tu intento de secuestro...

—Ssshhh —dijo ella poniéndole el dedo índice delante de los labios—. ¿Qué tal si nos dejamos llevar por las circunstancias, si dejas de tenerlo todo tan estudiado, tan milimetrado?

Él asintió.

—Podemos empezar por salir a comer. ¿Qué te parece?

—No estaría mal. Sobre todo para Raúl, el guardaespaldas que me ha acompañado hoy. Le dije que venía a verte y no ha vuelto a saber de mí.

—Me doy una ducha rápida y enseguida estoy —dijo poniéndose en pie de un salto.

Para cuando salieron del dormitorio de Ángel, Santi ya no estaba en el salón. Probablemente estaría descansando un poco en su cuarto. Eso le daba la oportunidad de contarle lo de Susana cuando en realidad pudiera expresarlo con palabras.

En los peores momentos

—Daniel, por favor, estoy bien. Estoy aburrido, necesito volver al trabajo —replicó Ángel cuando el médico volvió a negarse a darle el alta definitiva.

—¿Quién es el médico aquí, tú o yo? —dijo con gesto enfadado—. Solo una semana más. Te prometo que la semana que viene estarás de nuevo en la calle.

—Está bien. Como tú digas. Pero me encuentro bien.

Ángel salió de la consulta y abandonó el hospital sintiéndose frustrado y decepcionado. Se encontraba perfectamente y todas las pruebas que Daniel se había empeñado en hacerle habían arrojado resultados estupendos. No entendía por qué no le daba el alta de una vez.

Estaba preocupado por Susana. Los hombres de su padre cuidaban de ella, pero nadie pudo evitar que George desapareciera y fuera sustituido por un infiltrado de la banda de Yong. Tenía miedo de que volvieran a intentarlo. Al menos quería estar cerca para protegerla. Se habían vuelto a ver en un par de ocasiones más, siempre en casa de él, pues ella seguía en casa de su padre, y sus sentimientos hacia ella estaban yendo mucho más allá de una atracción puramente física. Era una mujer inteligente, divertida y extremadamente culta, que hablaba varios idiomas y nunca dejaba de dar vueltas a algo en su cabeza. Estaba llena de vida.

Se subió en su coche que había aparcado cerca del hospital y se dirigió a su casa. No pudo creer que hubiera aparcamiento justo enfrente de su bloque y llegó a sonreír por ello. Eso era algo que no pasaba todos los días. Bajó del coche, cruzó la calle y metió la llave en la cerradura. Una voz familiar retumbó en sus oídos.

—Hola, Ángel.

No podía ser. Hacía meses que no la había escuchado, pero la reconocería en cualquier parte, incluso en medio de una multitud. Cuando se giró, se encontró frente a frente con la mujer que más daño le había hecho jamás: Paula.

Ángel tragó saliva y se frotó los labios mientras volvía a guardar las llaves en el bolsillo de su chaqueta antes de ser capaz de pronunciar palabra.

—¿Qué haces aquí? —dijo tensando las mandíbulas.

La mujer, de unos treinta y cinco años, alta, esbelta, de largo pelo castaño y ojos color miel, lo miraba como si estuviera ante una aparición. Se lanzó a él abrazándolo con toda la fuerza de que fue capaz.

—¡Me alegro tanto de que estés bien! —dijo dándole un beso en la mejilla.

Ángel permaneció en silencio a la espera de su siguiente movimiento.

—Hace un par de días coincidí con tu padre en el supermercado, y me contó lo que te había pasado, que habías estado a punto de morir, y... te juro que si lo hubiera sabido antes habría venido enseguida. ¿Podemos hablar, por favor? —suplicó.

El joven no estaba seguro de querer volver a hablar con ella, después de todo lo que le había hecho, pero aun así no supo negarse. Cruzaron de nuevo la calle hasta llegar a la cafetería de enfrente donde pidieron cada uno un café después de sentarse en los taburetes de la barra, junto a la ventana.

—Ángel... —quiso decir ella.

—No entiendo qué haces aquí, Paula —pudo por fin contestar—. ¿Cuánto hace que no nos vemos, diez meses, un año?

—Catorce meses, para ser exactos.

—Me alegro de que lleves tan bien la cuenta. Después de todo fuiste tú quien lo mandó todo a la mierda.

—No pretendo que me perdones —lo interrumpió ella.

—Esto... Esto —dijo mirándola a los ojos intentando no levantar la voz—. No se trata de perdonar. Si eso es lo que te preocupa, lo hice hace tiempo. Se trata de tener que llevar en la memoria cada puto día de mi vida la imagen de la única mujer con la que he estado revolcándose con mi mejor amigo.

Paula bajó la mirada avergonzada. Tenía toda la razón. No debía haber venido. No tenía ninguna excusa. Hizo lo que hizo y ya está.

—Yo... Yo solo quería decirte que me alegro de que te hayas recuperado. Sé que te hice mucho daño, pero...

Él levantó la mirada de su taza de café y arqueó una ceja esperando la frase que vendría después:

—Me sentía sola; tú estabas liado con lo de tu trabajo.

—No estaba liado, Paula. Me hicieron dejarlo, ¿te acuerdas?

—Pero te lo tomaste demasiado mal... No querías salir, no querías estar conmigo.

—Todo se ha reducido siempre a ti, no sé cómo no lo vi antes. A mí me habían hecho dejar lo único que he querido hacer en toda mi vida por haber descubierto que medio cuerpo se dejaba sobornar, pero tú te sentías sola... No me lo puedo creer —dijo mirando de nuevo a la ventana, con gesto enfadado.

—No quería decir eso... en fin. Por si te sirve de algo, aquello no fue más allá.

—No. No me sirve de nada. Si no llega a ser por Santi y por mi padre, me hubiera pegado un tiro —afirmó mirándola fijamente.

Paula no fue capaz de sostener su mirada. Se volvió a meter el móvil en el bolsillo y se dispuso a levantarse para marcharse de allí. Sabía que debía odiarla por lo que le había hecho, pero no había imaginado que tanto.

—No quisiera que me odieras, al menos por los buenos momentos que compartimos.

Él permaneció sentado en silencio mientras ella salía del local. Fuera llovía incesantemente y se detuvo un instante en la puerta intentando averiguar hacia dónde dirigir sus pasos. Sorprendentemente, él la había seguido.

—Paula —le dijo algo más tranquilo—. No te odio. Ya no. Me alegra saber que tú también estás bien. Nos conocimos con dieciocho años; creí que había encontrado el amor de mi vida, la persona junto a la que moriría después de muchos años. Fue una pena que no fuera así.

La mujer se echó a llorar amargamente y se abrazó a él, la lluvia cubriéndolos por completo, la calle totalmente vacía, a excepción de un lujoso Audi negro desde donde Susana, que había ido a visitar a Ángel como había hecho en otras ocasiones. Los vio envueltos en lo que le pareció el abrazo más romántico que jamás había visto.

Ángel cruzó la calle y se perdió en su portal, mientras que la joven caminó en dirección contraria dejándose empapar por la lluvia, y Susana le pidió al chófer que la llevara de vuelta a casa de su padre.

Como cada día, Santi llegó del trabajo a las tres y media y abrió la puerta del piso, esta vez para encontrarse a su compañero sentado en el sofá bebiendo whisky.

—¿Estás bebiendo? —preguntó más que sorprendido.

—¿Tú qué crees? —contestó él aún sereno, para tranquilidad de Santi.

—Bueno... no bebes, hace mucho que no bebes, ¿no?

—No bebía por la medicación para la depresión, pero hace meses que no la estoy tomando.

—Vale. ¿Puedo tomarme una cerveza aquí contigo? A ver si así averiguo por qué estás bebiendo whisky a estas horas. Joder, que te vas de un extremo a otro —murmuraba Santi mientras iba hacia la cocina a por su cerveza. No había abierto aún la puerta de la nevera cuando Ángel soltó:

—Paula ha venido a verme.

Santi se giró con los ojos abiertos de par en par:

—¿Paula? ¿Tu ex?

—La misma.

Abrió la nevera y cogió una cerveza para luego ir a sentarse junto a Ángel en el sofá.

—¡Tío! ¿Qué te ha dicho? Debe hacer... —Su amigo lo interrumpió.

—Catorce meses exactamente. En realidad no me ha dicho nada nuevo. Hace tiempo que dejé de estar enamorado de ella y ni siquiera me había dado cuenta. Ha sido al verla hoy cuando se me ha ocurrido que quizás ella fue una víctima más de todo lo que pasó.

—A ver, Ángel, no es que yo tenga muchas cosas en contra de Paula, excepto que te dejara tirado en los peores momentos de tu vida para liarse con un buen amigo tuyo. —Y al decir eso subrayó cada sílaba.

—Pero ella tiene razón. Yo no paraba de hablar de lo mismo, y cuando por fin fui a mis superiores creyendo que iban a intervenir y sucedió lo contrario, cuando tuve que dejar la policía, la ignoré por completo.

—¡Lo estabas pasando fatal! Si no te hubieras marchado te habrían implicado en algo para echarte. Lo menos que podía hacer ella, que de paso llevaba media vida contigo, era apoyarte. No sé. Yo lo veo así.

—Bueno, ya da igual. Nos hemos dicho lo que nos teníamos que decir y se marchó.

—¿Sabes qué? ¡Ponme a mí otro whisky! Hoy no se come en esta casa. Me alegro de que por fin ese círculo se haya cerrado y vamos a celebrarlo.

En su cuarto, Susana no podía dejar de preguntarse quién era la mujer con la que había visto a Ángel. Que ella supiera, no tenía muchos amigos, por no decir amigas. Según él, le había contado hacía bastante tiempo que no era demasiado sociable. Entonces, ¿quién era aquella mujer a la que abrazaba con tanto cariño? Quizás debería llamarlo directamente a él y preguntarle. «No, ni de coña. ¿Y si está con otra y no he sabido verlo?». Cogió su teléfono móvil y llamó a Nando para contarle lo que acababa de ver. A medida que escuchaba cada tono, se arrepentía de lo que estaba haciendo; después de todo, había sido Nando quien tuvo la maravillosa idea de que lo sedujera. Por fin el joven contestó: —Consultorio psicológico Nando, ¿qué desea? —soltó sin más.

—Nando, deja de subir fotos de tu culo a Instagram y ayúdame.

—Lo estaba subiendo a Twitter, es *#miércolesdeculosmacizos*. ¿Qué te pasa? ¿Has engordado un par de kilos? ¿Se te ha acabado el rímel? ¿Has descubierto que ya no se publica la Súper Pop?

Susana puso los ojos en blanco con toda la paciencia de la que fue capaz:

—Acabo de ver a Ángel abrazando a otra mujer.

—¡Oemege! —exclamó el chico—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Ahora mismo, cerca de su casa.

—¿A qué habías ido tú allí a estas horas, viciosilla? —Sonrió con ironía Nando—. ¿Le has cogido el gustillo a tirarte al macizo, eh?

—Por favor... no sé qué hacer. ¿Lo llamo y le pregunto? ¿Hago como si nada? ¿Y si está liado con otra al mismo tiempo que conmigo?

—Hija, pues será un fuera de serie porque no hace ni un mes se estaba muriendo. En fin, no sé qué decirte. ¿Quieres que lo investigue, que lo siga, que me acueste con él o alguna otra cosa?

—No sé para qué te he llamado. No me estás ayudando, para variar.

—¿Qué cosas más bonitas me dices!

Viendo que la conversación no la llevaba a ninguna parte colgó sin despedirse siquiera.

Le costaba horrores imaginarse al hombre del que se estaba enamorando engañándola con otra mujer. Recordó su conversación con él sobre Marga Acosta. ¿Y si también le había mentado en eso? ¿Y si en realidad se aprovechaba de su aspecto de caballero de brillante armadura para seducir a las mujeres que le daba la gana? Salió de su cuarto y bajó directamente al despacho de su padre. En ese momento no estaba; estaría atendiendo cualquiera de sus asuntos, así que podría mirar tranquilamente su agenda y buscar el teléfono de la tal Marga. La recordaba, la había visto en alguna ocasión, aunque no tenía ninguna relación con ella. Su padre estaba un poco chapado a la antigua y lo de tener todos sus contactos en el móvil era para otros, no para él.

En cuanto encontró el teléfono de la mujer lo marcó. Al otro lado una voz excesivamente estudiada y elegante descolgó.

—¿Sí?

—Buenas tardes. No sé si me recordará. Soy Susana Salgado.

—Bueno, no tengo ahora mismo tu cara en mi mente, pero sí, sé que eres la hija de Salvador. ¿Por qué me llamas? —La mujer estaba totalmente sorprendida.

—Necesito hablar con usted... de Ángel.

No hubo necesidad de decir su apellido. En la cabeza de Marga estaba clarísimo que solo había un Ángel. Enseguida se mostró más amable.

—Sí. Claro. Ahora me acuerdo. Hablé una vez con tu padre acerca de él y le dije que trabajaba muy bien.

—Eso me temo —resopló Susana—. ¿Podríamos quedar?

—Por supuesto.

Quedaron en verse esa misma tarde en casa de Marga, y a eso de las siete, el chófer de Susana Salgado esperaba delante de la verja de la entrada de la mansión de la mujer. No salió ella misma a abrirles, siempre aferrada a su protocolo, pero la esperaba en el salón con una humeante tetera sobre la mesa y un par de tazas. Susana, acompañada por la que debía ser la gobernanta de la casa, entró y la saludó tendiéndole la mano, mientras que la mujer la acercó para darle dos besos.

—Ahora me acuerdo de ti. ¿Cómo podría olvidarte? Eres preciosa, igual que tu madre.

—Gracias —contestó ella halagada.

—Tú dirás.

Susana le habló del guardaespaldas que había contratado su padre, de cómo desde el primer momento fue un trabajador incansable y hasta casi había dado su vida por ella recientemente. Le habló del profesional, no del hombre. Marga sonrió dulcemente ante la mera aparición de su nombre en la conversación.

—Ángel... —susurró dejando que su mirada se perdiera unos mundos más allá. Cuando salió de su ensueño continuó—: es el hombre más íntegro que he conocido jamás, además del más guapo, si no te molesta que lo mencione.

—He oído que le expulsaron del cuerpo de policía.

—Has oído mal, querida. —La mujer removió su té haciendo demasiado ruido con la cucharilla y volvió a hablar—. Él dejó el cuerpo, más bien lo obligaron a dejarlo cuando metió las narices en asuntos de sobornos a otros compañeros y superiores. Nadie le creyó o, al menos, aparentaron no hacerlo. Pero usted y yo sabemos que eso no es algo extraño, ¿verdad?

Susana asintió con la cabeza y dio un sorbo a su té. Reflexionó unos instantes antes de seguir hablando.

—¿Qué más sabe usted de él? Me gustaría tener algo de información sobre la persona que trabaja para mí.

—Querida, como guardaespaldas ya sabes de él lo que tienes que saber, por lo que me has dicho. Daría su vida por ti sin pensarlo dos veces. Aunque deja que te diga que ese hombre no valora demasiado su vida, lo cual no sé si es un defecto o una virtud. ¿Información? Yo solo sé que perdió a su madre siendo muy joven, que siempre quiso ser policía y que, cuando tuvo que

dejar el cuerpo, pasó una terrible depresión. Cuando trabajó para mí aún tomaba medicación.

—¿Y aun así lo contrató?

—¿Y por qué no, cielo? Al menos las pastillas para la depresión son legales, ¿no te parece? Ni usted ni yo sabemos lo que consumen quienes trabajan para nosotras.

Susana pensó que aquello tenía sentido.

—También recuerdo que por aquellos días su novia de toda la vida lo dejó por un amigo suyo. Por entonces ya estaba trabajando aquí... Solo sé que él los sorprendió juntos. Él mismo me lo contó.

—Le contaba muchas cosas para ser solo su guardaespaldas. —Una vez dicho esto, Susana se arrepintió enormemente de sus palabras, pero ya era tarde.

—Querida, como te he dicho, es un hombre íntegro. Le cogí mucho cariño y me encantaba su compañía. No era muy hablador pero, era sincero, educado, agradable y, sobre todo, discreto. Y sí, era solamente mi guardaespaldas, nunca fue nada más. Un día decidió que no quería renovar su contrato conmigo y se marchó. Desde entonces no he vuelto a verlo.

Susana volvió a dar un sorbo a su té y repasó mentalmente por si tenía alguna pregunta en el tintero. No creía que volviera a ver a Marga de nuevo y, si así era, no para mantener esta conversación. Fue la mujer la que entonces preguntó:

—Te has enamorado de él, ¿verdad?

La joven se ruborizó y no hizo falta que dijera ni una palabra. Marga lo había sabido desde el momento en que había descolgado el teléfono para hablar con ella.

—No me extraña. Y no puedo culparte. Es todo ese halo que lo envuelve como de melancolía, pero al mismo tiempo de superación y ganas de trabajar y hacer las cosas bien. Es como uno de esos héroes infatigables de las películas que siempre acaban haciendo que venza el bien. Y es guapísimo. Sus ojos azules pueden hacer que te olvides de todo.

Susana lo sabía bien, muy bien. Ella se había perdido en sus ojos muchas veces, y en sus labios y en su cuerpo, y en ese mismo momento se moría por saber quién era la mujer que había tenido la osadía de ponerle las manos encima. Marga no le había aclarado ese punto. Lo único que le quedaba por hacer era llamarlo directamente a él. Tras varios intentos no logró localizarlo.

A estas alturas, Santi y Ángel habían trasladado la fiesta al bar de enfrente, que ese día estaba cerrado. Habían aporreado un poco la puerta, ya algo borrachos, a sabiendas de que el dueño estaría dentro aprovechando para limpiar, como hacía siempre. Cuando les abrió, los dejó entrar y cerró inmediatamente después.

—¿Qué coño os pasa a los dos? ¿Estáis borrachos? ¡Tíos, no son ni las seis de la tarde!

—¡Calla! —exclamó Santi —Y ve sacando el whisky. Estamos celebrando la libertad de aquí mi amigo —señaló a Ángel a quien llevaba agarrado por los hombros.

Nacho, que así se llamaba el dueño del local, se fue a por una botella y no se molestó ni en coger unos vasos.

—¿Por qué no me habéis avisado antes?

Abrió la botella de whisky y bebió un buen trago, pasándosela luego a los otros dos, que estaban en plena fase de exaltación de la amistad, Ángel abrazado a Santi agradeciéndole lo mucho que había cuidado siempre de él.

—¡Venga, por Dios! ¡Que somos tíos!

Saltó dentro de la barra y puso vídeos musicales a toda mecha. Al cabo de un rato los tres se turnaban para poner la cabeza bocarriba sobre la mesa mientras los otros le echaban el whisky directamente a la garganta. Llegaron incluso a bailar a saltos alguna que otra canción. Ángel estaba eufórico, si hubiera podido pensar no hubiera sido capaz de recordar la última vez que había bebido así o que había sentido que alguien había puesto un punto final a su mala racha, que ya duraba demasiado.

Por su parte, Susana, de camino a su casa en el coche, marcó su número y esta vez, intentando averiguar por qué vibraba su bolsillo, Ángel sacó el teléfono y contestó. Cuando ella escuchó su voz supo que algo no iba bien.

—¿Síííí? —Su voz era diferente, parecía... ¡parecía que estaba borracho!

—¿Ángel? ¿Estás bien?

—Síííí—repitió riéndose esta vez como si hablara con alguien más y murmurando cosas que ella no lograba descifrar.

—Voy para tu casa. —«¿Don Perfecto borracho? ¡Eso tenía que verlo!».

—No estoy en mi casa —contestó mientras Santi lo arrastraba saltando hacia la pista de baile.

—¿Se puede saber dónde estás? —«¿Estás cantando?»

—Voy... voy para casa... voy ya... —murmuró.

Enganchó del cuello de la camisa a su amigo para decirle que su jefa venía a verlo y que tenían que marcharse. Nacho protestaba porque no quería quedarse solo en ese momento, que estaba de subidón, pero aun así salieron como pudieron de vuelta a su casa.

Cuando Santi abrió la puerta ya casi no se tenía en pie. En cuanto la vio se abalanzó sobre ella al tiempo que le pedía disculpas y la acompañaba al sofá, donde Ángel estaba sentado con la mano levantada brindando por quién sabe qué y soltando incoherencias. Ella se acercó y se sentó a su lado completamente sorprendida.

—¿Has bebido?

—¿Se puede saber que os pasa hoy a todos con el tema de la bebida? Sí, he bebido. ¿No es obvio? —dijo arrastrando la lengua al hablar.

—Yo... Yo tengo que hablar contigo, pero necesito que estés sobrio.

—¡Ah! ¡Se siente! ¡Qué casualidad que hoy todas las mujeres de mi vida quieran hablar conmigo! —dijo dejándose caer en el sofá.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella aprovechando que seguramente le diría todo lo que quería saber.

—Ha venido a verlo su ex —soltó Santi para luego seguir bebiendo.

—¡Eso tenía que haberlo dicho yo! ¡Susana es mi novia!

Susana soltó una divertida carcajada:

—¿Ahora soy tu novia? —preguntó ella divertida.

—¿No lo eres? —preguntó él sintiéndose realmente contrariado e incorporándose un poco en el sofá.

Ella lo empujó con los dedos en la frente, y él no tuvo más remedio que volver a tumbarse. La joven se levantó y empezó a recoger los vasos y las botellas para llevarlos a la cocina:

—¿Pero qué haces? —preguntó Santi.

—Se acabó. Ya no se bebe más. Lleváis un buen pedo y no quiero que sigáis bebiendo.

—¡Aguafiestas! —dijo Ángel volviendo a levantar la cabeza del cojín.

—¡Trae aquí! —dijo ella cogiéndole el vaso de la mano—. He dicho que ya no se bebe más.

Observando a los dos amigos desde la cocina le pareció que la cosa era bastante lamentable. Un par de copas más y se habrían caído redondos al suelo. Un estrépito en el salón reveló que uno de ellos ya había llegado a ese punto. Se asomó y vio a Ángel tumbado en el suelo delante del sofá abrazándose al cojín que había caído con él. Acto seguido, Santi se desplomó en su cuarto, a juzgar por el ruido seco que escuchó. Durante unos minutos observó a Ángel pensando que era la primera vez que lo veía comportarse fuera de lugar. ¡Maldita sea! Ni borracho tirado en el suelo había perdido ese aspecto de chico malo caído en desgracia que iba a ser su perdición. Se levantó del sillón pensando en ayudarlo a levantarse y tumbarlo de nuevo en el sofá, pero finalmente decidió ir a su dormitorio a por una colcha con la que lo tapó y le dio un dulce beso en la frente. «Un beso de madre», pensó para sus adentros. Luego dejó el piso sin que ninguno de ellos se percatara.

Cuando volvió a aparecer por allí a la mañana siguiente, Santi ya no estaba y Ángel presentaba un aspecto que delataba los excesos de la noche anterior. Tenía aspecto de estar muy cansado, con sombras debajo de los ojos y la mirada poco despejada. Le dio un beso en los labios mientras cerraba la puerta con el pie y lo siguió hasta la cocina.

—¿Qué tal estás? —preguntó sin saber muy bien qué era lo que quería averiguar y lo que no.

—Bueno, teniendo en cuenta que llevo vomitando desde las tres de la madrugada... en fin, he estado mejor —dijo Ángel pasándose la mano por el pelo y con aspecto avergonzado—. Siento mucho el espectáculo.

—¡Oh, no seas tan engreído! Aunque fue casi comparable al que di yo la noche del karaoke. —Guiñó un ojo y él intentó esbozar una sonrisa y bostezó.

—Iba a desayunar. ¿Quieres unas tostadas?

—Me parece una idea fantástica —dijo mientras se sentaba en uno de los taburetes de la cocina.

Mientras Ángel enredaba entre platos, tazas y demás utensilios de cocina, Susana por fin reunió las fuerzas para preguntarle el motivo del estado en que lo había encontrado el día anterior.

—Mi ex vino a verme —contestó rotundo mirándola a los ojos.

—Así que era eso... ¿Y?

—Y nada más. Se había enterado de que había estado grave en el hospital y se sintió mal. Supongo que quería que lo supiera, aunque en realidad no sé qué quería.

Susana reflexionó un poco antes de continuar.

—Yo os vi. Vine a verte y os vi abrazados en la calle.

—Uff —contestó él y cayó en la cuenta de lo mal que se habría sentido ella al ser testigo de lo que parecía la escena. Se acercó a la mesa donde ella esperaba el café y le tendió una taza. Con la mano derecha le apartó el pelo de la cara y la besó—. Siento el malentendido.

Susana quería saberlo todo sobre aquella relación y no dudó en preguntarle directamente. Él le contó cómo se habían conocido al acabar el instituto, cuando ella se había mudado con su familia a la ciudad, cómo habían sido inseparables durante años, llegando incluso a comprarse el piso y planear la boda. Un buen día se le había ocurrido acercarse por allí a tomar unas medidas para encargar unos armarios y se había encontrado a Paula en plena faena con un amigo común. Le habló del dolor, del vacío, de la depresión que sufrió al haber perdido lo único que tenía, su trabajo y a la que creía que sería la mujer de su vida. Le contó que había estado a punto de perder la razón, y que si no llega a ser por su padre y por Santi, no sabía si estaría allí. Susana escuchó en el más absoluto silencio antes de decir: —Vaya... es muy duro competir con eso.

—¿Competir? —preguntó él con gesto sorprendido.

—Era tu novia de siempre. Debe haber sido como un divorcio.

—Esto no es una competición. Todo aquello quedó atrás.

—¿Todo? ¿Estás seguro?

—Estoy seguro —dijo volviendo a besarla y abrazándola con fuerza como si intentara compensar lo mal que la había hecho sentir sin siquiera saberlo—. Y ahora, a desayunar.

Se sentó frente a ella y charlaron, rieron, y disfrutaron del sabor de un nuevo comienzo.

Secuestrada

La semana siguiente llegó, y Ángel volvió a la consulta del hospital a ver a Daniel con la esperanza de que por fin le diera el alta para poder volver al trabajo. El médico lo esperaba detrás de su mesa con los correspondientes papeles ya firmados, y lo saludó al entrar.

—Buenos días, Ángel. ¿Listo para volver a la vida real?

—¡Por fin! —dijo cogiendo los papeles de su mano.

Daniel se levantó y se acercó a él amigablemente.

—Espero que estés recuperado del todo. No quisiera tener que volver a verte por aquí.

—Tranquilo. No me verás.

Justo cuando Ángel se dio la vuelta para salir de la consulta, dándole las gracias por todo a Daniel, sintió un pinchazo en el cuello y solamente tuvo tiempo de girarse antes de caer al suelo sacudiéndose entre convulsiones. El médico salió al pasillo inmediatamente llamando a gritos a una enfermera. Cuando uno de los sanitarios llegó corriendo le informó: —Creo que es un ataque epiléptico, no estoy seguro. Ayúdame a subirlo a la camilla.

Daniel le arremangó el jersey y volvió a inyectarle algo que hizo que Ángel dejara de temblar y se quedara inmóvil en cuestión de cinco minutos, mientras el enfermero y él lo sujetaban con fuerza.

—Prepara el ingreso —ordenó al joven que había acudido en su ayuda. Cuando este salió de la consulta, Daniel se situó junto a la camilla en la que Ángel permanecía inconsciente y susurró:

—No será mía... pero tampoco será tuya.

Había estado estudiándolo detenidamente desde hacía mucho tiempo. Un hombre había venido un día a verlo a su consulta antes incluso de que Ángel apareciera en sus vidas y le había ofrecido una indecente cantidad de dinero por ayudarlo a llegar hasta Susana Salgado, con la excusa de darle un mensaje a su padre. Solo querían asustarla, eso le dijeron, y de paso asustar a Salvador Salgado cuando viera hasta dónde habían sido capaces de acercarse a su hija. Lo primero que hizo fue negarse. Estaba enamorado de ella y no iba a hacerla pasar por algo así. Sin embargo, cuando su guardaespaldas había aparecido en su vida, todo lo que quería construir con ella se había venido abajo. Se acabaron las llamadas, las salidas, en definitiva, se acabaron las esperanzas. Entonces la bombilla se había encendido en su cabeza. Si Ángel volvía al trabajo, sería imposible acceder a Susana, a no ser que fuera matándolo directamente. Tampoco es que eso a él le hubiera importado demasiado, pero no quería convertirlo en un mártir, en ese momento que ya era un héroe para ella y para su padre. No. Tras noches y noches en vela, había elaborado ese cuidadoso plan y luego había contactado con el que lo había visitado a él en la consulta aquel día para acordar cómo ponerlo en práctica. Cuando volviera a su consulta, lo drogaría y se las arreglaría para ingresarlo y mantenerlo así mientras enviaba a Susana a la boca del lobo. Así podrían darle el

mensaje a su padre. Lo había despreciado. Lo había ninguneado, y sabía a ciencia cierta que Ángel y ella tenían una especie de relación. Bien. Pues ya se había cansado del papel secundario. Esta vez sería él quien la rescatara de las garras del mal. ¿No es eso lo que hacen los héroes?

Cuando se hubo asegurado de que Ángel estaba totalmente fuera de juego, salió al exterior del hospital y llamó a Susana con la excusa de hablar con ella. Ella estaba un poco cansada de sus tejemanejes, pero accedió aunque solo fuera por librarse definitivamente de aquel asunto. Él le dijo que iría a buscarla y así lo hizo. Cuando la recogió de casa de su padre, el chófer y uno de sus hombres los acompañaron hasta el local donde supuestamente iban a pasar un rato charlando tranquilamente. En el coche, Daniel se disculpó por haber indagado en la vida de Ángel, y por haberse sentido celoso. Ella sonrió. Al parecer su amigo por fin había entrado en razón.

—No te preocupes, Daniel. No pasa nada —le dijo poniéndole la mano sobre la suya.

Para cuando llegaron al restaurante, varios hombres se encontraban estratégicamente distribuidos entre los comensales, como si fueran unos clientes más. En realidad los estaban esperando. Al cabo de un buen rato, Susana se levantó para ir al cuarto de baño y una mujer entró junto con ella. Nada especial, era un baño de los que tienen varios apartados. La mujer, sin que Susana pudiera siquiera percatarse, le puso un trapo empapado en cloroformo sobre la cara y ella no tuvo ninguna oportunidad de defenderse. Dos hombres más entraron al baño y la sacaron por la puerta que daba al patio de luz, que a su vez comunicaba con el edificio contiguo. Mientras, en su mesa, Daniel esperaba impacientemente a que Susana regresara del baño. Era aquí donde tenía que traerla, supuestamente para que se reuniera con ellos uno de los capos de la mafia china. Pasaban los minutos, y Susana seguía sin aparecer, lo que lo hizo ponerse aún más nervioso de lo que ya estaba. Ella había dejado todo en su parte de la mesa: su móvil, su bolso. Al cabo de quince minutos de espera, se decidió a asomarse al cuarto de baño. Nadie. ¿Qué demonios había pasado? ¿Dónde estaba Susana? Las gotas de sudor bajaban por su frente producto de su ansiedad. No sabía qué hacer o a quién llamar. Entonces pensó que él no se veía implicado de ninguna forma. Simplemente había ido con ella a comer al restaurante y ella había desaparecido. Eso lo tranquilizó y lo empujó a llamar a la policía. Una vez que le tomaron declaración, lo siguiente que hizo fue salir disparado al hospital para averiguar cómo despertar a Ángel. Necesitaba su ayuda.

Cuando entró en la habitación, cortó el suero que enviaba a su organismo el sedante que impedía que se despertara y le inyectó otro medicamento. Al cabo de unos minutos, Ángel abrió los ojos lentamente sin saber muy bien dónde estaba y qué había pasado.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hago aquí? —preguntó totalmente desorientado.

—¡Tienes que ayudarme! —suplicó Daniel hecho un manojo de nervios—. Creo que he hecho algo horrible.

Ángel se sentó en la cama y se pasó la mano por la cabeza, frotándose luego los ojos intentando despejarse. Se encontraba como si hubiera estado durmiendo durante años.

—¿De qué estás hablando? —preguntó intentando fijar la vista.

—De Susana.

Ángel no entendía muy bien de qué iba todo esto, pero el nombre de la mujer que amaba relacionado con la frase «algo horrible» disparó todas sus alarmas y con estas su adrenalina, lo que le ayudó a ponerse en pie de un salto colocándose justo frente a Daniel.

—¿Susana? ¿Qué le has hecho a Susana? —dijo cogiéndolo por el cuello amenazante.

—Yo no quería que le hicieran daño. Me dijeron que querían hablar con ella.

—¿Dónde está? —dijo Ángel apretando sus manos alrededor del cuello de Daniel y mirándolo fijamente.

—¿No lo sé! ¡Suéltame! Te diré lo que sé.

El joven lo soltó sin separarse demasiado de él, y Daniel empezó a contarle lo sucedido.

—Se suponía que solo iban a hablar con ella. Yo solo tenía que llevarla al restaurante y alguien vendría en su busca —decía Daniel a medio camino entre el terror y las lágrimas.

—¡Maldita sea! —Ángel lanzó la silla de la habitación contra la pared antes de lanzarse a dar vueltas por la habitación como si algo lo hubiera poseído.

—¿Dónde están mis cosas? —preguntó de pronto.

—Deben estar ahí, en el armario.

Se lanzó al armario y sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta para llamar a Salvador Salgado. El hombre ya sabía lo que había sucedido. Sus hombres lo habían informado. Estaba usando todos los medios a su alcance para localizar a la joven, pero se temía lo peor. Sabía que él no estaba trabajando aún y había doblado la vigilancia alrededor de la joven; sin embargo, nada de eso había podido salvarla, y eso era lo que el hombre no entendía.

—Uno de sus amigos la ha traicionado —dijo Ángel sin quitarle la vista de encima al médico, que estaba sentado en el suelo con las manos en la cara—. Su amigo Daniel.

Salvador Salgado colgó el teléfono inmediatamente, no sin antes pedirle que lo llevara a su casa.

—¡Levanta! —le dijo Ángel a Daniel—. Ya puedes arreglar esto porque de lo contrario si no te mata su padre, lo haré yo. Te lo juro.

Lo sacó prácticamente a empujones de la consulta y lo llevó hasta su coche.

—Lo siento mucho, lo siento mucho —sollozaba Daniel.

—Haces bien en sentirlo.

Ángel condujo todo lo deprisa que pudo hasta la casa de los Salgado, donde Salvador ya lo estaba esperando en la verja. Junto con otros dos de sus hombres, se dirigieron al interior de la casa, al despacho del hombre.

—¿Cuéntale lo que me has contado a mí! —La voz de Ángel sonaba como la del mismísimo diablo.

—Me dijeron que la llevara a aquel restaurante, que querían hablar con ella y darle un mensaje para usted. Yo solo quería ser un héroe para ella —dijo mirando a Ángel.

El padre de Susana lo miraba con los ojos entreabiertos.

—¿Un héroe? —repitió Salvador—. Los héroes no venden a sus amigos. ¿Y cómo se suponía

que ibas a serlo?

—Iba a enfrentarme al tipo delante de ella, a defenderla y hacer que se fuera. Así lo habíamos acordado. Yo la quiero. Estoy enamorado de ella desde que la conocí. Pero ella... ella está enamorada de otra persona.

—Tú no la quieres —dijo Ángel—. No se hace daño a quien se quiere.

—No iban a hacerle ningún daño... eso me dijeron —seguía sollozando Daniel mirando fijamente al suelo.

—Reza lo que sepas para que eso sea así porque tu destino será exactamente el mismo que el de mi hija —sentenció Salvador Salgado haciendo un gesto a uno de sus hombres para que se llevara al médico de allí. Acto seguido se dirigió a Ángel:

—Mi hija estará muerta a estas alturas. Estoy seguro —se lamentó.

—Puede que no. Puede que hayan decidido usarla de alguna otra forma y, mientras esté viva, tendremos la oportunidad de encontrarla.

—Mis hombres han ido al puerto y han quemado todos los contenedores de los chinos con la mercancía dentro. Allí no hay nada.

—Voy a contactar con algunos amigos que conservo en la policía a ver si ellos tienen más detalles.

—Solo espero que al menos me dejen enterrarla —decía el hombre con la vista perdida en la pared de enfrente.

—¡No está muerta! Estoy seguro. Tenemos que buscarla.

El móvil de Salvador sonó un par de veces antes de que contestara. Un hombre, a través de una vídeollamada le enseñaba a su hija atada, amordazada y con los ojos vendados en lo que parecía ser un habitáculo de pequeñas dimensiones. Ángel se acercó al dispositivo para observar la imagen con atención.

—¡Devuélvemela! —gritó Salvador Salgado—. Te daré lo que quieras a cambio. Pide lo que quieras.

—Lo que yo quiero no está en sus manos —dijo el hombre de aspecto oriental—. ¿O acaso eres Dios y puedes devolverle la vida a mi hermano?

—Debe haber algo de lo que tengo que te interese.

—Lo hay. Las occidentales son muy apreciadas en los burdeles de Hong Kong. Son como leonas en la cama, no tan complacientes como nuestras mujeres. Te enviaremos fotos, no lo dudes.

El estómago de Ángel se retorció en su abdomen.

—Ahora podrás pensar en ella cada vez que te acuestes con una de tus prostitutas —le dijo el hombre a Salvador.

Salvador Salgado observó impotente cómo se cortaba la comunicación. Ángel miraba al suelo intentando averiguar cómo llegar hasta Susana.

—Es imposible saber desde dónde han enviado el mensaje.

—Puede que estén en uno de los cargueros. Los chinos tienen varios barcos enormes en el

puerto.

Ángel dio media vuelta y se dirigió a la puerta tan rápidamente como podía mientras repetía:

—Voy a investigar. Alguien tiene que haber visto algo.

Para cuando llegó a su coche, ya había hecho varias llamadas a los pocos amigos que le quedaban en la policía, los mismos que no habían sido capaces de unirse a él en su denuncia de corrupción. No podía culparlos, todos tenían familias que mantener. Había jurado que jamás volvería a tener contacto con ninguno de ellos, pero la vida de la mujer a la que amaba dependía de aquellas llamadas.

No tan lejos de allí como ellos creían, Susana, tal y como había aparecido en el vídeo, empezó a notar cómo alguien le quitaba la venda que le cubría los ojos.

—Bien, señorita Salgado, creo que debo presentarme. Me llamó Tian Yong, señor Yong para usted.

Ella lo miró aún deslumbrada por la luz artificial de la habitación. Había tenido los ojos tapados demasiado rato. No podía hablar, pero tampoco lo intentó.

—No voy a quitarle la mordaza aún, pero quizás te quite las esposas, aunque puede que luego las incluyamos en alguno de nuestros juegos —dijo guiñándole un ojo. Y de pronto añadió—: si hace alguna tontería, ya puede darse por muerta, ¿está claro? Y ya sabe, mientras hay vida, hay esperanza.

Ella siguió petrificada hasta que el hombre la cogió del brazo y la llevó hasta su dormitorio.

—Ya hemos llegado, ¿ha visto qué fácil?

Le empujó y la tiró sobre la cama, aún esposada, sin que ella pudiera hacer nada para defenderse. Entonces empezó a desabrocharse la camisa lentamente.

—¿Cómo le gustaría que lo hiciéramos primero? ¿Usted arriba y yo debajo? ¿Usted debajo y yo arriba? —Y mientras hablaba su voz sonaba más excitada a cada momento. Ella no dejaba de mirarlo aterrada.

—Allí donde va a ir después no van a ser tan amables de preguntarle por sus preferencias, pero yo haré una excepción, después de todo, uno no se tira todos los días a la hija de Salvador Salgado.

Ya totalmente desnudo se lanzó sobre ella, pero pudo esquivarlo rodando sobre la cama.

El hombre se echó a reír:

—¡Ooooh, me encanta! ¿Quieres jugar? Pues a ver si esquivas esto —dijo mientras le daba una patada en la espalda. Ella se retorció de dolor—. Señorita Salgado, vamos a hacer las cosas bien, ¿le parece?

La levantó del suelo y la cogió del pelo para tirarla de nuevo sobre la cama y volver a lanzarse sobre ella besándola y acariciándola mientras ella no dejaba de dar patadas e intentar defenderse. Empezó a subirle el jersey por encima de la cabeza y se dio cuenta de que no podía quitárselo, al llevar las esposas puestas. Eso no le hizo demasiada gracia, quería mirarla a los ojos mientras la estuviera haciendo suya porque sería como mirar directamente a los ojos del

hombre que había matado a su hermano. Le volvió a bajar el jersey y llamó a uno de sus hombres para que le quitara las esposas.

—Te juro que si intentas algo, te mato —dijo sacando un enorme cuchillo y poniéndoselo en la garganta.

Aun así, Susana intentaba resistirse y, en cuanto tuvo las manos libres, se dispuso a empujar a su secuestrador, que cayó contra la chimenea y se hizo una herida en la cabeza, colmando así su paciencia.

—Está bien, tú lo has querido.

Se volvió a poner la ropa ante los ojos sorprendidos de ella y salió de la habitación dejándola con el hombre que había entrado con las llaves de las esposas.

—Amánsala, volveré en un rato.

Antes de salir, mientras el enorme hombre la agarraba, Tian le quitó la mordaza y, estrujándole los labios, paseó su lengua por su boca y después le dio un puñetazo en la cara.

—Si grita, vuelve a amordazarla. No queremos que todo el hotel sepa que tenemos una puta loca.

Ángel había organizado un pequeño grupo en su propia casa y en menos de una hora, tres de los cuatro a los que había llamado, se presentaron allí. Ángel les expuso la situación y les dijo cuánto necesitaba toda la información que pudieran tener en relación con aquellos hombres. El primero en intervenir tras escuchar lo sucedido fue Carlos:

—Tu mejor opción ahora mismo son las cámaras de vigilancia del puerto. Tendrás acceso a toda la zona y podrás observar cualquier movimiento. ¿Estás seguro de que está allí?

—No. Pero este tipo se mueve entre cargueros y contenedores que recibe de Hong Kong. Es probable que allí tenga algún escondite. ¿Conocemos a los dueños de todos los barcos?

—Es posible conseguir un listado —contestó Laura, otra de sus excompañeras—. Pero dudo mucho que allí vayamos a encontrar nada. ¿No te parece demasiado obvio?

Ángel asintió.

—Todo me parece demasiado obvio, pero en alguna parte tiene que estar. ¿Podemos acceder a las cámaras desde cualquier ordenador?

—Sí. Espera, conseguiré la clave —dijo Laura otra vez, enviando un mensaje por su móvil.

De repente, Ángel recordó el aeropuerto.

—¡Tenemos que controlar el aeropuerto! Probablemente tenga avión privado.

—Es fácil averiguar si tiene pensado sacarlo de aquí, en caso de que lo tenga. Déjame hacer un par de llamadas.

Al cabo de unos minutos Carlos volvió con gesto frustrado.

—No. Es decir, sí que tiene avión privado, pero no va a moverse del aeropuerto próximamente. Nuestra mejor opción es el barco. Eso si decide sacarla del país.

—No puede dejarla aquí y arriesgarse a que su padre la encuentre.

—En el restaurante no saben nada —dijo Laura colgando su teléfono—. Nadie ha visto ni oído

nada extraño. Estaban abarrotados a la hora en que llegó la policía.

Ángel se pasó las dos manos por el pelo intentando pensar. ¿Dónde puede haberla llevado?

Fue Laura la que propuso que se pusieran en situación.

—Imaginad que nosotros somos él. Hemos secuestrado a la hija de Salgado y no pensamos dejar que la encuentre. No vamos a usar el avión. Podemos: A) Movernos por carretera, lo que nos llevaría días, depende de a dónde queramos trasladarla, B) Podemos usar uno de los cargueros que tenemos en el puerto. Ahí es fácil meter un pasajero sin que nadie lo sepa.

—En el puerto no hay mucho movimiento —informó Carlos desde el ordenador—. Las salidas por carretera están siendo controladas por la policía, según me han informado en comisaría. Si se mueven, los encontrarán. Salgado ya ha metido mano en la investigación.

—Bien. Vayamos entonces al puerto. Si decide sacarla por mar, registraremos todos sus barcos y sus contenedores.

—Para eso necesitamos más gente. Voy a llamar a un par de amigos.

Finalmente, tres coches se dirigieron al puerto y registraron durante horas uno por uno todos los contenedores y los barcos que pertenecían a Tian Yong. Nada. Ángel estaba exhausto y cada vez más asustado. Era fácil esquivar un control de carretera, esperar en algún escondite hasta que la alarma hubiera pasado y empezar a moverse entonces... Estaba amaneciendo cuando volvían en coche a casa de Ángel, donde incluso Santi se había unido a la búsqueda. Había preparado café y seguían pendientes de los ordenadores que controlaban las cámaras del puerto, las de las principales carreteras e incluso las de las calles de la ciudad que estaban vigiladas por cámaras.

—¡Es ridículo! —dijo Ángel sintiéndose totalmente inútil—. Si la sacaron del restaurante para meterla directamente en un coche y no ha quedado registrado en ningún sitio, jamás daremos con ella.

Todos lo miraron sin atreverse a reconocer en voz alta que tenía razón. El tiempo jugaba en su contra. Salvador Salgado tampoco tenía nada aparte de un miedo atroz a que alguien le dijera que habían encontrado el cadáver de su hija en algún descampado.

—Sé que lo que voy a decir es absurdo —dijo Carlos—, pero en el único sitio en el que no hemos mirado, ha sido en su casa.

Ángel recordó que Salgado le había dicho que Tian Yong vivía en el Hilton desde que se había mudado a la ciudad. No podía ser tan sencillo.

—Alguien los hubiera visto —dijo Laura.

—No veo por qué —comentó Carlos mirando a Ángel fijamente.

—¡Vamos! —dijo él echando a correr hacia la puerta. El policía lo agarró del brazo:

—Ángel, esto hay que hacerlo a mi manera, ¿de acuerdo?

El joven asintió.

Una vez en el hotel, Carlos fue a recepción y, mostrando su placa, solicitó subir a la habitación de su objetivo. En el pasillo hacia el ascensor Ángel le dijo a Carlos:

—Se acabó «tu manera». Si queremos entrar en esa habitación tendremos que hacerlo por la

fuerza. De lo contrario, para cuando llegue la policía con una orden judicial, no habrá nada que registrar.

Ambos asintieron con la mirada y entraron al ascensor pulsando el botón que los llevaría hasta uno de los apartamentos del ático.

Una vez allí, llamaron al timbre y, cuando una especie de mayordomo abrió la puerta, Ángel lo lanzó dentro de una patada y ambos se plantaron en el centro de lo que parecía el salón del apartamento.

—¿Dónde está? —gritó cogiendo al mayordomo por el pelo.

—No sé de qué me habla. Suélteme.

Mientras tanto, Carlos había seguido registrando el piso habitación por habitación.

—Te lo preguntaré una sola vez más, ¿dónde está?

Su amigo entró en el salón de nuevo y dijo con aspecto preocupado.

—Ángel, suéltalo, está aquí.

El joven tiró literalmente al mayordomo al suelo y echó a correr detrás de Carlos. No estaba preparado para la escena que sus ojos estaban a punto de ver. Sobre la cama, el cuerpo de una mujer medio desnuda trajo a su mente sus peores pesadillas. Estaba encogida en posición fetal, y temblaba histéricamente. Se lanzó hacia la cama y le dio la vuelta para abrazarla, para que supiera que la había encontrado y que todo había pasado y, cuando la miró, casi no pudo reconocerla. Tenía los ojos completamente hinchados y morados, la mandíbula llena de moratones y sangraba por la nariz y la boca.

—¡Llama a una ambulancia! ¡Llama a una ambulancia! —gritaba mientras se sentaba detrás de ella en la cama y la sostenía entre sus brazos entre lágrimas sin que ella pudiera dejar de temblar. Todo su cuerpo estaba enrojecido y lleno de moratones, y apenas podía hablar.

—Ángel... —lo llamó débilmente—. Estás aquí...

—Sí, estoy aquí, tranquila. Estoy aquí —dijo mientras la mecía abrazado a su cuerpo.

La desolación más absoluta se apoderó de él en los escasos quince minutos que tardó en llegar la ambulancia al hotel. Él permaneció abrazado a ella, acunándola y susurrándole entre lágrimas que todo iba a salir bien.

En el apartamento no había nadie más, así que quienes hubieran hecho esto se habían marchado por alguna otra salida al escucharlos entrar. Se sentó junto a ella en la ambulancia y, cuando llegó al hospital, su padre ya los estaba esperando. Se lanzó a la camilla que los sanitarios estaban sacando de la ambulancia y abrazó a su hija envuelto en llanto.

—Tenemos que llevárnosla, por favor.

Ángel lo agarró del brazo y lo retiró de la camilla para que pudieran llevar dentro a Susana a evaluar sus heridas.

—¡Hijos de perra! ¡Los mataré uno a uno con mis propias manos! —gritó.

Ángel no dijo nada. Acompañó dentro al hombre y se sentaron en la sala de espera. A través de los cristales la luz del sol inundaba la estancia como en una burla cruel después de lo que había

sucedido.

—¿Viste a alguien? —preguntó Salvador.

—No. Allí no había nadie. Pero no hacía mucho que se habían ido. Sus heridas son muy recientes —contestó Ángel mordiéndose el labio inferior.

—Amigo mío, esto solamente puede resolverse de una forma. ¿Estás conmigo?

Ángel lo miró y afirmó con la cabeza.

—Pero antes tenemos que saber cómo está ella. Ahora solo podemos esperar.

Al cabo de media hora, una doctora se acercó a donde estaban sentados y los llevó aparte para informarles.

—Ha recibido una buena paliza, señor Salgado. Afortunadamente, aparte de todos esos golpes y hematomas solamente tiene una cadera dislocada, que volverá a su sitio poco a poco. No hay daños internos. El bebé se encuentra perfectamente.

Los dos hombres se miraron sin saber qué decir. Ángel no sabía si sonreír o echarse a llorar, y Salvador Salgado tenía la sensación de que se había perdido algo importante y paseaba su mirada entre la enfermera y el rostro desencajado de Ángel.

—Entonces —Ángel preguntó automáticamente—. ¿Está embarazada?

—Pues sí, probablemente de unas ocho semanas. Tenía una pequeña hemorragia, pero el bebé está bien. Aunque yo recomendaría reposo. Pueden pasar a verla si lo desean. Le hemos puesto medicación para el dolor y para calmar los temblores, no se preocupen si está un poco aada.

Los dos entraron al mismo tiempo, pero Ángel, siempre profesional, se mantuvo junto a la puerta observando a Salvador besar a su hija:

—¿Cómo estás, pequeña? —le dijo acariciándole el pelo.

No podía dejar de pensar en lo que la doctora les acababa de comunicar. Un hijo. Aparte de ser policía, lo único que Ángel había ansiado toda su vida era tener su propia familia, una en la que estuvieran todos sus miembros. Recordaba tan poco a su madre que le daba miedo de perderla por completo en los laberintos de la memoria. No podía dejar de mirar a Susana. Jamás había matado a nadie, pero sabía que tarde o temprano tendría que matar a quien le había hecho aquello.

—Tranquilo, papá... Ahora me siento mejor. Casi no me duele —contestó abrazándose a él. En aquel momento descubrió los ojos de Ángel mirándola desde la puerta deseando lanzarse a ella para abrazarla, pero conteniéndose, como siempre. Le sonrió y le tendió la mano para que fuera junto a ellos. Él solamente se atrevió a tocarla. Salvador le dio un beso en la frente con todo el cariño del mundo.

—Tienes que recuperarte, ¿de acuerdo? Arreglaremos esto, te lo prometo.

Se dirigió hacia la puerta y Ángel hizo ademán de seguirlo, pero entonces el hombre le espetó:

—Tú quédate aquí, por Dios. Nadie más ha sido capaz de protegerla.

Cuando se quedaron solos, Ángel se fue hacia ella y la abrazó, la besó, la inspeccionó para ver el alcance de las heridas. Estaba limpia y no tenía sangre, pero todo estaba mucho más amoratado. Ella le acarició el pelo de la nuca mientras lo abrazaba y lo miró dulcemente antes de

decirle:

—¿Te lo han dicho?

—Sí —dijo luciendo su hermosa sonrisa por primera vez desde que supo que la habían secuestrado.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ya hablaremos de eso. Ahora descansa. No me moveré de ahí —dijo señalando el sillón. Ella se abrazó de nuevo a él y empezó a llorar.

—Ha sido horrible... horrible —decía mientras él volvía a acunarla y le susurraba un dulce «Shhhhh» para que se calmara. —Si hubiera conseguido violarme, habría podido perder al bebé sin saber si quiera que estaba embarazada.

Ángel la dejó caer dulcemente sobre la almohada y se sentó en la cama para mirarla con los ojos inundados por el dolor y la rabia.

—¿Alguien quiso violarte?

Ella asintió haciendo pucheros y dejando escapar más lágrimas.

—Me dijo que se llamaba Tian Yong. Pero yo me resistí... y entonces me mandó a aquel tío inmenso para que me pegara.

Mientras la estaba escuchando, apretó las mandíbulas y los puños hasta un punto en que podía notar cómo sus propias uñas se clavaban en las palmas de sus manos.

—¿Sabes que fue Daniel quién te entregó a Tian Yong, verdad?

Ella se llevó las palmas de las manos a la cara en una mezcla de sorpresa y horror.

—Daniel... Él... él me llevó al restaurante. Estaba muy celoso, sabía lo nuestro. Ha debido ser por eso. —Dos lágrimas recorrían sus mejillas llegando a gotear en su camión de hospital.

—Lo mataré, lo juro —afirmó Ángel

—Ángel, no —dijo ella tendiéndole las manos—. Esto aún no ha terminado. Tian Yong sabe que estoy viva y es probable que vuelva a intentarlo. Esta vez no creo que deje cabos sueltos.

—Tendrá que matarme primero —prometió él mientras le acariciaba el pelo con la mano.

No añadió ni una palabra más, pero su mente elaboraba secretamente un plan para acabar con la banda de Yong y para asegurarse de que Daniel jamás volvería a hacer daño a Susana. Maldito cobarde.

Se dirigió al sillón que había frente a la cama y se sentó allí mirando de vez en cuando hacia la ventana, luego a ella, hasta que lo venció el cansancio y también se quedó dormido en cuanto reclinó la cabeza en el respaldo.

Salvador Salgado había ido directamente a su casa a preparar el plan que le permitiría atrapar a Tian Yong con vida para matarlo él mismo como había jurado hacer. En el coche, el recuerdo del embarazo de su hija le hizo esbozar una leve sonrisa. Ya sabía de sus visitas a casa de su guardaespaldas, informado por su chófer y por el resto de su personal, ya la había visto cuando el chico había estado en el hospital al borde de la muerte, debió haberlo imaginado. Marga Acosta le había dicho qué clase de hombre era; no era de extrañar que su hija se hubiera enamorado de él

como una adolescente.

La voz de Lía, unos pasos más allá, despertó a Ángel y este miró a su alrededor para situarse. Por la ventana ya no entraba el sol, al contrario, estaba totalmente oscuro. Se frotó los ojos antes de ponerse de pie para ir junto a la cama de Susana, que hablaba con su amiga relajadamente y sonreía. Lía le dio un abrazo a Ángel:

—Enhorabuena, papá.

Eso le hizo sentir cosquillas en el estómago. «Papá», jamás pensó que una simple palabra pudiera derretir el corazón. No supo qué contestar, aunque correspondió a su abrazo. Luego se colocó junto a Susana.

—¿Estás mejor? —le dijo ya sin disimular dándole un beso en la frente.

—Sí. He dormido un rato. Parece mentira lo que consiguen un par de horas de sueño.

Le tomó la mano y se la llevó al vientre como en un acto reflejo. Lía inmediatamente se disculpó diciendo que iba abajo a recoger a Nando que acababa de llegar. Ángel cubrió el vientre de Susana con su mano sin atreverse apenas a rozarlo.

—No tengas miedo, Ángel. Ha sobrevivido a esto... Es fuerte, como tú, seguro.

Fue entonces cuando se lanzó a sus labios, manteniendo aún la mano en su abdomen y la besó con todo el cuidado del que fue capaz para no lastimarle las heridas.

Para cuando Nando abrió la puerta, los dos estaban mirándose a los ojos embobados.

—¡Que corra el aire, que corra el aire! —decía el chico mientras hacía aspavientos indicando que se separaran el uno del otro—. Ya tenemos un bebé a bordo. ¿Qué clase de perversión es esta?

Ángel soltó una risa fresca y feliz sin poder evitarlo. En realidad este chico siempre le había hecho mucha gracia. Todo en él era pura pose, pero se las había arreglado para mantener a su personaje frívolo y deslenguado mejor que muchos actores. Nando abrazó a Susana y luego lo abrazó a él también:

—¡*Congrats!* ¡Menuda sorpresa, eh!

Ángel se dejó abrazar por un Nando que ponía los ojos en blanco sin que él lo supiera, y sonrió. Se le veía henchido de orgullo. Aunque en su mente sabía que aún le quedaba mucho por hacer para librarse de la amenaza que para ellos suponían Tian Yong y su gente.

—Quiero irme a casa, Ángel —dijo Susana una vez se hubieron marchado sus amigos.

—Aún estás débil y dolorida.

—Oh, nada que no pueda resolver en mi casa. No quiero estar aquí. Para no haber estado nunca en un hospital, estas dos últimas veces son demasiadas. Por favor, llévame a casa.

Ángel marcó el número de Salvador Salgado mientras salía de la habitación y le contó lo que su hija le había pedido.

—¿Te quedarás con ella aquí?

—Si eso es lo que usted quiere...

—Amigo Ángel, creo que usted y yo tenemos varios temas pendientes. En fin, si eso es lo que

quiere, pregunta a los médicos.

Ángel colgó y volvió a la habitación con ella.

—Voy a buscar a tu doctora a ver si nos da permiso para marcharnos.

—Gracias, gracias —dijo ella poniendo las manos en su cara y dándole un beso.

Al día siguiente por la mañana pudieron abandonar el hospital camino de la mansión de los Salgado. Las calles estaban rebosantes de gente. Se acercaba la Navidad y miles de guirnaldas de luces que se encenderían en cuanto empezara a oscurecer engalanaban la amplia avenida por la que circulaba el coche con el chófer, Ángel, Susana y otro de los hombres que su padre se había empeñado en hacer que los acompañara.

Susana, que no se manejaba demasiado bien con la muleta que le habían dado en el hospital, abrió la puerta de la entrada de la enorme casa y miró hacia atrás sorprendida al ver que Ángel se había detenido.

—¿Qué haces? Vamos dentro.

—Yo no sé si debo. —Su voz sonaba avergonzada.

—Eres el padre de mi hijo, de SU nieto. ¿Estás en esto conmigo? —dijo bajando de nuevo los dos escalones de la entrada y colocándose frente a él.

—¿Qué pregunta es esa? Claro que estoy contigo.

—Bien, pues entonces dame la mano y vamos a hablar con mi padre.

En su despacho, Salvador Salgado removía cuidadosamente una copa de coñac caliente mientras miraba hacia la puerta por donde sabía que no tardarían en entrar su hija y su guardaespaldas. Los había visto acercarse hasta la entrada y había escuchado el sonido de la puerta de la calle al abrirse. Ella abrió y entró delante, seguida de Ángel. Su padre se levantó y la abrazó: —Me alegro de que estés de vuelta tan pronto. —La miró fijamente observando sus moratones y miró a Ángel, pero no le dijo nada.

—Papá... tenemos que hablar contigo.

—Os he mandado preparar la casa de la piscina —dijo él sorprendiendo a la pareja—. Hace años que nadie va por allí. Desde que tú te fuiste ni siquiera hemos llenado la piscina.

Ella sonrió de nuevo y se abrazó a él.

—Gracias, papá.

—No me des las gracias aún. Es puro egoísmo. Aquí te tendremos controlada. ¿No es así, Ángel?

El joven asintió sin hablar.

—Venga, id allí a ver qué os parece lo que han hecho con la casa.

El joven, que salía detrás de Susana, se volvió y abrió la boca para decir algo, pero Salvador lo miró y se limitó a decirle:

—Lo sé, Ángel, lo sé. Ve con ella.

La casa de la piscina quedaba en realidad bastante alejada de la principal, aunque se podía ir perfectamente paseando por la propiedad. Ambos se habían cogido las manos y caminaban

lentamente hacia el lugar.

—Ángel... hay un par de cosas que quiero decirte.

—Muy bien. Adelante.

Ella se detuvo frente a él para mirarlo a los ojos y por instante se perdió en el azul de su mirada que hoy, gracias al sol, mostraba matices que jamás había visto antes.

—Te quiero.

El joven se quedó perplejo.

—No digas nada. No quiero que digas nada aún. Te quiero, y quiero tener este hijo contigo, y nada va a cambiar el hecho de que tú y yo somos sus padres. Pero no tienes que estar conmigo si no quieres, yo jamás...

Él la detuvo en seco.

—Susana, yo también te quiero. Estoy enamorado de ti desde el primer día que te vi y quiero a este hijo tanto como te quiero a ti. Por supuesto que estaremos juntos.

Ambos se besaron lenta y dulcemente. Ya todo estaba dicho. Eran una pareja que esperaba un hijo, como tantas otras. Caminaron abrazados hasta la casa que, por un tiempo, sería su hogar. No era excesivamente grande: una planta con dos baños, dos dormitorios, comedor, cocina y salón y un amplio porche desde el que disfrutar de la vista del hermoso jardín en medio del cual se encontraba la piscina.

—¡Guau! —exclamó él nada más abrir la puerta—. Es preciosa.

El suelo era de parqué marrón claro y las paredes estaban pintadas de un precioso color verde oliva. Una mesa estrecha con una preciosa lámpara Tiffany les daba la bienvenida en el pequeño recibidor que llevaba hasta el salón, donde había dos sofás y un cómodo sillón rodeando una mesa de café a la izquierda y una mesa con sus correspondientes cuatro sillas delante de un pasaplatos a la derecha. Al fondo quedaba el pasillo que conducía a los baños y al dormitorio por un lado, y a la cocina por otro. Susana se dirigió directamente al dormitorio y, al abrirlo, sonrió. Se habían esmerado preparándolo, seguramente había sido cosa de Cielo, el ama de llaves de su padre. Una amplia cama con dos almohadas cubierta por un edredón y custodiada por dos mesillas de noche con sendas lámparas sobre ellas era lo más llamativo de la habitación. A los pies un baúl antiguo. La ventana quedaba a la derecha y en la pared de enfrente había una preciosa cómoda blanca y un espejo. Justo al lado estaba la puerta del baño que quedaba dentro del dormitorio. Ángel se rascó la nuca: —Supongo que tendremos que estrenar la cama antes de que esa tripa nos lo impida —sonrió pícaramente a lo que ella contestó con un beso y diciéndole: —Dame un par de días más, campeón.

Salvador Salgado envió un mensaje al móvil de Ángel pidiéndole que fuera a su despacho, lo que inmediatamente borró su sonrisa.

—Tengo que ir un momento a ver a tu padre.

—¿Ahora?

—Sí. Vuelvo enseguida —dijo besándola en los labios.

Cuando llegó a casa de Salgado, lo estaba esperando en la puerta.

—Ya que somos familia —carraspeó—, hay algunas cosas que debes conocer.

En sus oídos la palabra «familia» retumbaba como si alguien la hubiera pronunciado en una habitación completamente vacía. Se limitó a seguir a su jefe.

—Ven conmigo, te lo enseñaré.

Lo acompañó hasta el sótano de la casa, que era tan enorme como toda la planta baja, y que, a juzgar por el material que cubría las paredes, estaba totalmente aislado del mundo exterior. Elegante y amueblado, destacaba en la estancia una gran alfombra justo debajo de una mesa que estaba delante del sofá. El hombre tiró de la mesa, desenrolló la alfombra y dejó al descubierto una puerta que, al abrirse, conducía a otro sótano subterráneo.

—Sígueme —le instó de nuevo Salgado bajando unos cuantos escalones y adentrándose en el lugar.

Estaba oscuro, pero el hombre apretó un interruptor y todo se iluminó con una luz blanquecina e intensa que hizo que sus pupilas tuvieran que adaptarse al cambio. Pestañearon unos instantes y siguieron caminando por un pasillo en el que había varias puertas. Ángel no daba crédito a lo que estaba viendo, no porque no supiera que alguien como Salgado debería tener escondites y huidas más que elaboradas, sino porque era la primera vez que pisaba una. Sacó una llave de su bolsillo y abrió una de las puertas encendiendo la luz al entrar. Ángel abrió los ojos tanto como pudo cuando se encontró delante de Daniel, que estaba sentado en el suelo y parecía que acababa de despertar. Su primer impulso fue arrojarle hacia él, pero Salgado lo rodeó con los brazos y lo detuvo.

—Tranquilo. Ya habrá tiempo para eso. Ahora nos interesa tal y como está, o sea, vivo y sin un solo rasguño.

Ángel se sacudió de los brazos de Salvador y se agachó delante del médico:

—Así que estabas aquí, cabrón. ¿Cuánto te aron por entregarla? —le preguntó lleno de rabia.

Daniel no contestó. Estaba allí encerrado e incomunicado por completo desde que el padre de Susana descubriera que había sido él quien había traicionado a su hija. Sabía cómo comunicarse con la gente de Yong, y eso era lo único que importaba.

—Nuestro amigo va a llamar a los chinos, y les va a decir que el trato sigue en pie, que nadie desconfía de él y que habrá una segunda oportunidad para que puedan volver a secuestrar a su objetivo.

—¿No estará pensando meter en esto a Susana? —dijo él con gesto amenazante.

—Por supuesto que no. Una de las chicas de Marga Acosta lo acompañará. Ya lo he hablado con ella. Quedarán en algún lugar público y, una vez que tengan a la chica, podremos seguirlos hasta el escondite de su jefe.

—¿Cree que funcionará?

—Por supuesto que funcionará. No tienes ni idea de lo que esas chicas son capaces de hacer.

Recordó un momento que efectivamente el negocio de Marga eran las escorts de lujo y pensó

que jamás en su vida se le hubiera ocurrido que algún día todo aquello pudiera servirle de algo.

—Toma —le dio su móvil a Daniel—. Llama y queda para la entrega. Un movimiento en falso y no sales de aquí con vida.

Daniel, que aún no había dicho ni una palabra, cogió su teléfono y marcó el número que le habían dado para contactar con los hombres de Tian Yong.

—Soy yo. Tendré oportunidad de volver a realizar la entrega.

A los pocos segundos dijo:

—De acuerdo —y colgó.

—¿Qué te han dicho?

—Que me llamarán. —Unos minutos después sonó su teléfono.

—¿Sí? No hay ningún problema. Nada ha cambiado. Muy bien, allí estaremos. Sí, así lo haré.

Volvió a colgar para informar de que tenía que estar en la parte norte del parque central al día siguiente al atardecer, que ellos lo localizarían y le darían más instrucciones.

—Estupendo. Pues ya está. Por cierto, ahora te bajarán algo para comer, tienes que estar fuerte para mañana.

Daniel ni si quiera se molestó en preguntar. Desde que lo habían encerrado en aquel lugar, cuando lo habían interceptado en su propio coche los hombres de Salgado, solamente había bebido agua de vez en cuando. No sabía cuánto tiempo hacía de eso, ni si era de día o de noche. Tal vez en ese momento tendría la ocasión de recuperar su libertad, si el plan funcionaba correctamente. Haber traicionado a uno de los peores mafiosos de la ciudad no era compatible con la vida, y él daba gracias por cada segundo que su corazón aún seguía palpitando.

Ángel y Salvador volvieron a la parte de arriba de la casa y él se dirigió a lo que, por un tiempo, sería su nuevo hogar digiriendo lo que acababa de suceder.

Finales que son principio

El parque central estaba invadido por turistas y lugareños a partes iguales que habían venido a disfrutar de uno de los más importantes mercadillos de Navidad de la zona. Hileras de puestos exhibiendo todo tipo de artículos navideños le daban un aspecto laberíntico que prometía no facilitar la tarea a la que se enfrentaban hoy. Las luces encendidas, el espumillón, las guirnaldas colgando de los árboles y los villancicos anunciaban que quedaba poco para las fiestas.

Daniel llevaba un micrófono bajo la ropa y una mujer rubia, de estatura y complexión similares a la de Susana y con unos cuantos moratones de maquillaje en el rostro, lo cual facilitaba bastante que pudiera confundirse con la verdadera Susana, lo acompañaba en la parte de atrás del coche que Salgado había dispuesto para la ocasión. Mirarla le recordaba lo que le habían hecho a la mujer de la que decía estar enamorado y no se sintió tal mal como debería. No esperaba que pasara lo que pasó; a él le habían dicho que querían asustarla, pero le pareció venganza suficiente por haber arrojado su corazón a la basura y haberse lanzado a los brazos de aquel hombre en menos de lo que tardó en tratarlo a él como a un simple amigo.

El chófer condujo hasta la parte opuesta del lugar en el que la entrega iba a llevarse a cabo y ambos abandonaron el vehículo. Lo mismo hizo Ángel, vestido con ropa informal y llevando sus gafas de sol y medio rostro cubierto por la bufanda. Era un ciudadano más que había venido a comprar.

Daniel y la joven echaron a andar por la larga vereda serpenteante que conducía a la parte norte. Parecían dos amigos que charlaban y paseaban, tal y como Ángel les había dicho que actuaran. Atravesar el parque les llevaría al menos media hora a esa velocidad y él los seguía de cerca sabiendo que unos cuantos hombres más estaban ya apostados en la zona. Compraron un café en uno de los puestos del parque, ya muy cerca de donde habían quedado y, cuando alcanzaron el lugar, se sentaron en uno de los bancos de madera. Unos diez minutos después, un hombre alto con gorro de lana negro y gafas de sol se acercó a ellos discretamente y juntos desaparecieron tras la arboleda seguidos de lejos por el guardaespaldas. Los perdió finalmente de vista cuando subieron al coche que los esperaba a la salida del parque. Él y otro de los hombres de Salgado los siguieron a cierta distancia. Hasta el momento no habían hablado ninguno de los tres, excepto Daniel y la chica, que habían comentado trivialidades mientras se dirigían a su destino. Ángel podía escuchar perfectamente la voz de Daniel.

—¿A dónde vamos? —preguntó sin que se oyera ninguna respuesta.

Otro coche, además de ellos, los seguía también en la distancia.

El trayecto fue largo hasta abandonar la ciudad y perderse en una zona residencial que quedaba justo en la ladera de la última colina que pertenecía a la misma. Ángel y el resto de los hombres permanecieron un rato apartados en el camino esperando a que anocheciera por

completo. Se vislumbraba la silueta de una enorme casa con aspecto de cabaña de bosque en lo alto del monte, y el joven supo en aquel momento que allí era donde los esperaba Yong.

De repente, la voz de un hombre con acento asiático taladró los oídos de Ángel a través de los auriculares.

—El jefe bajará enseguida.

Los hombres bajaron del coche y siguieron a quien Salvador Salgado había nombrado jefe de la operación, uno de sus hombres más antiguos y con más experiencia. Caminando en la casi total oscuridad, se apostaron rodeando la cabaña que estaba relativamente aislada del resto de la urbanización. Era una zona boscosa en la que un paso en falso, el crujido de una rama o una desbandada de pájaros podía delatarlos.

—¿Qué coño es esto? ¿Es una broma?

Daniel notó avergonzado como un líquido caliente recorría su pierna. Si el equipo de Salgado no intervenía, no tendría ninguna oportunidad de salir de allí. Lo siguiente que escucharon antes de lanzarse contra los dos hombres que vigilaban la entrada fueron dos disparos. El jefe de la operación disparó contra la cerradura de la puerta y los cinco hombres irrumpieron a la casa sin tener que llegar ni siquiera al salón para descubrir los dos cuerpos sin vida del médico y el hombre que lo había traído consigo. Ángel le puso los dedos en el cuello a Daniel comprobando que no había signos de vida. No es que le importara demasiado, pero tenía que controlar la situación. Recorrieron la casa abriendo a patadas cada puerta con la que se encontraron. Apuntaba al interior con un arma hasta que, en una de las habitaciones, Tian Yong los esperaba con la mujer sujeta por el cuello y un cuchillo casi haciendo ya sangrar su garganta. El jefe de operaciones se detuvo en seco haciendo que Ángel se apostara a un lado de la puerta antes de poder ser visto.

—Si no tuviera a esta puta sujeta, te enviaría un aplauso para tu jefe. Me habéis engañado — dijo por fin el chino.

—¡Suéltala! —ordenó el otro.

—La mataré si te acercas.

—La chica no importa. Hagas lo que hagas, hoy saldrás por esa puerta conmigo.

Ángel apareció detrás del hombre y disparó un tiro certero a una de las piernas de Yong, que cayó al suelo como golpeado por un rayo. La joven echó a correr y se escondió detrás del jefe de operaciones intentando recuperar el aliento. Aquello había sido demasiado para ella, a pesar de haber sido advertida de la situación a la que se iba a enfrentar. Entre tanto, Ángel tumbó bocabajo a Yong para esposarlo mientras le decía al oído:

—Si no me hubieran ordenado que te mantuviera con vida, ya estarías muerto.

Entre el jefe y él sacaron al chino a empujones de la estancia gritando de dolor y arrastrándose mientras la pierna no dejaba de sangrar y lo metieron en el coche que ya los estaba esperando en la puerta, para abandonar el lugar discretamente colina abajo.

En su mansión, Salvador Salgado se servía una copa de coñac para celebrar las buenas noticias. Su equipo venía hacia aquí con Tian Yong vivo. Encendió un puro y se quedó junto a la

ventana esperando a que el coche con sus hombres hiciera su aparición en la verja de acceso a la propiedad.

Cuando los vio llegar, se dirigió inmediatamente a la puerta y la abrió. Todos entraron tirando de Yong que a duras penas podía caminar arrastrando la pierna y dejando un rastro de sangre. Salgado lo detuvo para mirarlo fijamente a los ojos:

—¿Fue divertido lo que le hiciste a mi hija? —preguntó con la mirada enfurecida pero conservando la calma—. Bien, ahora tú y yo vamos a jugar.

Cuando Ángel hizo amago de entrar en la casa, Salvador lo detuvo poniéndose delante de la puerta y el joven frunció el ceño sorprendido.

—¿Qué hace?

—Tú no estás invitado a esta fiesta.

—Secuestró a su hija, le dio una paliza y quiso violarla. Es hombre muerto —dijo Ángel intentando apartar a su jefe para entrar.

El hombre le puso una mano en el pecho y lo miró sereno antes de decir:

—No te manches las manos con esto. Mi hija no necesita otro mafioso. Necesita un héroe.

El joven sostuvo desafiante la mirada de su jefe unos instantes y retrocedió un escalón.

—Ve con ella, Ángel. Ve con ella y con tu hijo. Esto es asunto mío. —Y acto seguido, le cerró la puerta en las narices.

Cuando Ángel entró en la que era su casa, el silencio invadía el interior. Olía a algún tipo de ambientador que le recordó al olor de una flor que apareció en su mente, pero cuyo nombre no podía recordar. Se sentó en el sofá del salón y se colocó la cabeza entre las manos pasándose los dedos por el pelo. Se había acabado. Eran libres para vivir como quisieran sin el peso de Yong sobre sus cabezas. Se levantó y abrió el bar, sin saber siquiera si habría algo para beber, y encontró varias botellas y una pequeña nevera con cubitos. Se sirvió un whisky y se asomó a la ventana para comprobar que todo estaba en orden. Desde allí ni siquiera se veía la casa de su jefe. Entonces caminó sigilosamente hasta el dormitorio y, al abrir la puerta, la silueta de Susana envuelta en la sábana le dio la bienvenida. Estaba totalmente dormida. Él sonrió levemente. No distinguía sus moratones en la semioscuridad de la habitación, pero recordaba cada uno de ellos. Bebió lo que tenía en el vaso de un trago y, tras quitarse los zapatos, se tumbó junto a ella procurando no hacer ningún ruido que pudiera despertarla mientras ella se movía para agarrarse a la almohada. Por primera vez en mucho tiempo, Ángel sintió lo que identificó como un poco de paz y sus ojos, por fin relajados, empezaron a cerrarse lentamente hasta que se quedó dormido sin darse cuenta.

Por la mañana, ella abrió los ojos y lo descubrió dormido profundamente a su lado llevando aún la ropa puesta. Su padre, el de Ángel, estaba equivocado respecto a su nombre porque en ese momento eso era a lo que más se parecía, a la imagen de un ángel dormido. Lo miró unos instantes y luego le acarició la cara, a lo que él respondió abriendo lentamente los ojos y mostrando el color del cielo en su mirada. Sus largas pestañas, su pelo despeinado y esa barba de dos días que

dejaba entrever algún que otro lunar de su rostro la hicieron suspirar, totalmente ajena a lo que había sucedido mientras dormía.

—Buenos días, cielo —dijo él casi susurrando.

—Buenos días —contestó ella sonriendo satisfecha al pensar que despertaría ante ese rostro cada día de su vida.

Aquella mañana Ángel fue a la casa que compartía con Santi, que ya había salido a trabajar, y revolvió entre los cajones de su cómoda hasta que sacó una cajita de terciopelo verde y la abrió. Un precioso y sencillo anillo de compromiso con un pequeño diamante en el centro brillaba delante de sus ojos. Recordó el momento en que su padre se lo había dado, con la excusa de que no quería perderlo cuando empezara a chochar, y sonrió en silencio. Era el mismo que su padre había puesto en el dedo de su madre cuando le había pedido que se casara con ella y eso era lo que él pensaba hacer aquella noche: pedirle a Susana que aceptara ser su compañera de vida, su cómplice, su mujer. La amaba como nunca antes había amado a nadie, con la necesidad imperiosa de estar junto a ella toda una vida, compartir hijos, acumular vivencias y recuerdos.

Cuando entró a casa a la hora de cenar, ella había metido una pizza en el horno y escuchaba música mientras preparaba dos copas de vino. «Solo un poquito —pensó—. Para brindar».

—¡Hola! —dijo él abrazándola por detrás y dándole un suave beso detrás de la oreja.

Ella se dio la vuelta y empezaron a bailar sin darse cuenta:

—Me alegro tanto de que estés mejor —susurró él junto a su oído.

—Estoy mucho mejor, aunque me duele aún todo el cuerpo.

Él enterró la cara en su cuello. No quería recordar ni un instante nada de lo que había pasado. Nada excepto saber que estaba esperando un hijo. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse se besaron suavemente y él la cogió en sus brazos y la llevó hasta el sofá entre risas.

—¿Has oído la parte en que te decía que me duele todo? —protestó ella cuando la dejó en el sofá.

—Sí. Pero tengo algo muy importante que decirte. Sé que solo nos conocemos desde hace unos meses, pero cuando te dije que te quería, era verdad. Te quiero, Susana. —Sacó la cajita del bolsillo de su pantalón y la abrió delante de sus ojos. —Sé que quizás te parecerá un poco anticuado, pero ¿quieres casarte conmigo?

Susana cogió la cajita con el anillo y él se lo puso en el dedo.

—Yo... yo no esperaba... —dijo ella a punto de llorar, lo que lo hizo dudar un instante. En las películas siempre se lanzan al cuello del actor y lo besan entre un sí, quiero y otro. Sin embargo, ella parecía no saber qué decir.

—¿Susana? —preguntó mirándola a los ojos.

—Yo... yo no quiero casarme con una tripa enorme...

Ángel se echó a reír y suspiró aliviado.

—No tenemos que casarnos enseguida. Era el anillo de mi madre y quería que lo tuvieras tú, pase lo que pase, porque nunca he querido a nadie como a ti. Y no tenemos que casarnos si no

quieres.

Entonces enredó sus brazos en su cuello y lo besó mientras repetía: «Sí, quiero» sin apenas separar los labios de los suyos acariciándole el pelo.

Sin cálculo ni medida

El cielo de aquella noche de septiembre mostraba las mismas estrellas que si hubiera sido una cálida noche de verano. Había refrescado un poco, lo cual haría la celebración mucho más agradable que si hubieran decidido llevarla a cabo en pleno verano. Habían escogido el jardín de la casa de su padre para la ceremonia y habían colgado bombillas y bolas de cristal tallado de unos árboles a otros pasando por encima de las largas mesas engalanadas con manteles blancos, vajilla, cristalería y cubertería de lujo a juego. Centros de mesa alargados llenos de flores y velas perfumadas proporcionaban a la escena un aire irreal, como de cuento de hadas, como la boda que ella nunca había imaginado. Un arco formado por ramas de árboles unidas en el centro y chorreando tiras de luces en tonos pastel era el sencillo altar ante el que se encontraba el novio elegantemente ataviado con un traje negro, camisa blanca y corbata gris, con un pequeño ramillete de florecillas silvestres en el ojal. Estaba más nervioso de lo que lo había estado nunca. Las únicas personas que habían venido a acompañarlo eran su padre y Santi; el resto eran todos de parte de la novia. Él no tenía más familia que su padre y su amigo, que llevaba junto a él toda una vida y fue su padre quien lo acompañó aquel día como padrino entre lágrimas de alegría y tristeza al mismo tiempo, pues su esposa no podría ser testigo de la boda de su único hijo. Los invitados de Salvador Salgado fueron muchos más, aunque fue una boda íntima por propio deseo de la pareja. Se frotaba los labios deseando ver entrar a su futura esposa y miraba de vez en cuando a su bebé de dos meses que dormía en brazos de Nando, que no podía dejar de llorar. Al fondo apareció la novia con un sencillo traje largo palabra de honor, entallado en la cintura y cayendo después suelto hasta casi rozar el suelo. Llevaba el pelo recogido en un elegante y sencillo moño adornado con alfileres de perlas y estrellas brillantes. Ella sí que parecía un ángel. Ella, la mujer a la que había amado desde el primer momento en que la había visto, por la que casi había dado su propia vida, la madre de su hijo. Caminando lentamente hacia el altar del brazo de su orgulloso padre, sonriendo, era la viva imagen de la felicidad.

Una vez se colocó frente a él y se perdieron unos segundos el uno en los ojos del otro casi a punto de no poder contener las lágrimas, ambos se dieron la vuelta para colocarse frente al juez que había venido a officiar la ceremonia civil. Tras unas primeras palabras a modo de introducción, sobre el matrimonio y la familia, llegó el turno de Susana de pronunciar sus votos.

—Me perdí por completo en ti desde el primer día, y curiosamente fue la única vez que creí haberme encontrado a mí misma, pues descubrí que hasta entonces toda mi existencia había carecido de sentido. Prometo no dejar de amarte, ser siempre tu apoyo y tu luz en los malos momentos y disfrutar contigo de los buenos. Seré tu esposa, tu amiga, tu confidente y tu cómplice todos los días de mi vida.

Luego le colocó el anillo en el dedo anular y fue el turno de Ángel, que visiblemente

emocionado y con los ojos empañados, dijo:

—Te quiero más allá de lo que podría expresar con palabras, sin cálculo ni medida, con mi cuerpo, con mi alma, mi mente y mi corazón. Prometo permanecer a tu lado mientras tenga un soplo de vida, amándote, respetándote, siendo el padre de nuestros hijos y el hombre que mereces.

Finalmente, le colocó el anillo en el dedo.

Cuando el juez pronunció: «Puedes besar a la novia», ambos se abrazaron y se fundieron en un apasionado beso con los ojos empañados de lágrimas de felicidad. Cuando finalmente se dieron la vuelta para saludar a los invitados, el niño, que se había despertado, lloró al ver a su madre y ambos fueron a cogerlo en sus brazos.

Salvador Salgado ejerció de anfitrión de la fiesta toda la noche, rebotante de orgullo, paseando entre los invitados.

Después de la cena y los brindis, para abrir el baile, Ángel y Susana se dirigieron al centro de la zona de jardín que habían habilitado para ello, rodeada de árboles cuyos troncos estaban cubiertos por invisibles redcillas llenas de luz y se abrazaron para bailar *Thinking out loud*, de Ed Sheeran, mientras los invitados aplaudían. La suave brisa de la noche movía la tela del vestido de Susana que ondeaba al viento pegándose a su cuerpo. Ángel no podía parar de mirarla embelesado, extasiado por encontrarse al fin relajado después de todo lo que habían pasado: el secuestro, el embarazo, el parto y los preparativos. Había apoyado su barbilla sobre la sien de ella inclinándose un poco para susurrarle: «Te quiero» una y otra vez, como si creyera que jamás volvería a tener oportunidad de decírselo.

Así permanecieron abrazados mientras el resto de los invitados se unían al baile. Para ellos no había nadie más en el mundo.

Si te ha gustado
¿Quién necesita un ángel?
te recomendamos comenzar a leer
Tu piel en mi piel
de *Karina Reisberger*



Capítulo 1

El día comenzó como cualquier otro en la oficina. Corriendo de acá para allá, con los informes que su jefe le había pedido. Día a día, Katja Benson se desvivía por la empresa que la había visto crecer laboralmente. Cada amanecer le daba la bienvenida a otra jornada de trabajo, cargada de responsabilidades, pero muy a gusto con eso.

Una jornada más la esperaba en Soulttek S.A., empresa tecnológica muy variada; la comida y

la tecnología iban de la mano, pasando por aspectos humanitarios.

Después de haberse quemado las pestañas estudiando desde Informática hasta Legales, consiguió su título de secretaria ejecutiva y pudo escalar de a poco en esa grandiosa empresa. Esta chica sencilla, que tanto había luchado por hacerse de una carrera, se sentía muy orgullosa de cuánto había crecido.

Formaba parte del *staff* principal del directorio, junto a un grupo de personas amenas y muy divertidas. No podía creer que a su corta edad le hubieran dado la oportunidad de estar a cargo de más de un proyecto en tan inmensa compañía, que tenía sucursales dentro y fuera del país, las cuales le daban la bienvenida a cualquier empleado que pudiera estar a la altura de los requisitos.

En muy poco tiempo, Katja se hizo de un lugar especial en la empresa, y cosechó logros y amistades. Junto a Kat, como solían llamarla, se encontraba su mejor compañera, Rachel, una rubia vivaracha de unos veintiséis años que sabía cómo sacarte una sonrisa hasta en un velorio.

Los días eran bastante agradables, salvo cuando llegaba la tan odiada auditoría anual, encabezada por el contador de la empresa, un ser sombrío y de muy mala espina. Por desgracia, era la mano derecha del CEO, aunque a veces se preguntaban si en verdad haría falta una persona tan desagradable para ese puesto.

Se comentaban muchas cosas no muy buenas del contador, el señor Sokov. Se decía que formaba parte de la mafia rusa, a pesar de haber ayudado bastante con los negocios para sacar adelante a la empresa, en especial en los comienzos, que no fueron para nada halagadores.

A pesar de ir todo viento en popa, se aproximaba la famosa fecha, y existían cuentas y movimientos extraños. Aunque realizaban un exhaustivo control, no se podía saber a ciencia cierta dónde y por qué todo parecía ser un tremendo error. Al parecer, se estaban haciendo transacciones a destinos inciertos. Casi siempre los resultados de los balances eran positivos; en algunas ocasiones, se autorizaba algún margen de error pero, ese año en particular, los errores eran demasiados. Todo apuntaba al equipo de contaduría pero, al parecer, el señor Mendoza, flamante CEO, ponía paños fríos y trataba de que todo se solucionara de la mejor manera posible y satisfactoria para el directorio.

Esto les llevaba a Katja y sus compañeros mucho tiempo y desgaste, ya que parecía ser un camino sin salida. Encontrar movimientos sospechosos sin poder dar una solución definitiva era algo que irritaba a todo el equipo, porque a nadie le gustaba quedar como incompetente y no saber cómo explicar o subsanar un error, más cuando había dinero de por medio.

El dueño y heredero de la empresa, el señor Walter Mendoza, tuvo que presentarse en más de una sucursal para poner, así, además de presencia, sus conocimientos en informática y en contaduría, e intentar ayudar al equipo que estaba a cargo de semejante tarea. Él mismo se puso a cargo de las tareas junto a un equipo altamente especializado. Katja formaba parte de este, aunque se sentía en inferioridad de condiciones. Aun así, le ponía garra y todo su conocimiento y astucia para poder ayudar y ser útil.

Desde el primer día que lo conoció, sintió como algo arrollador. Su porte y su mirada tenían

algo que la hacían sentir familiar y a la vez la llenaba de incertidumbre. El CEO de la empresa estaba para el infarto: pelo negro, ojos azules profundos, mandíbula cuadrada y metro noventa, o quizás más, además de una espalda anchísima, ya que se *mataba* en el gimnasio. Más de una vez Kat lo vio arremangándose la camisa en verano y asomarse esos bíceps, lo cual hacía que más de una, especialmente ella, derramara baba por doquier.

Al final de cada semana de trabajo, Katja siempre solía salir con sus compañeros a disfrutar de alguna cena, o a algún *pub* bailable. Le había costado integrarse un poco al principio pero, con la constancia de Rachel y su buen humor, supo congeniar bastante bien con el resto del equipo, dejarse llevar y disfrutar de la vida social de la gente de su edad.

—No veo la hora de terminar este día y salir a tomar unas copas —insistía la alegre Rachel.

—¿Solo piensas en fiestas y alcohol? Esta vez te sigo, pero que no se te haga costumbre —le reprochó Kat.

—¿Sabes, amiga? A veces pienso que tienes alma de vieja; tomas poco alcohol y casi nunca sales.

—Es porque no tengo esa clase de prioridades; tú solo vives para la rumba.

—¡Rumba! ¡Eso! Tenemos que intentar aprender otros ritmos de baile. ¿Qué te parece? A veces tienes buenas ideas. ¿Tú crees que, si invitamos al señor Mendoza, nos honrará con su presencia en alguna salida? Me muero de ganas por verlo de *sport* y en la disco —dijo sonriendo Rachel, que siempre tenía ideas muy locas.

—¿Estás loca, amiga?, no creo que le guste sumarse a ninguna fiesta. Parece demasiado serio, pero ¿quién te dice?, quizá la vida nos cruce en algún lugar, ¿no? —Sonó más a súplica que a afirmación.

A Kat le hacía mucha gracia que Rachel siempre encontrara el lado bueno de las cosas. Para Kat no siempre había sido así de fácil; le había costado mucho hacerse un nombre en la empresa. Por suerte, los tiempos oscuros ya habían pasado, aunque algunas cicatrices la habían marcado de por vida. Aprendió a no ser tan entregada con respecto al amor. Disfrutaba del sexo, aunque últimamente solo lo tomaba como una necesidad fisiológica, y se sentía patética al respecto. Quizá más, al ver que sus compañeros estaban en otro nivel de sus vidas, algunos casados y hasta con hijos.

Ella se veía un poco lejos con respecto a eso, pero estaba segura de con quién divertirse y de con quién no. Desgraciadamente, en la empresa había personas un poco desagradables, como el contador, que era apuesto a pesar de haber pasado los cuarenta y tantos. Pero su mirada lasciva hacía mantenerse siempre distancia, y ni pensar en quedarse fuera de hora y cruzárselo sola.

Kat recordó una noche en la que se había tenido que quedar a hacer horas extras para poder entregar unos informes muy importantes a tiempo. Escuchó unos murmullos que procedían de uno de los despachos. Le resultó extraño ya que a esa hora eran pocos los que estaban autorizados a quedarse tan tarde. En silencio decidió ir a ver quiénes podrían ser. Lo que descubrió no fue muy agradable: Sokov se encontraba junto a una pasante de la firma, hablándole de una manera

bastante inapropiada.

—Ya sabes, chiquilla, que, si no quieres que este terrible error quede en tu legajo, tendrás que esmerarte en hacerme olvidar. De una manera *especial* —dijo remarcando lo de *especial*, mientras le acariciaba con la punta del índice el borde del escote del sweater de la joven, obligándola a bajar la mirada al piso por la vergüenza, a la vez que abrazaba las carpetas que llevaba en sus brazos contra su cuerpo, intentando crear una barrera para las caricias impropias del contador.

Kat, que observaba toda esa desagradable situación por la rendija de la puerta, decidió que no podía quedarse así presenciando semejante barbaridad, por lo que resolvió dirigirse a la cocina y hacer un tremendo ruido con las tazas, para hacer notar que no estaban solos en el piso.

Afortunadamente, su plan dio resultado, por lo que el desagradable momento fue interrumpido por el estruendo y, a punto de verse en un aprieto, Sokov dejó de molestar a la joven empleada.

Al día siguiente, Kat le contaba toda la situación a su grupo de trabajo.

—¡Qué situación desagradable! —comentó con enojo Rach.

—Intentó sobrepasarse con la chica tratando de enmascarar un perdón a un tonto error que la pobre había tenido.

—Ahora me explico el porqué de la renuncia de la chica —dijo Estefanía, que estaba encargada de la recepción.

—Eso no es nada: el muy descarado, cuando recibió la noticia, lo festejó con una sonrisa lasciva, como intuyendo que eso iba a pasar —les confirmó Vivianne, otra compañera.

—Tendremos que tener mucho cuidado con este personaje, chicas; si alguna de ustedes llega a tener un problema similar, hay que denunciarlo —sentenció Rachel con disgusto, porque en más de una ocasión se había sentido observada por ese hombre, y no de la mejor manera.

Las chicas continuaron su día de manera normal, no sin antes charlar sobre las enormes comparaciones entre Sokov y Mendoza. Por el contrario, este último tenía una muy buena imagen con sus empleados y conocidos. Era popular su manera de ayudar constantemente a sus empleados para progresar en la compañía, ya sea en forma de cursos, así como de pasantías en el extranjero para poder crecer y traer nuevas ideas y recursos a la empresa. A pesar de estar a cargo del equipo financiero, nunca dejaba de lado lo que más amaba, lo cual era el pilar de la firma: la industria alimentaria y, más específicamente, lo que tuviera que ver con cosechas de frutas y de vegetales.

Había aprendido desde chico, y gracias a su madre, cuándo plantar y qué cuidados especiales necesitaban las plantas, por lo que decidió ayudar a su padre y capacitarse para estar a su lado en la empresa, sumando, a los negocios ya establecidos, su pasión por la tecnología. Fue agregando más valor con softwares especiales que indicaban la calidad del suelo y de los fertilizantes, lo que ayudó, de esa manera, a tener resultados óptimos y duraderos en las cosechas. Tampoco dejaba de lado la ayuda social: apoyaba con cursos a escuelas y entidades benéficas, dando charlas y cursos para que enseñaran a sus alumnos, por lo que también ayudaba a distintas

comunidades a ser autosustentables.

Al enterarse de esto, Katja sintió mucha más atracción por Walter, desde aquel primer momento en que fueron presentados, sintiendo algo arrollador al notar cómo esa mirada la devoraba por completo. Fue una sensación totalmente extraña, pero a la vez familiar; no lograba entender por qué se sentía así de rara ante su presencia. Además de notar lo bien que se llevaban, había una chispa constante; se ponían de acuerdo en más de un proyecto para poder sacar adelante problemas y trabajos especiales. Como el tratar de poner en orden esa maldita auditoría, que les estaba consumiendo el tiempo y la energía.

Más de una vez coincidieron en risas, y hasta en maneras de pensar. Katja caía rendida ante los comentarios y resoluciones de su jefe. También se sintió observada por Walter, pero lo dejó pasar porque disfrutaba secretamente el sentirse observada y por momentos valorada por él, por quien de a poco comenzaba a sentir algo más que respeto. No se podía negar que era un hombre muy buen mozo, además de ser muy bien educado y profesionalmente formado, que era lo que a ella más le impresionaba.

Las oportunidades en las que Kat y Rachel vieron su sueño hecho realidad fueron en alguna fiesta de Fin de Año. El poder observar a Walter enfundado en esos trajes costosísimos era un deleite para sus ojos. Al igual que Kat, pudo sentirse en una fantasía real, cuando le tocó compartir algún baile; se sentía en un cuento de hadas: el galante príncipe la sacaba a bailar. Claro, eran solo vales por ser fiestas de etiqueta, pero se moría por bailar música disco, para poder estar más pegadita a él y poder sentir mejor su cuerpo.

Esas miradas chispeantes le hacían imaginar miles de cosas; no entendía por qué se sentía tan cercana en esas pocas oportunidades, cuando en la oficina la mayoría de las veces eran charlas frívolas y solo de trabajo. Aprovechaba cada baile anual, para poder tenerlo bien cerca para al menos disfrutar de su roce, aunque fuera en momentos tan cortos pero excitantes.

Kat se sentía intimidada, y hasta con un poco de celos por la cercanía que el señor Mendoza tenía con la jefa de finanzas, una rubia escultural, con cara de pocos amigos y con una manera de vestirse y moverse de zorra comehombres. Las pocas veces que Kat y Rachel se quedaron a trabajar después de hora, les parecía muy sospechosa la manera de ella de dirigirse a Walter. Las miradas de Kat y de Rachel decían más que palabras; ellas se entendían perfectamente con solo hacerse señas.

Eran las típicas miradas de revoleo de ojos cuando la señora Danniells tan mimosamente posaba sus dedos sobre el hombro de Walter, o le hablaba de manera melosa. Las chicas respondían con gestos de asco, y hasta a veces simulaban meterse los dedos para vomitar. Eso hacía reír a los demás compañeros; ese par de locas eran el equipo perfecto y, además, graciosas. En alguna ocasión fueron descubiertas por Walter al hacer esos graciosos gestos. En una oportunidad, a Kat le fue llamada la atención con una cara de reproche de parte del señor Mendoza, que logró convertir la cara de Kat en un rojo tomate.

Lo que Kat no sabía era que a Walter le daba tanta gracia como al resto de su gente, salvo que

él no podía dar a conocer esa faceta ya que, al ser la cabeza de la empresa, debía mantener su compostura.

Más de una vez se quedó fantaseando con tener sexo en el despacho de su jefe; ir gateando por la alfombra de la enorme oficina, como gata en celo hacia abajo del escritorio presidencial. Tomarlo por sorpresa en medio de alguna llamada, sentirse observada con deseo y lujuria, mientras lentamente le desabrochaba los pantalones y lo saboreaba por completo, apreciando cómo se llenaba la boca con su carne apetitosa y sentirlo gemir de placer, mientras ella disfrutaba de una manera única...

—¡Tierra llamando a la gatita! —la sorprendió Rachel, sacándola de su ya habitual fantasía, y tal fue el susto que desparramó todos los papeles que tenía en la mano.

—Parece que hay alguien un poco cansada el día de hoy, ¿verdad? —escuchó frente a ella, mientras juntaba los papeles dispersos. Nada peor que sumado a su ya sonrojada cara por sus sucios y pecaminosos pensamientos, para encima levantar la mirada y quedar frente al culpable de sus fantasías. No tuvo otra opción que ponerse más colorada aún, tratando de evitar que no se diera cuenta, pero fue en vano; rápidamente bajó la cara y siguió juntando los papeles y balbuceando una respuesta rápida.

—Ehh, sí, perdón, estaba distraída. Fue una semana agotadora, sí, claro...

—Deja que te ayude; es lo menos que puedo hacer por ti hoy, Kat. —Fue su cordial respuesta, y se agachó junto a ella para ayudarla a recoger los papeles. Kat se quedó embobada, mirándolo de cerca y admirándolo.

Walter notó la sorpresa de Kat al haberse agachado para ayudarla. No pudo evitar sonreírle, al darse cuenta de cuán atentamente esta mujer lo estaba mirando. Terminó de juntar los papeles y se los entregó en la mano. Al percatarse de que nadie estaba cerca de ellos, se atrevió a tomar ese mechón rebelde que siempre se le escapaba de la coleta, y lo colocó detrás de la oreja.

Kat se quedó perpleja ante ese movimiento, sin dejar de mirarlo a los ojos, tan profundos y bellos que, por la cercanía del momento, se sentía sumergida en estos. El hechizo duró poco. Walter se dio cuenta de que se había pasado de la raya; a pesar de morirse de ganas de tocarla, una parte de él rechazaba el encuentro.

Kat notó que, tan pronto como puso el mechón de pelo en su lugar, la barrera se elevaba una vez más. No podía comprender cómo, cada vez que parecía que algo más podría suceder, él la rechazaba.

En un acto de arrojo, le agarró la mano tomándolo por sorpresa.

—Gracias por la ayuda y por todas las oportunidades que me estás dando en la empresa. — Toda esa frase salió de golpe, atropellada y casi susurrante.

—Te mereces eso y más, solo que aún no lo sabes —le respondió centrándose y colocándose una vez más en el papel de ejecutivo. No debía bajar la guardia, a pesar de las ganas de tenerla en sus brazos; pero aún no era el momento.

—¿De veras crees que me merezco más? —le preguntó, tratando de parar la huida, al mismo

tiempo que también se ponía de pie, y veía cómo Walter se acomodaba la corbata de costado, tratando de evitar mirarla de frente, planeando la fuga.

—No tienes idea de la capacidad que tienes y que desaprovechas aquí.

—¿Quieres que me vaya? ¿Eso me estás diciendo? —No podía creer lo que le estaba insinuando, aunque, la verdad, era que la estaba evadiendo.

—No es eso... —¿Qué es? Dímelo, pero dímelo a la cara —exigió con voz firme.

—Eres tan bella cuando te enojas... —le dijo de frente, sin dejar de mirarla a los ojos. Kat sintió que las rodillas le fallaban; no podía creer lo que le estaba diciendo en ese momento. Sintió que una especie de energía llenaba el espacio entre ellos, como si quisiera unirlos, pero la magia se rompió abruptamente, cuando la contadora Danniells entró intempestivamente al despacho.

—Walter querido, ¿todavía por acá?, pensé que ya te habías retirado —Pasó al lado de Kat como si ella no estuviera ahí, lo que la obligó a romper esa conexión y apartarse. Dio media vuelta y se dirigió hasta la puerta, con la cabeza embotada por lo que había ocurrido.

Al llegar a la puerta, giró y se despidió hasta el otro día. La señora Danniells, como de costumbre, le contestó sin siquiera mirarla; era obvio que se sentía superior. En cambio, Walter le dirigió una mirada triste y la saludó con un simple gesto.

—Bien, Jordana, ¿qué necesitas?, dime, estoy muy ocupado. —Se sentó en su escritorio, ignorándola por completo. Kat solo atinó a cerrar la puerta y salir un poco apenada, porque no terminaba de entender si Walter la quería lejos o la quería cerca. Cada vez que algo los acercaba, él se alejaba, como si se avergonzara de Kat, o eso al menos pensaba ella. Se sentía muy confundida al respecto.

—Ah, querido, ¿por qué tan serio?, si quieres, yo podría hacer algo para aliviarte un poco; te ves algo tenso —dijo Jordana muy melosa, a la vez que se sentaba en el borde del escritorio con las piernas cruzadas, pero de manera muy sugerente, al notar que Kat se iba y cerraba la puerta.

—No puedes hacer nada, Jordana, ya te dije mil veces que vas por mal camino. Si no tienes nada más para decir, por favor te invito a retirarte: tengo mucho trabajo atrasado —le informó sin dejar de mirar la pantalla de su portátil.

—Recuerdo que solías ser un poco más amigable conmigo, ¿qué te sucede? ¿Te gusta mucho esa mosquita muerta con la que sueles trabajar?

—No soy amigable, ni nunca lo fui. Fue solo una vez, un estúpido error, Jordana —contestó furioso cerrando de golpe la pantalla del portátil, pero tratando de no elevar mucho el tono de voz. (Ya estaba cansado de los constantes avances de esta mujer). Su reacción hizo que ella perdiera la sonrisa y se levantara de un salto del escritorio.

—Solías ser más simpático en otros tiempos, y te recuerdo que fui yo quien te mostró lo que es una verdadera mujer, no esas furcias que solías frecuentar en ese club de prostitutas. Pero está bien, tú te lo pierdes. Por esta vez lo dejaré pasar; vamos a echarle la culpa al exceso de trabajo. ¡Ciao, amore! Nos vemos. —Así como si nada, después de escupir su veneno se marchó, dejando a Walter con una furia tremenda, como cada vez que le machacaba el inmenso error que había

cometido en el pasado.

Al dejar el despacho, Jordana salió caminando muy tranquila. Le divertía hacerlo enojar, y pesar de todo, creía que en algún momento claudicaría y caería en sus garras otra vez. Estaba claro que ella solo lo quería por el estatus social y por el dinero. Siempre sacaba provecho de las relaciones con sus amantes, y Walter no sería la excepción ya que, al trabajar en la misma empresa, se le hacía más fácil perseguirlo.

Las chicas vieron que se pavoneaba al salir y se dirigieron a la pequeña cocina del lugar. Kat tenía el ceño fruncido; no podía entender bien lo que Walter le acababa de confesar. Rachel la tomó del brazo y se apuraron a entrar. Sabían por experiencia que el carácter volátil de Jordana les había truncado el día más de una vez; solía descargar sus frustraciones con cualquiera a su paso. Pero esta vez a Rachel le preocupaba más la cara de su amiga que lo que Jordana pudiera hacerles.

—Amiga, ¿qué pasó? Tu cara no es muy buena, ¿te dieron algún sermón desde temprano?

—No, Rach, solo me dijo algo de manera muy rara. Como que estaba desaprovechándome aquí. No sé, me dejó descolocada.

—¿Te dijo eso? Qué raro es a veces... Ven, vamos a comer algo, falta para el almuerzo, pero me muero de hambre.

Kat sacudió la cabeza, tratando de borrar eso que Walter le había dicho, y decidió acompañar a su amiga. Abrió el armario y tomó una de las manzanas que estaban en un canasto inmenso: era uno de los beneficios de trabajar en una empresa que se dedicaba, en parte, a la industria de los alimentos. Siempre había fruta fresca a la mano de sus empleados, y gratis. Kat no era exquisita en cuanto a la elección de la comida y la tomó sin más; cuando se disponía a clavarle los dientes, Rach se le abalanzó de golpe para evitar que se metiera la fruta en la boca.

—¿Qué haces, loca?! —le dijo con énfasis, pero evitando gritar, a la vez que se asomaba para ver si alguien venía o si ese alguien especial, estaba cerca.

—¿Qué hago?, ¿no ves?, déjame en paz. Tengo hambre.

—Si Mendoza te ve darle un mordiscón así nomás a la fruta, se infarta.

—Es su fobia, no la mía. Toda la fruta viene limpia, si hasta brilla como si la hubieran pulido —afirmó, mientras miraba atentamente la manzana y la giraba para observar el brillo de la misma en su totalidad.

—Sí, es verdad, pero... ¿recuerdas la primera vez que te vio morder un durazno sin pelar?

—Casi se le salen los ojos de sus órbitas. Dios, ¿qué le pasa con la fruta? ¿Habrás tenido un trauma de pequeño? Seguro; siempre comenta que su madre tenía un jardín enorme lleno de frutales. A mí no me importa comer así, y trato de hacerlo acá en la cocina por las dudas, para que no me vea. Me dan ganas de llenarlo de besos cada vez que pone esa cara de desesperación —dijo tentada de risa—; me da ternura.

—A ti, ternura; a él, un preinfarto. ¿Qué le habrá dicho la culebra para que la despachara a los gritos?

—No sé; esa me da muy mala espina. Si no fuera porque es buena en su trabajo, seguro ya se la habría sacado de encima.

—Eso, y porque es socia; no se le hace tan fácil despacharla, para desgracia nuestra, más que para la de él. Hay días que se vuelve insoportable. Por suerte, está más en las sucursales que acá.

—Parece que tuvieron algo alguna vez, y ella insiste.

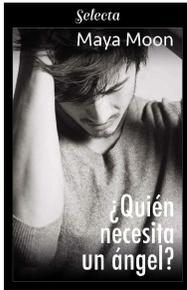
—Sí, tal vez, pero sigue rebotando contra la pared. Será mejor que vuelva; tengo que llevarle unos papeles a tu querido jefe y, si se le ocurre venir a buscarme y te ve comiendo como animal salvaje, se arma.

—Me das mucha gracia. No soy un animal salvaje, pero ve. Yo termino y vamos a seguir con lo nuestro. —Se quedó meditando acerca del raro encuentro del día y, sumado a eso, la fobia que él tenía a comer la fruta entera. Siempre hacía hincapié en pelarla y cortarla prolijamente. Ella prefería comerla así; era más rápido y la disfrutaba mejor.

Al terminar la jornada, Kat llegó a su pequeño departamento llena de dudas e interrogantes. La frase que Walter le había dicho le daba vueltas en la cabeza una y otra vez. Sentía que se sonrojaba de solo pensar que al otro día tendría que volver a mirarlo a la cara. Se moría de vergüenza cada vez que recordaba la situación. No durmió demasiado esa noche; se la pasó mirando el techo recordando el tierno toque de su mano y esa sabrosa fantasía en la oficina de su apuesto jefe.

Los días seguían igual, y Kat comenzaba a ponerse nerviosa. Notaba que Walter la miraba por demás, y ella rogaba que se decidiera a dar el primer paso. Sumado a todo esto, estaba su querida amiga Rachel, que trataba siempre de empujarla hacia el abismo. Porque para ella lo era; el solo imaginar un avance con Walter la hacía caer al deseo, por lo cual le costaba dar la iniciativa. Además de la obvia diferencia que existía entre ellos, tenía fe en que algún día todo cambiaría y se animaría por fin a dar ese enorme paso.

Enamorarse de su cliente no era una opción.



Ángel es un joven expolicía que ha trabajado como guardaespaldas en más de

una ocasión. Necesita un trabajo urgentemente, pero este llega de la manera más inesperada y con un jefe para quien no se le hubiera ocurrido trabajar jamás. Una mañana, mientras pasea por la ciudad, dos hombres lo obligan a subir con ellos en un vehículo y lo llevan a la mansión de Salvador Salgado, un conocido mafioso millonario de la zona.

Salvador le propone trabajar como guardaespaldas de su hija, Susana, una joven independiente que ha logrado desvincularse de la reputación de su padre y de su influencia y trabaja como abogada en un famoso bufete. Salvador Salgado está siendo amenazado por una banda china de mafiosos que saben que su debilidad es Susana, su hija, lo único que tiene en el mundo, y que harán todo lo posible por demostrarle que son ellos quienes lideran ahora los negocios turbios en la ciudad.

Lo último que Susana desea es una «niñera» y no duda en hacérselo saber a Ángel, que pronto descubrirá que no es fácil trabajar para ella. La joven tiene su vida y sus amigos, y pretende a toda costa mantener la independencia que tanto le ha costado conseguir. Sin embargo, tendrá que aceptar la presencia de Ángel a su alrededor y descubrirá, llegado el momento, que el joven es mucho más que un simple guardaespaldas.

Maya Moon es el seudónimo de María Moreno. Nacida en Jaén en 1971, es Licenciada en Filología Inglesa. Comina su actividad como escritora con su trabajo como profesora de inglés en un instituto de Educación Secundaria. Divorciada y madre de dos hijas, actualmente vive en Rincón de la Victoria (Málaga).

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Maya Moon

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-26-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

¿Quién necesita un ángel?

Ángel

Daniel

¿Y si aamos la luz?

Jamás volveré a beber

Un hombre como los demás

Bienvenido de nuevo

No lo dejes pensar

En los peores momentos

Secuestrada

Finales que son principio

Sin cálculo ni medida

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Maya Moon

Créditos